Edogawa Rampo

2ª Edición

Relatos Japoneses de Misterio e Imaginación

"Rampo es el mejor escritor japonés en el género de misterio y de relatos de suspense."
-The Journal of Asian Studies

Primer volumen de esta temática traducido al español con nueve historias lúcidas y repletas de suspense, relatos que han cautivado a los lectores japoneses durante medio siglo. Una impagable antología seleccionada por el propio autor en la que el lector hallará un rico mosaico de temas y motivos de lo fantástico y lo terrorífico.

Relatos japoneses de misterio e imaginación ha convertido a Edogawa Rampo, que ha tomado su nombre artístico de la pronunciación japonesa de Edgar Allan Poe, en uno de los nombres más ilustres de la escritura fantástica moderna que han demostrado su capacidad para crear mundos en los que predominan lo misterioso y lo extraordinario, su extremada originalidad y su extraordinaria capacidad de inventiva.

Edogawa Rampo

Relatos japoneses de misterio e imaginación

ePub r1.4
Sarah 24.09.14

Título original: *Japanese Tales of Mystery and Imagination*
Edogawa Rampo, 1956
Traducción: Juan José Pulido

Editor digital: Sarah
Corrección de erratas, (r1.1): monicanaranjo, (r1.2): simio, (r1.4): JackTorrance
ePub base r1.1

Edogawa Rampo: Un japonés fascinado por el terror y lo fantástico

HIRAI TARO, que llegaría a ser bajo el sobrenombre de Edogawa Rampo el maestro japonés del terror, la novela detectivesca, la fantasía y lo macabro, vino al mundo el 21 de octubre de 1894 en la ciudad de Nabari, en Mie-ken. Japón era por aquel entonces un país en la incierta encrucijada entre un pasado de tradiciones atávicas y ancestrales que pretendía ir abriéndose paulatinamente hacia un futuro marcado por el imperialismo. Sus terrores —hoy tan evidenciados en una literatura y un cine prominente en este sentido, como prueba el magnífico y documentado estudio de Julio Ángel Olivares acerca de la influyente película de Hideo Nakata *Ringu* (que ha conocido una exitosa adaptación americana a la gran pantalla bajo el título de *The Ring*)[1]— no habían sido todavía exorcizados desde una perspectiva literaria o artística. Rampo contribuiría, con una obra narrativa prolífica y fecunda, a que el magma de obsesiones, horrores y ambigüedades latente en la sociedad nipona de su tiempo, saliera a la superficie con un estallido pirotécnico y multiforme de emociones controvertidas, representativas del mundo que le tocó vivir, sometido a cambios vertiginosos.

De carácter errabundo, el joven Taro fue completando sus estudios (llegó a graduarse en la Universidad de Waseda en 1916), dejándose llevar muy pronto por la fascinación por la literatura detectivesca y fantástica. Fue un admirador incondicional de Edgar Allan Poe, a quien imitó con originalidad y de quien tomó hacia 1922 el seudónimo que le haría notorio (Edogawa Rampo, pronunciado de corrido, no es sino una traslación fonética al japonés del nombre del atormentado y genial polígrafo norteamericano, aquel genio preclaro que revolucionó el género terrorífico en todas sus formas y facetas). Escritor temprano, le resultó complicado hallar vías para publicar su producción literaria, por lo que, impelido por cíclicas y recurrentes estrecheces económicas, desempeñó diversas ocupaciones, entre las que se contaron las de empleado en una compañía comercial, dueño de una librería de lance, propietario de un quiosco de venta ambulante de fideos chinos, publicista, periodista y editor de revistas literarias de carácter popular, hasta que tomó finalmente la decisión de dedicarse por entero al cultivo de la escritura de lo extraño.

Así, en 1923 da a la imprenta su primera obra, *Nisen-Doka* (*La moneda de cobre de dos sen*[2]) en la que muestra su interés por los criptogramas y lo extraordinario. Hasta aquel instante, la literatura detectivesca y sobrenatural en el Imperio del Sol Naciente se había basado casi exclusivamente en modelos extranjeros vertidos a la lengua japonesa, como las narraciones de Poe o Arthur Conan Doyle. Rampo se inspira tanto en rasgos de las historias de Auguste Dupin como de las de Sherlock Holmes para componer su peculiar universo narrativo. Este se vería enriquecido además por la admiración que Taro sintió por Dostoievski y, posteriormente, por una selecta pléyade de autores. Concretamente, el influjo de *Crimen y castigo* se percibe en relatos como «El test psicológico», incluido en la colección que aquí presentamos. Al mismo tiempo, Taro dedicaba parte de su tiempo libre a la organización de actividades culturales en asociaciones creadas por él, como el «Club de Detectives Aficionados» (*Tantei-Syumi-no-Kai*), editando diversas revistas de corte policíaco en las que aparecerían por entregas sus propias novelas y relatos junto con otras

narraciones compuestas por diversos compatriotas determinados a seguir la senda marcada por el maestro.

A raíz de la publicación de *Nisen-Doka* y las siguientes obras de Rampo, que se fueron sucediendo de manera vertiginosa, los lectores supieron apreciar la valía de un contrapunto y exponente nacional a los maestros de allende sus acuosas fronteras. El autor creó también una figura detectivesca análoga a la de sus modelos mediante la invención de la figura de Kogoro Akechi, protagonista de muchas de sus ficciones e impenitente descifrador de enigmas y laberintos. Los títulos se acumulaban, tanto en forma de geniales relatos breves (destacando entre ellos «La butaca humana» o «El viajero con el cuadro de las figuras de tela», recopilados en el presente volumen) como de novela corta («La bestia de sombra») o novela propiamente dicha (destacando en esta categoría narraciones como *El enano*, *El ogro en la isla perdida*, *El hombre araña* y *El lagarto negro*). Con estas obras, Hirai Taro se convierte en el escritor más popular de su país.

En su vertiente detectivesca, aventuro la hipótesis de que la escritura de Edogawa Rampo se asemeja en sus mejores cuentos a la de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, existiendo similitudes entre las ficciones del japonés y las de los ilustres creadores argentinos. Puesto que constituye una tarea compleja trazar una influencia directa y mutua entre ellos, puede señalarse que estos autores se hallarían sin duda vinculados a través de la utilización de fuentes comunes. Si Borges principalmente ha sido imitado por una ingente cantidad de émulos en la literatura fantástica universal, el japonés dejó una huella indeleble en el género en su propio país, cuya geografía fatigó incansable, imbuido de un espíritu nómada e inquieto que ni siquiera quedó mitigado tras contraer matrimonio en noviembre de 1919 con la joven Murayama Ryuhko y la consiguiente fundación de una familia.

En cualquier caso, en la segunda mitad de la década de los años 20 y en la primera de los 30 del pasado siglo, Rampo iba incrementando progresivamente su producción narrativa, alcanzando gran notoriedad. El Japón de su juventud era permisivo en lo que se refería a la elección y el tratamiento de los temas literarios, pero la entrada del país en diversas contiendas bélicas en Asia (la guerra con China sobre todo) y el Pacífico (en el marco de la Segunda Guerra Mundial) potenciaron la aparición y la expansión de un aparato de férrea censura cultural. Los escritos macabros de Edogawa Rampo disgustaron a los próceres gubernamentales, y el relato «La oruga» (uno de los más polémicos, sórdidos e inquietantes del autor, contenido en este volumen) fue interpretado como antibelicista y, por consiguiente, como antipatriótico. Por consiguiente, el autor se vería perseguido y espiado por el gobierno nipón, hechos que derivaron en su reclusión y alejamiento de la sociedad.

Una vez concluido en 1945 el magno conflicto bélico, con el corolario terrible para Japón de la derrota y el efecto demoledor de las bombas atómicas lanzadas en Hiroshima y Nagasaki, y quizás para soslayar sus problemas con la censura, Edogawa Rampo —cuya casa fue la única que se salvó milagrosamente del desastre en un área devastada por los bombardeos enemigos— iría abandonando gradualmente la escritura de lo extraordinario, acometiendo la redacción de reseñas, escritos críticos y relatos juveniles. También se dedicó a impartir conferencias por el territorio japonés acerca de los temas insólitos que tanto le apasionaban. Fue entonces cuando dedicó sus esfuerzos a la fundación y desarrollo de la Asociación Japonesa de Escritores de Misterio, de la que llegaría a ser nombrado

presidente honorífico. De igual manera, y hasta el final de su existencia, iría haciéndose acreedor de premios y galardones por su labor literaria y teórica.

Rampo fue recopilando sus propias obras en diversos volúmenes que han seguido siendo reeditados con éxito hasta llegar a nuestros días, en los que continúa siendo considerado uno de los grandes escritores nipones de todos los tiempos. Su reputación en los países de habla inglesa quedaría sólidamente establecida con la publicación en 1956 de los *Cuentos japoneses de misterio e imaginación*, la antología de relatos que el lector tiene entre sus manos en su versión española, auténtica primicia en nuestro país de un volumen clásico en la historia de la literatura fantástica y terrorífica. Aquejado de diversas enfermedades a lo largo de su azarosa existencia, Rampo falleció el 28 de julio de 1965 a causa de una hemorragia cerebral. Yace enterrado en el cementerio de Tama, en la ciudad de Fuchuh, habiendo legado a la posteridad un conjunto operístico heterogéneo y de indiscutible valor que ha traspasado los límites de su país, en el que todos los años se concede el Premio Edogawa Rampo (creado por el propio autor) a la mejor obra de misterio del año.

La fama internacional de Rampo no se ha visto cimentada solo en las traducciones de sus obras a otras lenguas, sino también en numerosas series televisivas y, fundamentalmente, en las adaptaciones cinematográficas de algunas narraciones del autor, entre las que se cuentan *El hombre araña* (*Kumo otoko*, 1958) de Daiei; *El lagarto negro* (*Kurotokage*, 1968), de Fukasaku Kinji (en la que el inimitable escritor japonés Yukio Mishima interpreta un breve papel); *El horror del hombre deforme* (*Kyofa-no-Kikai-Ningen*, 1969), de Teruo lshii, película excéntrica que oscila entre un grotesco humor negro y escenas turbadoras, susceptibles de herir la sensibilidad del espectador; *La mansión grotesca, de Edogawa Rampo: el mirón en el ático* (1976), de Noburu Tanaka; *Hombre que viaja con un cuadro* (*Oshie to tabisuru otoko*, 1994), de Toru Kawashima, adaptación de «El viajero con el cuadro de las figuras de tela»; *Rampo* (también conocida por el título de *El misterio de Rampo*, 1994), de Rimara Mayuzimi y Kazuyoshi Okuyama, una suerte de biopic perturbador e impregnado de un refinado erotismo basado en la propia vida de Hirai Taro y en el que se mezclan satisfactoriamente realidad y ficción; y, por último y hasta la fecha, *Rampo jigoku* (2005), adaptación de cuatro relatos de Edogawa llevados a cabo por un número análogo de realizadores japoneses.

Por otra parte, Mikami Shinji, creador del famoso videojuego *Resident Evil*, reconoce la influencia de Rampo en su trabajo, lo que viene a acentuar el vínculo de la obra de Hirai Taro con la cultura popular, en la que se enraízan muchos de sus escritos, algunos de los cuales mantienen nexos temáticos y formales evidentes con los *pulps* americanos de la época dorada de este tipo de publicaciones. Apenas existió género alguno dentro de la literatura popular que Edogawa no abordara, incursionando incluso en el ero-guro (erótico-grotesco japonés), floreciente en las décadas de los 20 y los 30 del siglo XX y «redescubierto» por los artistas vanguardistas del manga, hoy tan en boga. Estos datos no hacen sino corroborar la modernidad del esfuerzo estético de Edogawa Rampo.

Con todo, me atrevería a defender que las obras maestras de Hirai Taro fueron, como en el caso de Poe o Borges, sus relatos breves, en los que se condensa y quintaesencia con maestría su arte narrativo. El lector hallará en esta antología, ya de culto en el mundo de habla inglesa y expresamente seleccionada por el propio autor japonés, quien además revisaría de forma escrupulosa y detallista la traducción al inglés mientras se iba llevando a cabo, un rico mosaico de temas y motivos de lo

fantástico y lo terrorífico. A pesar del anclaje de su escritura en fuentes diversas y reconocidas, a Rampo no se le pueden negar en ningún momento su originalidad y capacidad de inventiva, venidas aquí en una traducción impecable y magistral al castellano.

«La butaca humana», uno de los cuentos más celebrados del artífice japonés, constituye un cuidado ejercicio de catálisis de un sentimiento de vacilación y duda entre la realidad y la ficción, propiciado por una carta enviada a una mujer en la que se relata la extraña experiencia de un ser de destacable fealdad física y psicológica que aúna al estado distorsionado de su mente y a su imaginación desatada un placer perverso por el voyeurismo (temas todos ellos recurrentes en la narrativa de Edogawa Rampo). De manera obsesiva, este personaje —que nos recuerda a algunos de los que pueblan el universo fantástico de Guy de Maupassant— se servirá de su perfeccionismo artístico en la elaboración de muebles para dar forma a una butaca en la que poder introducirse («enterrarse») con el fin de gozar de sus pasiones ilícitas, hasta llegar a una inusitada consumación de la experiencia amorosa. La conclusión del relato, aparentemente anticlimática, no logra quitarnos del pensamiento la sensación de pasmoso desconcierto.

Por su parte, «El test psicológico» se centra en otra de las ideas reiteradas de Rampo y del género detectivesco en general: la del crimen perfecto. La huella de *Crimen y castigo* de Dostoievski, aunque sea *a contrario*, queda evidenciada en el comportamiento del narrador de la historia, un estudiante de psicología decidido a lograr su propósito de perpetrar un homicidio que quede impune ante la justicia. En una intriga apasionante, concebida como auténtico *tour de force*, Fukiya (así se llama el despiadado asesino) tendrá que vérselas con el agudo e ingenioso detective Kogoro Akechi, el personaje más famoso de entre todos los que Hirai Taro concibió.

«La oruga» —cuento al que ya me he referido y que le costó graves problemas con la censura a Rampo— es una narración grotesca en la que se entremezcla la posible crítica antimilitarista con las horrendas prácticas lujuriosas y sádicas de la protagonista, a cuya mente enfermiza accedemos. La atmósfera del relato es claustrofóbica, y de nuevo retorna Edogawa al tema de la deformidad y lo monstruoso, aquí llevado a un extremo que no voy a desvelar para no interferir con el lícito deseo del lector de adentrarse en el suspense en el que el autor nos envuelve. Pocas narraciones se atreven a sugerir tan aberrantes horrores como esta pesadilla en la que se plantea un énfasis por la gula excesiva y por lo fálico, aspecto abortado en última instancia por lo que Freud habría interpretado como castración simbólica causada por la ceguera. Y no les digo más. Si desean introducirse en este texto abisal (pozo que en el cuento se describe a modo de una «boca negra», con todas las connotaciones psicoanalíticas que quieran adscribirle a esta imagen) tendrán que hacerlo a su propio riesgo y bajo su entera responsabilidad…

Aunque también profundo (si me permiten el metafórico juego de palabras), muy distinto es en su fondo y en su forma «El precipicio» que da título al siguiente relato de la colección, que se estructura de manera dramatizada o dialogada. Se trata de una muestra innovadora de narración de «doble» o «Doppelgänger», uno de los motivos más efectivos de la literatura fantástica para crear una sensación de inquietante extrañeza. Aquí la trama sustentada sobre el adulterio y la dualidad se relaciona intrínsecamente con el tema del crimen perfecto y culmina en un desenlace asombroso.

Otra narración impactante a la que no le es ajena la obsesión por lo dual y el voyeurismo es «El

infierno de los espejos», en la que, partiendo del argumento, recurrente en la literatura de lo extraordinario, del científico loco —que comenzó a sugerirse en el *Frankenstein* de Mary Shelley—, Edogawa Rampo crea un clímax de auténtica alucinación óptica (otro de sus tópicos favoritos) y demencia especular en el que el maníaco protagonista hallará la retribución adecuada a su espantosa transgresión. También «Los gemelos» («Confesión de un criminal condenado ante un sacerdote») cultiva y aglutina en un «más difícil todavía» el conflicto de la dualidad —aquí relacionado con el miedo a los espejos— y el del crimen perfecto. La sombra de Poe («William Wilson»), Robert Louis Stevenson (*El doctor Jekyll y mister Hyde*) y Nathaniel Hawthorne («La marca de nacimiento») se deja percibir en esta historia singular de suplantación de cuerpos y personalidades.

En lo que respecta a «La cámara roja», relato lúcido y espléndido construido sobre la existencia de una arcana sociedad secreta y en el que domina la percepción de la amoralidad de los crímenes (otra vez «perfectos» y, en este caso concreto, cometidos con «amabilidad»), pueden constatarse las huellas literarias de autores como Thomas de Quincey (*Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes*), Arthur Conan Doyle (algunas novelas de Sherlock Holmes) y Oscar Wilde («El crimen de Lord Arthur Savile»). Pocos relatos existen en el género detectivesco tan ingeniosos como este, culminado por un final realmente sorprendente. Aunque de muy distinto sesgo, no le va a la zaga el de «Los dos inválidos», en el que dos ancianos miran hacia el pasado para rememorar y reconstruir una historia en la que el sonambulismo, los trastornos mentales, la deformidad mental y física y la obsesión por el asesinato juegan un papel relevante y primordial.

De manera apropiada, esta prodigiosa antología de relatos de Edogawa Rampo se cierra con un cuento impresionante, digno del mejor Hoffmann en la fascinación que proyecta por la ilusión óptica (recuérdese «El hombre de la arena», del gran romántico alemán), en el que de nuevo late la oscilación entre el sueño y la vigilia, la locura y la cordura, la «realidad» y la ficción. Se trata de «El viajero con el cuadro de las figuras de tela». A través de un viaje en tren, nos vemos transportados, junto con el narrador de la trama, a una historia conmovedora de magia y amor compulsivo que conduce a la incertidumbre y a la ambigüedad que competen a los vaporosos límites entre la vida y la muerte.

En definitiva, Edogawa Rampo supo elegir con acierto los relatos que incluyó en esta impagable antología. En su conjunto, todos ellos acrisolan su capacidad para crear mundos en los que predominan lo misterioso y lo extraordinario en sus diferentes facetas, convirtiendo al autor japonés en uno de los nombres ilustres de la escritura fantástica moderna. Piensen lo que piensen al final de la lectura de estos cuentos, estoy completamente seguro de que no les habrán dejado indiferentes. Que sepan que el disfrute de las páginas que siguen no está en absoluto exento de inquietud…

Antonio Ballesteros González

La butaca humana

YOSHIKO vio a su marido partir hacia su puesto de trabajo en el Ministerio de Asuntos Exteriores poco después de las diez. Ya que una vez más disponía de su propio tiempo con entera libertad, se encerró en el estudio que compartía con su esposo para retomar el relato que tenía intención de remitir al número especial de verano de la revista K.

Era una autora versátil de gran talento literario y de estilo fluido y sencillo. Incluso la popularidad de su marido como diplomático se veía eclipsada por la suya como escritora.

Los lectores la abrumaban a diario con cartas que elogiaban sus obras. De hecho, aquella misma mañana, en cuanto se hubo sentado ante el escritorio, echó una rápida ojeada a las numerosas misivas que habían llegado con el correo matinal. El contenido de todas seguía las mismas pautas sin excepción, pero, acuciada por un profundo sentido del respeto típicamente femenino, ella siempre leía cada una de ellas sin importarle que fueran o no interesantes.

En primer lugar se dedicó a las cartas más breves, que no le llevaron mucho tiempo. Por último se encontró con una que consistía en un voluminoso montón de páginas con apariencia de manuscrito. A pesar de que nadie le había avisado de un envío de esa índole, lo cierto es que no le resultaba extraño que escritores aficionados le enviaran sus relatos solicitando su apreciada opinión. En la mayoría de los casos se trataba de tentativas largas y absurdas que no incitaban más que al bostezo. No obstante, abrió el sobre que tenía en la mano y sacó las numerosas hojas de apretada escritura que contenía.

Tal y como había intuido, se trataba de un manuscrito que, por otra parte, estaba cuidadosamente dispuesto. Sin embargo, por alguna razón desconocida, no llevaba título ni firma. Comenzaba de forma brusca:

«Querida señora:…»

Reflexionó durante unos instantes. Quizá no fuese más que una carta, después de todo. Sin darse cuenta, sus ojos leyeron dos o tres líneas a toda velocidad y luego, poco a poco, se vio sumida en una narración extrañamente truculenta. Su curiosidad se disparó y, espoleada por un magnetismo desconocido, continuó leyendo:

»Querida señora: le ruego que me disculpe por enviarle una carta, siendo un completo extraño para usted. Lo que estoy a punto de escribirle, señora, le causará una impresión sin límites. Sin embargo, estoy decidido a presentarle una confesión (la mía) y a describir con todo detalle el terrible crimen que he cometido.

»Durante muchos meses me he escondido de las luces de la civilización, escondido, por así decirlo, como si fuera el mismo diablo. No existe nadie en el mundo que esté al tanto de mis acciones. No obstante, hace poco tiempo que en mi mente se produjo una extraña transformación y ya no podía guardar el secreto por más tiempo. ¡Tenía que confesar!

»Estoy seguro de que todo lo que he escrito hasta el momento no habrá suscitado más que su perplejidad. A pesar de todo, le ruego que siga adelante y tenga la bondad de leer mi relato hasta el final, ya que, de hacerlo, comprenderá totalmente las tribulaciones de mi mente y el motivo por el que la he elegido a usted en particular para realizar esta confesión.

»Lo cierto es que no sé por dónde empezar, porque los hechos de los que pretendo ocuparme son de una naturaleza realmente fuera de lo común. Para ser sincero, no tengo palabras, y es que las palabras humanas parecen del todo inadecuadas a la hora de afrontar la totalidad de los detalles. En cualquier caso, trataré de exponer los acontecimientos en orden cronológico, tal y como sucedieron.

»En primer lugar, permítame decirle que mi fealdad es difícil de describir. Por favor, no olvide esta circunstancia; en caso contrario, temo que cuando usted tenga a bien concederme, si es que llega a hacerlo, mi última petición, la de verme, bien pudiera ser víctima de una fuerte impresión y sentirse horrorizada ante mi rostro (sobre todo después de tantos meses de existencia bajo unas condiciones nada saludables). Sin embargo, ¡le suplico que me crea cuando afirmo que, a pesar de la extrema fealdad de mi cara, mi corazón siempre ha albergado la llama de una pasión desbordante y pura!

»En segundo lugar, permítame decirle que soy un humilde trabajador. De haber nacido en una familia adinerada, quizá hubiera tenido la posibilidad de aliviar mediante el dinero la tortura que la fealdad ha procurado a mi alma. O puede que, si la naturaleza me hubiese dotado de talento artístico, el consuelo de la música o la poesía me hubiera permitido olvidar mi desagradable rostro. Pero, al no recibir la bendición de tales dones, y siendo la desgraciada criatura que soy, no tuve más remedio que convertirme en un humilde ebanista. Y terminé especializándome en la elaboración de diversas clases de sillas.

»En este campo logré un éxito bastante notable, hasta tal punto que tenía fama de poder satisfacer cualquier tipo de petición por difícil que fuese. Por este motivo me convertí en un privilegiado dentro del mundillo de la ebanistería, alguien que solo aceptaba encargos de sillas de lujo, complicadas solicitudes para realizar grabados únicos, nuevos diseños de respaldos y apoyabrazos, extravagantes rellenos para los cojines y los asientos: todo ello de una naturaleza tal que requería la intervención de manos expertas, así como de un proceso y un estudio previo repletos de paciencia; en definitiva, una labor que no se hallaba al alcance de cualquier artesano aficionado.

»La recompensa a todas mis penas, sin embargo, radicaba en el puro placer de la creatividad. Quizá usted me considere un fanfarrón cuando lea estas palabras, pero creía disfrutar del mismo tipo de emoción que siente un verdadero artista al llevar a cabo una obra maestra.

»En cuanto terminaba una silla, tenía la costumbre de sentarme en ella para comprobar la sensación que producía, y, a pesar de la deprimente vida que llevamos los de mi humilde profesión, en esos momentos experimentaba una emoción indescriptible. Dejaba volar la imaginación y solía pensar en la gente que se acurrucaría en la silla, sin duda aristócratas que vivían en residencias palaciegas con exquisitas pinturas de incalculable valor en las paredes, fastuosas arañas de cristal colgadas de sus techos, caras alfombras en el suelo, etc.; y una silla en

particular, que yo imaginaba situada ante una mesa de caoba, me traía la visión de flores occidentales que perfumaban el aire con un dulce y fragante aroma. Envuelto en estas extrañas visiones, llegué a sentir que yo también pertenecía a aquellos escenarios, y era infinito mi placer al verme como un personaje de gran influencia social.

»No dejaban de asaltarme pensamientos tan absurdos como los anteriores. Imagine, señora, la patética figura en que me convertía al sentarme cómodamente en una lujosa silla, que yo mismo había construido, y fingir que tenía en los brazos a la chica de mis sueños. Sin embargo, como siempre sucedía, la ruidosa cháchara de las vulgares mujeres del barrio y los histéricos lloriqueos, balbuceos y lamentos de sus hijos no tardaban en disipar todos mis bellos sueños; una vez más, la sombría realidad alzaba su fea cabeza ante mis ojos.

»De vuelta a la tierra, me veía a mí mismo otra vez como una criatura miserable, ¡un gusano que se arrastraba desvalido! Y en lo que respecta a mi amada, aquella mujer angelical, ella también se desvanecía como la bruma. ¡Me maldecía por mi estupidez! Y es que ni las desastradas mujeres que criaban a sus hijos en la calle se dignaban a dedicarme una mirada. Cada vez que terminaba una nueva silla me sentía presa de la más absoluta desesperación. Y con el transcurrir de los meses me iba ahogando en la persistencia de mi desgracia.

»Un día me pidieron que hiciera una gran butaca tapizada en cuero, un tipo de butaca que jamás se me había pasado por la imaginación, para un hotel extranjero de Yokohama. En realidad habían pensado traerlo de fuera del país, pero gracias al poder de convicción de mi patrón, que admiraba mi pericia como sillero, me lo encargaron a mí.

»Para estar a la altura de mi reputación como artesano de alto nivel, me dediqué en cuerpo y alma a mi nuevo trabajo. Poco a poco me fui hallando tan concentrado en esta labor que en ocasiones me olvidaba de comer y de dormir. La verdad es que no sería una exageración afirmar que aquel trabajo se convirtió en toda mi vida: cada fibra de la madera que utilizaba parecía unida a mi alma y a mi corazón.

»Cuando por fin estuvo terminada la butaca, experimenté una satisfacción desconocida hasta entonces, ya que, con toda franqueza, creía que había llevado a cabo una obra que estaba muy por encima del resto de mis creaciones. Como siempre hacía, dejé caer el peso de mi cuerpo sobre las cuatro patas que sujetaban la butaca, no sin antes haberla llevado hasta un lugar soleado del porche del taller. ¡Qué comodidad! ¡Qué inmenso lujo! Ni demasiado duro ni demasiado blando, los muelles parecían ajustarse al cojín con una precisión asombrosa. Y en cuanto al cuero, ¡qué tacto tan agradable poseía! Aquella butaca no solo sustentaba a la persona que se sentaba en ella, sino que también parecía abrazarla y arrullarla. Y eso no era todo: también percibí el perfecto ángulo de inclinación del respaldo, el delicado volumen de los apoyabrazos, la perfecta simetría de cada una de las partes que lo componían. Ningún otro objeto podría expresar con mayor elocuencia el significado de la palabra «comodidad».

»Dejé que mi cuerpo se hundiera en la butaca y, mientras acariciaba los dos apoyabrazos con ambas manos, lancé un suspiro de placer y de auténtica satisfacción.

»Una vez más pasé a ser un juguete en manos de la imaginación y en mi mente comenzaron a surgir extrañas fantasías. La escena que se presentó ante mis ojos era tan vívida que por un

instante me pregunté si acaso no me estaría volviendo loco. Mientras me hallaba en aquel estado mental, me asaltó una extraña idea. No me cabe duda de que fue el mismo demonio quien me la susurró. A pesar de tratarse de mi siniestro pensamiento, me atrajo con un magnetismo tan poderoso que me resultó imposible resistirme.

»Es evidente que al principio la idea se vio fortalecida por mi secreto anhelo de quedarme con la butaca. Sin embargo, consciente de que aquello no podía ser, deseé acto seguido acompañar a aquel mueble fuera cual fuera su destino. A medida que iba dando forma a tan fantástica ocurrencia, mi mente caía de modo gradual, aunque firme, en la trampa de una tentación casi terrorífica. Imagínese, señora… ¡Lo cierto es que tomé la decisión de poner en práctica aquel horrible plan sin preocuparme de sus consecuencias!

»Me apresuré a destruir la butaca y después la reconstruí de acuerdo con mis extraños propósitos. Al ser de gran tamaño, con el asiento cubierto hasta el nivel del suelo, y con un respaldo y unos apoyabrazos también notables, no tardé en idear una cavidad lo bastante grande para acomodar a un hombre sin riesgo de que se notara su presencia. Ni que decir tiene que mi labor se veía obstaculizada por la enorme estructura de madera y por los muelles del interior, pero gracias a mi habitual talento artesanal remodelé la butaca para que las rodillas pudieran ir debajo del asiento, mientras que el torso y la cabeza quedarían en el respaldo. Si alguien se sentaba de esa forma en el hueco, podía permanecer perfectamente oculto.

»Como este tipo de habilidad me resultaba tan natural, me permití añadir ciertos detalles para completar mi obra: mejoré la acústica con el objeto de captar ruidos del exterior y, por supuesto, hice en el cuero una mirilla que pasaba totalmente inadvertida. Además incorporé una zona de provisiones en la que puse varias cajas de galletas y una botella de agua. Para las otras necesidades de la naturaleza también coloqué una gran bolsa de goma y, tras acabar de acondicionarlo con las modificaciones mencionadas y algunas otras, el interior de la butaca se había convertido en un lugar bastante habitable, aunque no recomendable para más de dos o tres días seguidos.

»Una vez finalizada aquella labor tan poco habitual, me desnudé de cintura para arriba y me enterré en la butaca. ¡Trate de imaginar la extraña sensación que me invadió, señora! Lo cierto es que tenía la impresión de haberme enterrado en una tumba solitaria. Tras reflexionar durante unos momentos, llegué a la conclusión de que realmente se trataba de una tumba. En cuanto me vi dentro de la butaca me sumí en una completa oscuridad, ¡y había dejado de existir para el resto de los mortales!

»En aquel momento llegó un mensajero enviado por el comprador para llevarse la butaca en una carretilla de gran tamaño. Mi aprendiz, la única persona que vivía conmigo, no tenía la menor idea de lo que había sucedido. Lo vi hablar con el mensajero.

»Al cargar la butaca en la carretilla, uno de los operarios exclamó:

—¡Dios mío! ¡Cómo pesa este sillón! ¡Al menos una tonelada!

»Al oír aquellas palabras el corazón me dio un brinco. A pesar de todo no llegaron a sospechar, ya que era evidente que se trataba de una butaca extraordinariamente pesada, y poco después sentí la vibración causada por el traqueteo de la carretilla en su recorrido callejero. No

es necesario decir que mi preocupación era constante, pero al final, aquella misma tarde, la butaca en la que me había escondido fue depositada con un ruido sordo en el suelo de una dependencia del hotel. Más tarde descubrí que no era una sala cualquiera, sino el vestíbulo.

»A estas alturas ya habrá adivinado usted hace tiempo que la razón principal que me impulsó a embarcarme en esta descabellada empresa era la de abandonar mi escondrijo de la butaca en cuanto no hubiese moros en la costa, luego merodear por el hotel y ponerme a robar. ¿Quién podría pensar que había un hombre escondido en una butaca? Cual sombra fugaz, podría desvalijar cada una de las habitaciones a mis anchas, y cuando sonase la alarma me hallaría sano y salvo en el interior de mi santuario, conteniendo el aliento y contemplando las ridículas payasadas de la gente que me buscaba.

»Quizá haya oído usted hablar del cangrejo ermitaño que suele encontrarse en zonas rocosas de la costa. Tiene forma de gran araña y se arrastra sigiloso hasta que, tan pronto como oye la cercanía de unos pasos, se retira a toda velocidad al interior de una concha vacía, un lugar desde donde dirige su mirada furtiva a los alrededores mientras deja medio expuestas las horripilantes y peludas patas. Yo era como aquel insólito monstruo-cangrejo. Pero, en lugar de una concha, gozaba de una protección mejor: una butaca capaz de ocultarme de un modo mucho más eficaz.

»Como puede usted imaginar, mi plan era tan novedoso y original, tan completamente inesperado, que nadie tuvo la posibilidad de preverlo. En consecuencia, mi aventura resultó un éxito total. Al tercer día de mi llegada al hotel me di cuenta de que ya era dueño de un cuantioso botín.

»Imagine la emoción y el entusiasmo que me provocaba robar todo lo que me viniese en gana, por no mencionar lo que me divertía al observar a la gente corriendo como loca de un lado a otro a escasos centímetros de mis narices, gritando «¡El ladrón se fue por ahí!», y «¡Se fue por allí!». No dispongo de tiempo para describir todas mis experiencias con detalle. Mejor permítame continuar con la narración para hablarle de una fuente de inusitada diversión que tuve la oportunidad de descubrir y que resultó mucho más relevante: en realidad, lo que estoy a punto de relatar es el tema principal de esta carta.

»Antes, sin embargo, debo pedirle que regrese al momento en que colocaron la butaca (y a mí) en el vestíbulo del hotel. En cuanto lo dejaron allí, todos los empleados se fueron turnando para probarlo. Pasada la novedad, abandonaron aquel lugar y reinó un absoluto silencio. No obstante, yo no logré reunir el valor suficiente para salir de mi santuario, ya que comencé a imaginar toda clase de peligros. Mantuve los oídos alerta durante un tiempo que me pareció un siglo. Poco después percibí que se acercaban unos pasos firmes, sin duda alguna procedentes del pasillo. Seguramente aquellos pies siguieron su camino sobre una gruesa alfombra, ya que el sonido se desvaneció por completo.

»Instantes más tarde se apoderó de mis oídos el ruido que hacía un hombre con la respiración agitada. Antes de que pudiera adivinar lo que iba a suceder, cayó sobre mis rodillas un cuerpo grande y pesado, como el de un europeo, y tuve la sensación de que rebotaba dos o tres veces hasta que terminó por acomodarse del todo. Solo lo separaba de mis rodillas una fina capa de cuero y eso provocaba que casi sintiera el calor de su cuerpo. Sus hombros anchos y musculosos

se apoyaron de lleno contra mi pecho mientras que sus macizos brazos se situaban directamente sobre los míos. Podía imaginarme a aquel individuo fumándose un puro, porque hasta mis fosas nasales llegaba flotando el intenso olor.

»Intente usted, señora, ponerse en la insólita posición en que me encontraba, y piense un momento en lo absolutamente anormal de la situación. En lo que a mí se refiere, sin embargo, estaba por completo aterrorizado, tanto que me agazapé en mi oscuro escondite como petrificado, y un sudor frío me caía de las axilas.

»Después de aquel individuo vinieron varias personas a «sentarse en mis rodillas» ese mismo día, como si hubieran aguardado su turno con paciencia. Ninguno, no obstante, sospechó siquiera durante un fugaz instante que el mullido «cojín» en el que se sentaban era en realidad carne humana por cuyas venas circulaba la sangre ..., carne humana confinada en un extraño mundo de oscuridad.

»¿Qué tenía aquel místico agujero que tanto me fascinaba? Me sentía en cierto modo como un animal viviendo en un mundo totalmente nuevo. Y en cuanto a quienes vivían en el mundo exterior, solo era capaz de identificarlos como gente que producía ruidos muy raros, respiraba intensamente, hablaba, hacía crujir sus ropas y poseía unos cuerpos blandos y redondeados.

»Poco a poco comencé a distinguir a quienes se sentaban gracias al tacto más que a la vista. Los gordos parecían medusas, mientras que los muy delgados me daban la sensación de tener encima un esqueleto. Había otros rasgos distintivos, tales como la curvatura de la espina dorsal, la amplitud de los omóplatos, la longitud de los brazos y el grosor de los muslos, además del contorno de los traseros. Quizá suene extraño, pero no miento en absoluto si digo que, a pesar de que todas las personas parezcan similares, existen incontables matices susceptibles de percibirse únicamente mediante el tacto de sus cuerpos. De hecho hay las mismas diferencias que en el caso de las huellas dactilares o los contornos faciales. Ni que decir tiene que esta teoría se aplica también a los cuerpos femeninos.

»Lo habitual es clasificar a las mujeres en dos grandes categorías: las feas y las guapas. Sin embargo, en mi oscuro y limitado mundo del interior de la butaca, los méritos o deméritos faciales eran un elemento secundario que se veía superado por las significativas cualidades que transmitía el tacto de la carne, el sonido de la voz, el olor corporal. (Señora, espero que no se sienta usted ofendida por el descaro con el que me expreso en algunas ocasiones).

»Y de ese modo, para continuar con mi relato, apareció una chica (la primera que jamás había tenido sentada encima de mí) que encendió en mi corazón la llama de un amor apasionado. A juzgar solo por su voz, se trataba de una europea. En aquel momento, aunque en la sala no había nadie más, la felicidad debía de inundar su corazón, ya que al entrar con caminar ligero en la habitación iba cantando.

»No tardé en darme cuenta de que se había detenido ante mi butaca y, sin previo aviso, se echó a reír de repente. Acto seguido oí que agitaba los brazos como un pez debatiéndose en una red, y luego se sentó… ¡sobre mí! Durante unos treinta minutos continuó cantando, moviendo el cuerpo y los pies al ritmo de la melodía.

»El curso que tomaban los acontecimientos me resultaba bastante insólito, ya que siempre me

había mantenido apartado de los individuos del sexo opuesto a causa de la fealdad de mi rostro. Ahora era consciente de que me hallaba en la misma sala que una chica europea a quien nunca había visto, con mi piel tocando prácticamente la suya a través de una fina capa de cuero.

»Ella, que no sabía de mi presencia allí, siguió actuando con total libertad, haciendo lo que le apetecía. En el interior de la butaca yo me imaginaba abrazándola, besando su níveo cuello… Ojala hubiera podido quitar esa capa de cuero de en medio…

»Después de esta experiencia en cierto modo ilícita, aunque más que agradable, olvidé por completo la intención inicial de dedicarme a robar. En su lugar tuve la sensación de precipitarme a toda velocidad en un nuevo remolino de placer enloquecedor.

»Tras una larga reflexión, me dije a mí mismo:

—Quizá mi destino sea disfrutar de esta clase de existencia.

»La verdad se fue cerniendo sobre mí de forma gradual. Para quienes eran tan feos y repulsivos como yo, lo más inteligente era vivir la vida en el interior de una butaca. En ese extraño y oscuro mundo tenía la posibilidad de oír y tocar a todo tipo de criaturas deseables.

»¡El amor en una butaca! Esta idea puede parecer sin duda demasiado fantasiosa. Solo quien lo ha experimentado de verdad puede dar fe de las emociones y los placeres que proporciona. Es evidente que se trata de un tipo de amor poco habitual, restringido a los sentidos del tacto, el oído y el olfato, un amor que arde en un mundo de oscuridad.

»Lo crea o no, muchos de los acontecimientos que se producen en ese mundo son imposibles de comprender del todo. Al principio no pretendía nada más que perpetrar una serie de robos y después huir. Ahora, por el contrario, me había llegado a sentir tan unido a mis «dependencias» que incorporé ciertas mejoras que permitieran una existencia permanente en ellas.

»En mis merodeos nocturnos siempre tomaba las máximas precauciones, vigilaba cada paso que daba, apenas hacía ruido. El riesgo de ser descubierto era mínimo. Cuando recuerdo, sin embargo, que me pasé varios meses dentro de una butaca sin que notaran mi presencia ni una sola vez, hasta yo mismo me siento sorprendido.

»Durante la mayor parte del día me quedaba dentro de la butaca, sentado como un contorsionista, con los brazos flexionados y las rodillas dobladas. La consecuencia fue que llegué a sentir una especie de parálisis en el cuerpo. Además, como no podía ponerme recto en ningún momento, mis músculos perdían flexibilidad y se agarrotaban, y poco a poco empecé a arrastrarme para ir al baño en lugar de hacerlo caminando. ¡Qué estupidez! Ni siquiera ante todos esos sufrimientos logré convencerme de abandonar aquella locura y alejarme de aquel extraño mundo de placeres sensuales.

»Aunque muchos de los huéspedes del hotel permanecían en este durante un mes, o incluso dos, y lo convertían en su lugar de residencia temporal, había una constante afluencia de clientes nuevos, y lo mismo sucedía con los que se marchaban. De ahí que no pudiera disfrutar de ningún amor duradero. Incluso hoy, al pensar en todas mis «aventuras amorosas», no recuerdo más que el tacto cálido de la carne.

»Algunas mujeres poseían cuerpos firmes como los de los ponys; otras parecían tener cuerpos viscosos como los de las serpientes; y los de algunas otras estaban compuestos solo por grasa, lo

que les confería la elástica viveza de una pelota de goma. También hay que mencionar las escasas excepciones de quienes parecían tener cuerpos hechos solo de puro músculo, como artísticas estatuas griegas. Pero, al margen de los diversos tipos o las distintas clases, cada uno de ellos poseía un encanto magnético que lo distinguía de los demás, y yo cambiaba sin cesar el objeto de mis pasiones.

»Sirva como ejemplo que una vez vino a Japón una bailarina de renombre internacional, y dio la casualidad de que se alojó en ese mismo hotel. Aunque se sentó en mi butaca en una sola ocasión, el contacto de su carne tersa y mullida con la mía me proporcionó una emoción desconocida hasta entonces. Tan sublime fue aquella sensación que me condujo a un estado de exaltación absoluta. La experiencia, más que estimular mis instintos carnales, hizo que me imaginara como un artista de gran talento tocado por la varita mágica de un hada.

»Extraños e inquietantes episodios se fueron sucediendo con gran rapidez. Pero las limitaciones de espacio me impiden realizar una detallada descripción de cada uno de los casos. Bastará con que presente un esquema general de los acontecimientos.

»Un día, varios meses después de mi llegada al hotel, se produjo un giro inesperado en lo que a mi destino respecta. Por algún motivo, el propietario del hotel se vio obligado a partir hacia su país y, como resultado, la dirección del hotel pasó a manos japonesas.

»Este cambio de propiedad dio lugar a una nueva política en la gestión, que marcó como objetivo una reducción drástica de gastos, así como la eliminación de los muebles lujosos y la adopción de otras medidas encaminadas al aumento de los beneficios económicos. Una de las primeras consecuencias de esta nueva política fue que los administradores sacaron a subasta todos los objetos extravagantes del hotel. En la lista se incluyó mi butaca.

»Al tener noticia de estos hechos sentí una inmediata decepción. Pero no tardó en aparecer en mi interior una voz que me aconsejaba regresar al mundo exterior, el mundo normal, y disfrutar de la considerable suma que había logrado mediante el robo. Era consciente, por supuesto, de que no tendría que volver a mi humilde vida de artesano, ya que lo cierto es que me había convertido en un hombre relativamente rico. La idea de mi nuevo lugar en el seno de la sociedad me hizo superar la desilusión por verme obligado a dejar el hotel, al menos en apariencia. Además, tras una profunda reflexión acerca de todos los placeres obtenidos allí, tuve que admitir que las «aventuras amorosas», aunque muchas, se habían producido con mujeres extranjeras, y que en cierto modo siempre había echado algo de menos.

»Llegado a ese punto, me di perfecta cuenta de que, como japonés, lo que de verdad anhelaba era una amante de mi propio mundo. Mientras mi mente daba una vuelta tras otra a aquellos pensamientos, la butaca (conmigo aún dentro) fue enviada a una tienda de muebles para una subasta. Quizá esta vez me decía a mí mismo, compre el sillón un japonés y acabe en una casa japonesa. Crucé los dedos y decidí ser paciente y seguir viviendo en la butaca un poco más de tiempo.

»Aunque tuve que sufrir lo mío durante los dos o tres días que la butaca estuvo en la tienda de muebles, al final salió pronto a la venta y no tardaron en comprarla. Esto fue posible, por fortuna, gracias a la excelente factura derivada de su proceso de fabricación: aunque ya no era nueva

todavía poseía un «porte digno».

»El comprador era un alto dignatario que vivía en Tokio. En el trayecto de la tienda a la residencia palaciega de aquel hombre, los botes y los traqueteos del vehículo casi acabaron conmigo. Apreté los dientes y lo soporté con valentía, ya que me sentía reconfortado por la idea de que al fin me había comprado un japonés.

»Ya en su casa, me colocaron en un espacioso estudio de estilo occidental. Había algo en aquella estancia que me procuró la más grande de las satisfacciones, ya que al parecer la butaca la iba a utilizar sobre todo la joven y atractiva esposa del comprador.

»A lo largo de todo un mes tuve la oportunidad de estar junto a esa mujer de modo constante, unido a ella como si fuésemos uno, por así decirlo. A excepción de las horas destinadas a comer y a dormir, su tierno cuerpo estaba siempre sobre mis rodillas por la sencilla razón de que ella se hallaba dedicada en cuerpo y alma a su labor intelectual.

»¡No se imagina usted cuánto amaba a aquella dama! Era la primera mujer japonesa con la que yo establecía un contacto tan estrecho, y, por si fuera poco, poseía un cuerpo maravillosamente atractivo. ¡La veía como la respuesta a todas mis plegarias! En comparación, mis otras «aventuras» con las diversas mujeres del hotel no parecían sino flirteos infantiles y nada más.

»El loco amor que yo sentía hacia aquella intelectual dama quedaba probado por el hecho de que en todo momento anhelaba tenerla entre mis brazos. Cuando se marchaba, aunque fuera por un instante, esperaba su regreso como un Romeo enloquecido por el amor y añorando a su Julieta. Nunca antes había experimentado tales sensaciones.

»Poco a poco fui sintiendo la necesidad de transmitirle mis sentimientos… de algún modo. En vano traté de llevar a cabo mi propósito, pero siempre me encontraba con un muro totalmente plano que me cerraba el camino, ya que mi indefensión era absoluta. ¡Oh, cómo ansiaba que ella me correspondiera! Sí, quizá piense usted que está leyendo la confesión de un loco, y es que estaba loco…, ¡locamente enamorado de ella!

»Pero ¿de qué forma podría llamar su atención? Si me daba a conocer, la impresión de una noticia así la llevaría a avisar a su marido y a los criados de inmediato. Y eso, por supuesto, resultaría desastroso para mí, porque el descubrimiento no solo me acarrearía el deshonor, sino un severo castigo por los delitos que había cometido.

»Entonces decidí que debía seguir un camino diferente, esto es, hacer todo lo posible porque se sintiera cada vez más cómoda y de ese modo suscitar en ella un amor natural por… ¡la butaca! Dado que se trataba de una verdadera artista, tenía cierta confianza en que su inherente inclinación hacia la belleza la guiaría en la dirección que yo deseaba. Y en lo que a mí respecta, buscaba la pura satisfacción derivada de su amor por un objeto material, ya que así me consolaría al creer que sus refinados sentimientos afectivos por una simple butaca serían lo bastante intensos como para alcanzar a la criatura que habitaba en su interior…, ¡y esa criatura era yo!

»Me esforcé todo lo que pude para que se sintiera mejor cada vez que acomodaba su cuerpo en la butaca. Siempre que se sentía fatigada, tras llevar mucho tiempo sentada sobre mi humilde

persona en la misma postura, yo cambiaba muy despacio la posición de las rodillas y la abrazaba de forma más cálida para que sus sensaciones fuesen cada vez más gratas. Y si se estaba quedando dormida, también movía las rodillas, siempre con gran lentitud, para mecerla y facilitarle un sueño más profundo.

»En cierta manera quizá milagrosa (¿o no era más que mi imaginación?) aquella dama ya parecía sentir por la butaca un amor intenso, y es que cada vez que se sentaba se comportaba como un niño sumido en el abrazo de su madre, o como una chica rodeada por los brazos de su amante. Y cuando cambiaba de postura en la butaca, yo tenía la impresión de que disfrutaba de un regocijo cercano al sentimiento amoroso.

»Terminé por pensar que si llegara a mirarme una sola vez, aunque solo fuera un breve y fugaz instante, podría morir en medio del placer más absoluto.

»Estoy seguro, señora, de que a estas alturas habrá adivinado usted quién es el objeto de mi loca pasión. Para no andarme con rodeos, ¡lo cierto es que se trata de usted, señora! Desde que su marido me trajo de aquella tienda de muebles he sufrido unos dolores insoportables a causa del desmedido amor y el anhelo que siento por usted. No soy más que un gusano…, una criatura repugnante.

»Solo deseo realizar una petición. ¿Aceptaría usted conocerme, verme una sola vez, solo una? No le pediré nada más. Ya sé que no merezco su simpatía, porque no he sido más que un villano a lo largo de toda mi vida, indigno siquiera de tocar la planta de sus pies. Pero si accede a este ruego, aunque no sea más que por compasión, mi gratitud será eterna.

»Anoche salí a escondidas de su residencia para escribir esta confesión, ya que, aun alejándome del peligro, no reuní el valor suficiente de mostrarme ante usted cara a cara y sin aviso o preparación previos.

»Mientras lee esta carta, estaré vagando por los alrededores de su casa con el corazón en un puño. Si decide usted satisfacer mi demanda, haga el favor de colocar un pañuelo en la maceta de flores que hay en el alféizar de su ventana. Ante esa señal, yo abriré la puerta y entraré como un humilde visitante…

Así terminaba la carta.

Incluso antes de acabar de leer las muchas páginas de que constaba la misiva, una premonición con cierto aire de malignidad había hecho que Yoshiko se pusiera mortalmente pálida. Se incorporó de forma inconsciente y huyó inmediatamente del estudio, de aquella butaca en la que había estado sentada y que se había convertido en su santuario dentro de una de las estancias de la casa.

Su primera intención había sido la de no seguir leyendo y hacer trizas el espeluznante mensaje; pero, por alguna extraña razón, había continuado, y había ido dejando las hojas de apretada escritura encima de una mesilla.

Ahora que había terminado, su premonición se reveló cierta. Aquella butaca en la que había estado sentada día tras día…, ¿realmente tenía un hombre en su interior? Si así era, ¡qué experiencia tan horrible había sufrido sin saberlo! Sintió un escalofrío de repente, como si por la espalda le hubieran echado un vaso de agua helada, y los temblores que vinieron a continuación parecían no

tener fin.

Se quedó con la vista fija en el vacío, como si estuviera en trance. ¿Debía examinar la butaca? Sin embargo, ¿cómo reunir las fuerzas suficientes para afrontar tan horrible prueba? Aunque ahora el sillón se hallase vacío, ¿qué ocurriría con la suciedad que aún quedara allí, como la comida y otros objetos de los que el inquilino hubiera tenido necesidad?

—Señora, una carta para usted.

Miró sobresaltada y vio a la criada en el umbral de la puerta con un sobre en la mano.

Aturdida, Yoshiko cogió el sobre y logró ahogar un grito. ¡Qué horror! ¡Se trataba de otro mensaje del mismo hombre! De nuevo había escrito su nombre con aquella letra tan familiar.

Dudó durante un largo instante si abrirla o no. Al final se armó de valor, rompió el lacre y sacó las hojas con sus trémulas manos. Esta segunda comunicación era breve y concisa, y contenía otra impresionante sorpresa:

»Disculpe mi osadía al enviarle un nuevo mensaje. En primer lugar debo decirle que no soy más que uno de sus fervientes admiradores. El manuscrito que le he hecho llegar aparte no estaba inspirado más que por la imaginación y por el hecho de que yo sabía que usted había comprado esa butaca hacía poco tiempo. Es un ejemplo de mis humildes tentativas en lo que a la narrativa de ficción se refiere. Si tuviera la amabilidad de darme su opinión, le estaría enormemente agradecido.

»Fueron motivos personales los que me indujeron a enviar el texto antes que esta carta de aclaración, y doy por hecho que ya lo ha leído. ¿Qué le ha parecido? Si cree que se trata de un relato más o menos divertido o entretenido, pensaré que todos mis esfuerzos literarios no han sido en vano.

»A pesar de que se lo oculté de modo deliberado, pretendo que mi historia lleve por título «La butaca humana».

»Reciba mi más afectuoso saludo y mis mejores deseos para el futuro.

Atentamente…

El test psicológico

FUKIYA podría haber llegado muy lejos si hubiera puesto su notable inteligencia al servicio de objetivos más nobles. Joven, brillante y diligente, orgullo constante de sus profesores de la Universidad de Waseda de Tokio, cualquiera era capaz de darse cuenta de que se trataba de un hombre con un prometedor porvenir. Pero, por desgracia, el destino llevó a Fukiya a dejar en mal lugar a quienes lo conocían. En lugar de esforzarse por seguir una carrera académica normal, lo echó todo por tierra de pronto al cometer… ¡*un asesinato*!

Todavía hoy, transcurridos muchos años desde que se produjera su desconcertante crimen, hay todo tipo de conjeturas acerca del extraño y misterioso motivo que pudo llevar a un hombre joven de tan gran talento a poner en práctica su violenta trama. Hay quien sigue insistiendo en que detrás de todo está la codicia por el dinero, el móvil más común que existe. Esta explicación es verosímil en cierta medida, ya que el joven Fukiya, que trataba de abrirse camino en la universidad, se veía más que limitado por las penurias económicas. Por otro lado, se debe tener en cuenta que un intelectual de su talla quizá se sintiera tan humillado por tener que perder su precioso tiempo trabajando, que bien pudiera haber considerado el crimen como única salida. Así y todo, ¿acaso son suficientes todas estas razones para explicar de forma convincente la brutalidad casi sin parangón del crimen que cometió? Otros han aventurado una teoría más probable: que Fukiya era un criminal nato y que perpetró el crimen por puro placer. En cualquier caso, y al margen de los motivos ocultos que pudiera tener, es innegable que Fukiya, al igual que otros criminales intelectuales antes que él, albergaba la firme determinación de cometer el crimen perfecto.

Desde su primer día de clase en Waseda, Fukiya se sintió inquieto y preocupado. Una fuerza perniciosa parecía roerle el cerebro, lo empujaba, lo incitaba a poner en práctica una «trama» que por entonces no era más que un vago bosquejo de su mente, como una sombra en la niebla. Un día sí y otro no, mientras asistía a las clases, cuando charlaba con los amigos del campus, o en los extraños trabajos que le permitían hacer frente a sus gastos, no dejaba de dar vueltas a lo que lo sumía en aquel estado de agitación. Y entonces, un día, hizo buenas migas con un compañero de clase llamado Saito, y ahí fue cuando la «trama» empezó a tomar cuerpo.

Saito era un estudiante tranquilo de edad similar a la de Fukiya, y, como él, necesitado de dinero. En esa época llevaba casi un año viviendo de alquiler en la habitación de una casa propiedad de una viuda que disfrutaba de una saneada situación económica gracias al legado de su marido, un importante cargo del gobierno. Aquella mujer, que rozaba los sesenta años, era en extremo avariciosa y tacaña. A pesar de que los ingresos obtenidos por el alquiler de varias viviendas le permitían vivir con desahogo, ella no dejaba de incrementar su riqueza mediante la mezquina práctica de prestar pequeñas sumas de dinero a gente de su confianza. Sin embargo, se daba la circunstancia de que no tenía hijos y, en consecuencia, desde los inicios de su viudedad el dinero se había ido convirtiendo en un consuelo para sustituirlos. En lo que a Saito se refiere, sin embargo, lo había aceptado como inquilino más a modo de protección que como fuente de ganancia económica: al igual que toda la gente inclinada a acaparar dinero, ella escondía una importante suma en algún lugar de su casa.

En cuanto su amigo Saito le contó todo esto, Fukiya se sintió tentado por el dinero de la viuda.

—¿Qué provecho le va a sacar ella, en cualquier caso? —se preguntaba sin cesar, tras haber realizado dos o tres visitas a la casa—. Cualquiera puede darse cuenta de que a esa bruja vieja y mustia no le queda mucho de vida. Sin embargo, ¡aquí estoy yo! Soy joven, estoy lleno de vida y ambición, y tengo un brillante futuro por delante.

El asunto no dejaba de martillearle el cerebro hasta que llegó a una conclusión: *¡Tenía que conseguir aquel dinero!* Pero ¿cómo? La respuesta a esta pregunta surgió en medio de la tela de araña de un horrible plan. En primer lugar, sin embargo, Fukiya decidió que el éxito de cualquier plan dependía de un factor importante: una preparación inteligente y cuidadosa. De ahí que, de un modo sutil y casual, se pusiera manos a la obra para sonsacar a su colega Saito la mayor cantidad de información posible acerca de la anciana y el dinero oculto.

Un día, de forma inesperada, Saito hizo cierta observación que dejó de una pieza a Fukiya, ya que se trataba exactamente de lo que llevaba tanto tiempo deseando saber.

—¿Sabes una cosa, Fukiya? —preguntó Saito riéndose, sin sospechar en absoluto la vileza que anidaba en la mente de su amigo—, yo creo que la vieja se ha vuelto loca con lo del dinero. Casi todos los meses lo cambia de escondite. Hoy he descubierto por accidente la última «cámara de seguridad», y tengo que admitir que es muy original. ¿Adivinas dónde está?

Fukiya logró reprimir su agitación con el refinamiento de un actor y, tras lanzar un bostezo, observó con desgana:

—Me temo que ni se me pasa por la imaginación.

Saito cayó con facilidad en aquella astuta trampa.

—Bueno, entonces te lo diré —señaló de inmediato, algo decepcionado por el poco interés que mostraba su interlocutor—. Como seguramente ya sabes, cuando alguien quiere ocultar dinero, lo suele colocar bajo el suelo o en alguna cavidad o agujero secreto en la pared. Pero mi querida patrona es mucho más ingeniosa que todo eso. ¿Recuerdas aquel pino enano que había en la alcoba de la habitación de invitados? Pues ese es el nuevo lugar que ha elegido para esconder el dinero: en la tierra de la maceta. ¿Acaso no es terriblemente lista? A ningún ladrón se le ocurriría siquiera mirar en un sitio así.

A medida que pasaban los días Saito pareció olvidarse de esta conversación, pero no sucedió lo mismo con Fukiya. Tras haber devorado hasta la última palabra que Saito le había dicho, tomó la firme decisión de hacerse con el dinero de la anciana. Sin embargo, aún existían ciertos detalles que resolver antes de realizar el primer movimiento. Uno de los problemas cruciales consistía en el modo de alejar de su persona cualquier clase de sospecha. Tampoco pudo dejar de lado otros aspectos del problema, como los remordimientos de conciencia. Toda esa cháchara de Raskolnikov, en *Crimen y castigo*, de Dostoievski, torturado por el terror invisible de un corazón angustiado, a Fukiya le resultaba absurda. En realidad, reflexionaba, todo dependía del punto de vista que se adoptase. ¿Había que condenar a Napoleón como asesino de masas porque fuera responsable de la muerte de tanta gente? Era evidente que no. De hecho, él sentía una gran admiración por el ex cabo que se convirtió en emperador, y no le importaban los medios que hubiera empleado para ello.

Para entonces Fukiya, definitivamente decidido a lograr su objetivo, pensó que debía aguardar

con paciencia una oportunidad. Como iba a ver a Saito con frecuencia, ya conocía la distribución de la casa, y alguna que otra visita más le permitió enterarse de todos los detalles que precisaba. Por ejemplo, no tardó en saber que la anciana rara vez salía a la calle. Eso suponía un problema. Día tras día permanecía sentada y en completo silencio en su salón privado, situado en una de las alas del edificio. Sin embargo, en caso de que una necesidad imperiosa la obligara a abandonar su cómodo refugio, lo primero que hacía era apostar a su criada, una sencilla campesina, en calidad de «centinela» para vigilar la casa. Fukiya comprendió en seguida que, a la vista de las circunstancias, su previsión de aventurarse en el mundo del crimen no sería tarea fácil. Muy al contrario, si quería salir con éxito, debería utilizar lo más refinado de su astucia.

Fukiya pensó en diversos planes a lo largo de todo un mes, pero los fue descartando uno tras otro por considerarlos defectuosos. Al fin, después de exprimirse el cerebro hasta quedar casi exhausto, Fukiya llegó a la conclusión de que solo había un camino: *¡Debía matar a la anciana!* Creía que la fortuna oculta de la vieja sería sin duda alguna lo bastante grande como para justificar su asesinato, y se recordó a sí mismo que los ladrones más célebres de la historia siempre habían eliminado a sus víctimas siguiendo la contundente teoría de que «los muertos no hablan».

Fukiya comenzó a preparar con todo cuidado los pasos que pensaba seguir de la manera más segura. Le llevó su tiempo hacerlo, pero gracias al inocente Saito supo que el escondite seguía siendo el mismo; y tuvo la certeza de que era capaz de diseñar cada detalle a la perfección, incluso el más nimio que pudiera presentarse.

Un día, de forma más bien imprevista, Fukiya comprendió que había llegado el momento deseado desde hacía tanto tiempo. En primer lugar, se enteró de que Saito iba a ausentarse de la casa durante toda la jornada porque tenía que permanecer en la universidad. La criada, asimismo, tenía que hacer un recado y no regresaría hasta la noche. Dos días antes, por casualidad, Fukiya se había tomado la molestia de verificar que el dinero seguía oculto en la maceta del pino enano. Se había cerciorado de ello con gran facilidad. Aprovechó la visita a Saito para acercarse con aire indiferente a la habitación de la anciana y «presentarle sus respetos»; en el transcurso de la conversación se las ingenió para dejar caer alguna que otra referencia al escondite del dinero. Como astuto estudiante de psicología que era, se fijó en los ojos de la mujer cada vez que mencionaba la palabra *escondite*. Su previsión se reveló acertada y comprobó que ella, sin querer, siempre dirigía la vista hacia la maceta con el árbol que había en la alcoba.

El día del asesinato Fukiya iba vestido con el uniforme y la gorra que siempre llevaba en la universidad, además de su capa negra de estudiante. También se puso unos guantes para asegurarse de que no dejaría huellas dactilares. Hacía tiempo que había descartado la idea del disfraz, ya que era consciente de que ese tipo de atuendos constituían una pista fácil de seguir. Tenía la plena convicción de que cuanto menos se ocultara y más sencillo fuera el crimen, más difícil resultaría detectarlo. En los bolsillos llevaba una navaja más bien larga, aunque dentro de lo normal, así como una bolsa de gran tamaño. Había adquirido estos objetos de la vida cotidiana en unos pequeños almacenes a una hora en la que estaban llenos de clientes, y los había pagado sin regatear el precio. Por lo tanto, confiaba en que nadie lo recordaría haciendo aquella compra.

Fukiya, absorto en sus pensamientos, se encaminó sin prisa hacia la escena del crimen que tenía

planeado. A medida que se acercaba al barrio en cuestión, recordó por décima vez que era fundamental que nadie lo viera entrar en la casa. Pero ¿y si se encontraba con algún conocido antes de llegar a la puerta de la víctima? En ese caso no habría ningún problema, siempre y cuando lograra convencer a esa persona de que solo estaba dando un paseo, algo habitual en él, por otro lado.

Quince minutos más tarde llegó a la entrada de la casa de la anciana. Aunque había tenido la suerte de no cruzarse con nadie conocido, se dio cuenta de que respiraba con el aliento entrecortado. La sensación le resultó desagradable. Comenzaba a sentirse, en cierto modo, más como un vulgar ladrón o un merodeador que como el frío y refinado príncipe del crimen que siempre se había imaginado que sería.

Mientras se esforzaba por controlar los nervios, Fukiya miró furtivamente en todas direcciones. Al final, satisfecho tras comprobar que nadie lo había visto todavía, centró su atención en la casa. Se hallaba encajonada entre otras dos, aunque convenientemente aislada de ellas mediante dos filas de árboles a ambos lados árboles de follaje denso que formaban una especie de cercado natural. Frente a la casa, por el lado opuesto, un largo muro de cemento delimitaba una rica propiedad que ocupaba toda una manzana.

Abrió la puerta despacio y sin hacer ruido, y sujetando la pequeña campana clavada en ella para que no sonara. Una vez en el patio, avanzó a hurtadillas hasta una de las entradas laterales y llamó sin armar escándalo.

—Buenos días —saludó, alarmado al darse cuenta de que aquella voz no parecía la suya.

La inmediata respuesta se vio acompañada por el crujir de la tela de un quimono, y acto seguido la anciana abrió la puerta.

—Buenos días, señor Fukiya —contestó ella, arrodillándose al tiempo que hacía una cumplida reverencia—. Me temo que su amigo Saito no se encuentra en casa.

—Es… usted con quien quiero hablar —se apresuró a aclarar Fukiya—, aunque es acerca de un tema que tiene que ver con Saito.

—Entonces, adelante —invitó ella.

Una vez que él se hubo despojado de los zapatos, ella lo guió hasta el recibidor, donde le pidió disculpas por hallarse sola en casa.

—La criada ha tenido que salir hoy —señaló—, de modo que debe usted disculparme mientras preparo el té. No tardaré nada.

Se incorporó y se dio la vuelta para abandonar la sala.

Allí estaba la oportunidad que Fukiya estaba esperando. Cuando la anciana se agachó un poco para abrir la puerta de papel, se abalanzó sobre ella por la espalda y empezó a estrangularla con sus manos enguantadas. La mujer luchó débilmente, y uno de sus dedos arañó un biombo que había al lado.

Una vez inerte la anciana, Fukiya examinó con atención los desperfectos. El biombo tenía dos hojas cubiertas con escamas doradas y una pintura que representaba a Komachi, célebre belleza de la era feudal. El rostro de Komachi estaba en el lugar exacto que la anciana había arañado en su agonía.

Fukiya no tardó en recobrar la compostura al considerar que aquello carecía de importancia. Se olvidó del asunto y se dirigió a la alcoba, donde agarró el pino por el tronco y lo sacó de la maceta.

Tal y como esperaba, halló un bulto situado en el fondo y bien envuelto en papel vegetal. Se deshizo de este con gesto ávido y sonrió satisfecho al ver que contenía un grueso fajo de billetes.

Sin perder tiempo, Fukiya cogió la *mitad* del dinero, lo introdujo en la bolsa que sacó del bolsillo, envolvió de nuevo el resto en el mismo papel vegetal y lo colocó otra vez en el fondo de la maceta. Consideró este acto como el toque maestro, ya que estaba seguro de que con él la policía no sería capaz de seguir su rastro. Si se tenía en cuenta que la anciana era la única persona que sabía cuánto dinero tenía escondido, nadie sería capaz de adivinar que la cantidad original se había reducido a la mitad.

A continuación clavó la larga navaja en el corazón de la mujer con gran precisión. Después limpió la hoja en el quimono y la volvió a meter en el bolsillo. El objetivo de tan extraña acción no era otro que el de asegurarse de que la anciana no reviviría, posibilidad que con frecuencia se daba en las novelas policíacas que había leído. No la había matado con la navaja por miedo a que la sangre le salpicara la ropa.

Fukiya puso de nuevo el árbol en la maceta, alisó la tierra y también se cercioró de que no había dejado huella alguna. Luego salió de la estancia. Cerró la puerta y se dirigió con gran sigilo a la entrada lateral. Allí, mientras se ataba los cordones de los zapatos, se preguntó si su calzado no habría dejado alguna marca delatora. Pero en seguida decidió que no había peligro, ya que el camino de entrada estaba pavimentado. Salió al jardín y se sintió incluso más seguro, porque el día era soleado y el suelo se hallaba firme y seco. Solo necesitaba caminar hasta la puerta de entrada, abrirla y desaparecer de aquel escenario.

El corazón le latía a toda velocidad, porque era consciente de que a esas alturas cualquier desliz podría ser fatal. Aguzó los oídos para captar la menor señal de peligro, como pasos aproximándose, pero lo único que percibió fueron las melodiosas notas de un arpa japonesa que alguien tañía en la distancia. Se irguió todo lo que pudo y se encaminó con decisión hacia la puerta, la abrió sin miedo y abandonó el lugar.

A cuatro o cinco manzanas de la casa de la anciana se alzaba un alto muro de piedra que guardaba un antiguo santuario sintoísta. Fukiya tiró la navaja y los guantes ensangrentados por una grieta que daba a una zanja; luego reanudó la marcha sin prisa hasta llegar a un parque por el que solía pasear. Se sentó en un banco y observó indiferente a varios niños que jugaban en los columpios.

Tras pasar bastante tiempo en el parque, se levantó, bostezó y se desperezó, y después recorrió la distancia que lo separaba de la comisaría más cercana. Saludó al sargento, que estaba sentado en su mesa, con un gesto del todo inocente, y finalmente sacó la bien repleta bolsa que portaba.

—Agente, acabo de encontrar esta bolsa en la calle. Está llena de dinero, así que pensé que lo mejor sería entregarla aquí.

El policía cogió la bolsa, examinó el contenido y le hizo varias preguntas de rutina. Fukiya, sin perder la calma en ningún momento, y con plena confianza en sí mismo, respondió sin rodeos acerca del lugar y la hora en que había llevado a cabo su «hallazgo». Ni que decir tiene que toda la información era falsa, con una excepción: el nombre y la dirección que dio eran los auténticos.

Tras haber rellenado varios formularios, el sargento le entregó un recibo. Fukiya se lo guardó y, durante un instante, volvió a preguntarse si estaba actuando de modo inteligente. Sin embargo, se

mirase como se mirase, era evidente que había elegido el camino más seguro posible. Nadie sabía que el dinero de la anciana había quedado reducido a la mitad. Además, Fukiya estaba convencido de que nadie reclamaría el botín. Según la ley japonesa, aquella cantidad terminaría siendo suya si nadie la exigía de forma legítima en el plazo de un año. Suponía esperar bastante tiempo, desde luego, pero ¿qué se le iba a hacer? Era como tener el dinero en el banco: algo con lo que se podía contar para el futuro.

Por otro lado, de haber escondido el dinero con la intención de aguardar la oportunidad de gastarlo, habría corrido un riesgo constante. La forma elegida, sin embargo, eliminaba hasta el más remoto peligro de ser descubierto, incluso en el caso de que la anciana llevase algún registro de los números de serie de los billetes.

De vuelta a casa desde la comisaría de policía, Fukiya no dejó de regodearse con el ingenioso plan de su crimen.

—Un caso digno de un genio absoluto —señalaba para sus adentros y riéndose entre dientes—. Y qué ridículo para la policía… ¡Increíble! ¡Un ladrón que entrega el botín! En circunstancias así, ¿cómo podrían siquiera sospechar de mí? ¡No, ni el mismísimo Gran Buda adivinaría la verdad!

Al día siguiente, tras despertar de un sueño profundo y sereno, Fukiya leyó el periódico matinal que le había llevado a la cama la asistenta de la pensión. Ahogando un bostezo, echó un vistazo a las noticias de interés humano. De repente se topó con un breve artículo que le hizo abrir los ojos de par en par. La primera parte de la historia se centraba en el descubrimiento del cuerpo de la anciana. Este hecho no le resultó a Fukiya asombroso ni alarmante. Pero el informe también daba cuenta de la detención por parte de la policía de su amigo Saito como principal sospechoso, ya que había sido sorprendido con una gran suma de dinero en su poder.

La verdad, pensó Fukiya, es que seguía sin tener motivos para preocuparse. Muy al contrario, el curso de los acontecimientos le proporcionaba una ventaja indiscutible con respecto a su seguridad. No obstante, en calidad de amigo íntimo de Saito, cayó en la cuenta de que debía acercarse a la comisaría para interesarse por su situación.

Fukiya se vistió a toda prisa y llamó a la comisaría mencionada en la noticia del periódico. Resultó ser la misma en la que él había informado del «hallazgo» de la bolsa.

—¡Qué mala suerte! —se lamentó al darse cuenta de ese detalle. ¿Por qué no había elegido otra comisaría para entregar el dinero? De todos modos, ya era demasiado tarde para cambiar las cosas.

Tuvo la habilidad de mostrar una enorme inquietud con respecto a la difícil situación en que se encontraba su amigo. Preguntó si le permitirían ver a Saito, pero recibió una amable negativa por respuesta. Trató de indagar acerca de las circunstancias de la detención, pero tampoco sirvió de nada.

De todos modos, a Fukiya no le importaban demasiado aquellas evasivas, ya que, aunque no se lo contaran, le resultaba sencillo imaginar lo que había sucedido. Lo más probable es que aquel fatídico día Saito hubiera regresado a casa antes que la criada. Para entonces él ya había cometido el horrible crimen y se había marchado de allí. Después Saito debió de encontrar el cuerpo. Sin embargo, seguro que antes de llamar a la policía recordó el dinero escondido en la maceta. Si aquello era obra de un ladrón, el dinero habría desaparecido. La curiosidad por saber si estaba en lo cierto le hizo examinar

la maceta y allí encontró el dinero envuelto en papel vegetal. Y a Fukiya no le costó un gran esfuerzo imaginar lo que probablemente ocurrió a continuación.

No cabe duda de que Saito tuvo la tentación de quedarse con el dinero. Era una reacción lógica, al mismo tiempo que una estupidez. Convencido de que todos pensarían que el asesino de la anciana había robado el dinero, Saito se lo guardó. ¿Y qué hizo después? También era fácil adivinarlo. Se apresuró a informar del hallazgo del cadáver de la anciana con el dinero aún encima, sin imaginar siquiera que él sería uno de los primeros sospechosos a quienes interrogarían. ¡Un completo idiota!

Pero, un momento, reflexionó Fukiya después, seguro que Saito trataría por todos los medios de quedar libre de toda sospecha. ¿Y luego qué? ¿Acaso su declaración llegaría a incriminarle a él, a Fukiya, de algún modo? Mientras Saito insistiera en que el dinero era suyo todo iría bien. Y es que una cantidad tan grande, demasiado para un estudiante como Saito, impedía que tomaran en serio sus afirmaciones. La única alternativa que tenía era la de decir la verdad: toda la verdad. Aquello llevaría al fiscal, mediante un hábil interrogatorio por su parte, a descubrir que Saito también había dicho a Fukiya el lugar donde la anciana dama tenía oculto el dinero.

—Solo dos días antes del crimen —Fukiya casi podía oír a Saito declarar en el juicio—, mi amigo Fukiya tuvo una conversación con la víctima en la misma habitación en la que esta fue asesinada. Sabedor de que tenía el dinero escondido en la macera del árbol, ¿no pudo ser él quien la matara? ¡Además, me gustaría recordar a este tribunal que los problemas de dinero de Fukiya eran un secreto a voces!

Aunque este soliloquio le reportó una notable sensación de incomodidad, el optimismo de Fukiya tardó muy poco en desplazar al desánimo inicial. Salió de la comisaría con un gesto del todo indiferente, regresó a la pensión y, aunque ya era algo tarde para ello, desayunó. Mientras comía recuperó su original bravuconería, hasta el punto de contar a la asistenta algún que otro detalle del caso.

Poco después se fue a clase, donde comprobó que, tanto en las aulas como en el resto del campus, el principal tema de conversación era la detención de Saito como sospechoso de asesinato.

La persona encargada de la investigación de este sensacional caso fue el fiscal del distrito, Kasamori, célebre no solo por su excelente formación jurídica, sino también por sus valiosos conocimientos en diversos campos, en especial el de la psicología. Siempre que se encontraba con un caso que no podía solucionarse mediante métodos convencionales, utilizaba sus conocimientos en el ámbito psicológico con resultados deslumbrantes. Con un hombre de la reputación de Kasamori ocupándose del caso del asesinato de la anciana, la opinión pública tuvo claro desde el principio que aquel misterio se resolvería en breve.

El propio Kasamori confiaba en que terminaría solventando el misterio por muchas dificultades que surgieran en la primera etapa de la investigación. Comenzó por analizar todo lo relacionado con el caso de tal manera que, una vez comenzado el juicio, no hubiera la más mínima duda sobre ninguna de las fases del proceso. Sin embargo, a medida que avanzaba la investigación, el caso se le iba revelando más y más complicado. La policía sostuvo desde el principio que Saito era el único

culpable posible. Incluso Kasamori admitía la lógica de la teoría policial, ya que en realidad se había investigado a toda persona que tuviera algo que ver con la mujer asesinada, por remota que fuera su relación, y nadie dio motivos de sospecha: es decir, nadie excepto el huésped que tenía alojado en casa, el desventurado Saito. También habían interrogado a Fukiya, así como a diversos acreedores de la anciana, inquilinos, e incluso simples conocidos, pero aquel había sido rápidamente descartado.

En el caso de Saito existía una circunstancia fundamental que operaba en su contra de modo notable: poseía una personalidad muy débil y, completamente aterrorizado por la implacable atmósfera del juzgado, era incapaz de responder a las preguntas más sencillas sin tartamudear o balbucear y mostrar todos los síntomas típicos de una conciencia culpable. Por si no fuera suficiente, y en el estado de nervios en que se hallaba, con frecuencia se retractaba de lo declarado anteriormente, olvidaba detalles cruciales, y después trataba de arreglarlo incurriendo en diversas contradicciones, algo que no hacía sino incriminarlo cada vez más. Al mismo tiempo había otro detalle que lo torturaba y lo estaba conduciendo hasta el borde mismo de la locura: ser realmente culpable de haber robado la mitad del dinero de la anciana, precisamente lo que Fukiya había vaticinado.

El fiscal del distrito reunió de forma cuidadosa las pruebas, de momento circunstanciales, que había contra Saito y sintió una enorme pena por él. Pero Kasamori no dejaba de preguntarse si aquel infeliz, con su debilidad y sus gimoteos, habría sido capaz de cometer un asesinato tan cruel, ejecutado con tanta sangre fría. Tenía sus dudas al respecto. Saito aún no había confesado y todavía no había pruebas concluyentes acerca de su culpabilidad.

Pasó un mes y seguía sin completarse la fase preliminar de la investigación. El fiscal del distrito se sentía claramente molesto e impaciente por la lentitud con que avanzaba el caso.

—¡Maldita sea la lentitud de la justicia! —explotó un día ante un subordinado, mientras revisaba los documentos relacionados con el asunto quizá por centésima vez—. A este paso tardaremos mil años en resolver el caso.

Luego se dirigió a grandes zancadas a otra mesa y cogió un montón de documentos rutinarios rellenados por el capitán de la comisaría a cuya jurisdicción pertenecía la anciana. En uno de aquellos papeles, por casualidad, vio que el mismo día del asesinato se había encontrado una bolsa con noventa y cinco mil yenes en un lugar próximo a la casa de la mujer. La persona que halló el dinero, leyó más adelante en el informe, era un estudiante de nombre Fukiya, ¡un amigo íntimo de Saito, el sospechoso clave del crimen! Por alguna razón (puede que debido a la necesidad de dedicarse a otros asuntos urgentes) el capitán de la policía había olvidado remitir antes ese informe.

Después de leer el documento, los ojos de Kasamori se iluminaron con un extraño fulgor. Llevaba un mes dando palos de ciego. Y ahora había llegado aquella información, como si de un delgado rayo de luz se tratase. ¿Tendría algún significado, algo que ver con el caso en cuestión? Decidió indagar sin perder un segundo.

Fukiya fue llamado a declarar inmediatamente, y el fiscal del distrito lo interrogó a fondo. Sin embargo, tras una hora entera de preguntas, Kasamori se dio cuenta de que así no iba a ninguna parte. Cuando le pidieron explicaciones sobre por qué no había comunicado el descubrimiento de la bolsa

en el anterior interrogatorio acerca del asesinato, Fukiya aseguró con calma que no pensó que aquello tuviera ninguna relación con el caso.

Esta contestación, clara y directa, sonaba de lo más razonable, ya que el dinero que se creía propiedad de la anciana había sido encontrado en manos de Saito. Por tanto, era obvio, ¿a quién se le ocurriría imaginar que el dinero hallado en la calle también formaba parte de las posesiones de la mujer muerta?

No obstante, Kasamori estaba totalmente intrigado. ¿De verdad no era más que una mera coincidencia que aquel hombre, que tanta amistad tenía con Saito, el sospechoso principal, quien a su vez lo señalaba como la única persona, además de él, que estaba al tanto de dónde guardaba su dinero la anciana, se hubiera encontrado una cantidad tan grande de dinero en un sitio cercano al del asesinato? Se trataba de un misterio digno de la mente de un detective de primera.

El fiscal del distrito, contrariado, hacía denodados esfuerzos por dar con la solución, y lamentó amargamente que la anciana no tuviera registrados los números de serie de los billetes. De haber sido así, hubiera resultado muy sencillo verificar si el dinero hallado por Fukiya formaba parte del mismo lote o no.

—Ojala pudiera encontrar una sola pista —se repetía una y otra vez. En los días siguientes, Kasamori volvió a la escena del crimen y habló con la gente que tenía algún vínculo con la víctima, dando vueltas y más vueltas a los hechos ya conocidos sin llegar a ninguna conclusión. Tuvo que admitir que se hallaba en un callejón sin salida y ni siquiera tenía una pista a la que aferrarse para continuar.

En su opinión, la única explicación posible del hallazgo de la bolsa por parte de Fukiya era la de que este hubiese robado la mitad de los ahorros de la anciana, dejando el resto en el escondite y llevándose el dinero sustraído en una bolsa para, más adelante, fingir que se lo había encontrado en la calle. Pero ¿de verdad sucedió todo de un modo tan increíble? La bolsa, desde luego, había sido sometida a las pruebas más minuciosas, así como a la observación bajo el microscopio en busca de cualquier clase de pista, pero fue en vano. Además, según su propia declaración, Fukiya había salido a dar un paseo el día del asesinato y reconoció que había pasado por la casa de la mujer. ¿Alguien que se supiera culpable sería tan temerario como para admitir algo así? En cualquier caso, ¿dónde estaba el arma utilizada para apuñalar a la anciana? Habían peinado la casa y el jardín hasta el último rincón, así como el área circundante en un amplio radio, pero no apareció ni rastro de ella.

Ante la carencia de pruebas concluyentes, Kasamori tuvo que justificar que la policía señalase a Saito como sospechoso número uno. Pero entonces le surgía de nuevo la idea: si Saito podía ser culpable…, ¡igualmente podía serlo Fukiya! De ese modo, tras un mes y medio de investigación, lo único que estaba claro era la existencia de dos sospechosos, aunque sin la menor prueba que permitiera acusar a ninguno de ellos.

Llegado a este punto, Kasamori decidió que todavía podía emplear otro método en sus intentos por resolver el caso. Consistía en someter a los dos sospechosos a un test psicológico, algo que había resultado muy útil en otras ocasiones.

Tras ser interrogado por primera vez por la policía, dos o tres días después del asesinato, Fukiya se enteró de que el fiscal del distrito encargado del caso era el célebre Kasamori, conocido por su afición a la psicología: aquello le produjo un pánico enorme. Hasta entonces se había mostrado tranquilo y confiado, pero no tardó en sentirse atemorizado con solo escuchar el nombre del fiscal del distrito, sobre todo después de haber tenido que declarar una segunda vez ante el propio Kasamori. Intentaba hacerse a la idea, solo como posibilidad, de que lo sometieran a un test psicológico. ¿Qué haría entonces? ¿Sería capaz de defenderse en un experimento de esa índole, un experimento del que no sabía nada en absoluto?

Aquella eventualidad le produjo un impacto de tal magnitud que los nervios no le permitían asistir a clase. Se quedaba en su habitación con el pretexto de que se encontraba enfermo, y trató por todos los medios de hallar un modo de enfrentarse a aquel reto con inteligencia. Era obvia la imposibilidad de adivinar qué tipo de test psicológico decidiría utilizar Kasamori. Por tanto, Fukiya probó todos los tipos de pruebas que pudieran aplicarle para así descubrir la mejor forma posible de eludir sus consecuencias. Dado que un test psicológico, por naturaleza, es un método destinado a revelar la falsedad de cualquier declaración, el primer pensamiento de Fukiya fue que le resultaría del todo imposible salir airoso de una prueba así.

Fukiya sabía que algunas pruebas psicológicas se servían de detectores de mentiras para registrar las reacciones físicas del sujeto. También había oído que existía un método más simple: un cronómetro para controlar el tiempo que tardaba un sospechoso en responder a las preguntas. Cuanto más pensaba Fukiya en la diversidad de métodos psicológicos útiles en la resolución de crímenes, más preocupado se sentía. En caso de que lo cogieran desprevenido con una pregunta lanzada a quemarropa del tipo «Usted es quien mató a la anciana, ¿verdad?», Fukiya confiaba en que sería capaz de replicar con calma: «¿Qué prueba tienen para realizar una suposición tan absurda?». Ahora bien, si lo sometían al detector de mentiras, ¿no desenmascararía este el agitado estado mental que sufría? ¿Acaso no le resultaría imposible a un ser humano normal evitar aquellas reacciones físicas?

Fukiya se puso a prueba haciéndose distintas preguntas hipotéticas. Curiosamente, al margen de lo inesperado de cualquiera de ellas, cuando se las dirigía *a sí mismo*, no se le pasaba por la cabeza que produjeran ningún cambio físico en su persona. Poco a poco se fue convenciendo de que siempre que evitara ponerse nervioso estaría a salvo, incluso ante el instrumento más preciso que le aplicaran.

Mientras llevaba a cabo aquellos experimentos, Fukiya de pronto tuvo la certeza de que los efectos de un test psicológico podían ser neutralizados mediante un entrenamiento adecuado. Estaba seguro de que la reacción nerviosa de una persona frente a una pregunta intencionada sería menos intensa cada vez que esta se repitiera. Si su razonamiento era correcto, se decía Fukiya, el mejor método de neutralización era el de acostumbrarse a las preguntas. Concluyó que las preguntas que se hacía no daban lugar a reacción alguna porque ya conocía tanto la pregunta como la respuesta antes de formularlas.

Fukiya comenzó a estudiar de manera concienzuda todas y cada una de las páginas de un grueso

diccionario y se dedicó a anotar las palabras que pudieran ser empleadas en preguntas dirigidas a él. Durante una semana entera dedicó la mayor parte de su tiempo a esta tarea, entrenando sus nervios contra cualquier pregunta posible. Cuando hubo considerado que su mente ya estaba bien pertrechada en ese campo, pasó a otro: el de las pruebas de asociación de palabras, cuyo extendido uso entre los psiquiatras a la hora de examinar a los pacientes era bien conocido por Fukiya.

Por lo que Fukiya sabía, el paciente (o acusado) debía responder a una palabra con la primera que le viniera a la mente. El examinador empleaba una lista de palabras sin relación alguna con el caso: «biombo», «escritorio», «cinta», «bolígrafo», y otras por el estilo. La relevancia de la prueba consistía en que la palabra de réplica podía albergar alguna asociación mental con la citada previamente. Por ejemplo, si la palabra era «biombo», un sujeto culpable reaccionaría con vocablos como «ventana», «alféizar», «papel» o «puerta». Y en el transcurso del test aparecían términos con los que se pudiera incriminar al acusado, como «cuchillo», «dinero» o «bolsa», con el objeto de confundirlo en su proceso de asociación de ideas.

En el caso de Fukiya, por ejemplo, si no se andaba con cuidado podía responder «dinero» a «árbol enano», admitiendo de forma inconsciente su conocimiento de que el dinero había sido robado de la maceta del árbol. Por el contrario, si se hallaba previamente preparado para tan dura prueba, tenía la posibilidad de contestar mediante palabras inofensivas como «loza» en lugar de «dinero», quedando así al margen de toda sospecha.

Fukiya sabía que a la hora de poner en práctica este «diagnóstico léxico» siempre se registraba el tiempo exacto que pasaba entre la pregunta y la respuesta. Por ejemplo, si el acusado decía «puerta» en respuesta a «biombo» en un segundo, y después tardaba tres segundos al pronunciar «loza» como réplica a «árbol enano», la deducción lógica sería que el sujeto se había tomado más tiempo para idear la segunda contestación con el propósito de suprimir la primera idea que le hubiera venido a la cabeza. Ni que decir tiene que la gran diferencia entre ambos intervalos de tiempo haría sospechar a los investigadores.

Fukiya también pensó que si le sometían a una prueba de palabras, lo más seguro sería responder de la forma más natural posible. Decidió, por lo tanto, que como réplica a «árbol enano» debía contestar «pino» o «dinero», ya que incluso si él no fuera el culpable la policía sabía que estaba lo bastante al tanto de los hechos como para dar una respuesta de esa índole. Sin embargo, había un detalle que exigía una reflexión más profunda: el tiempo. Creía, de todos modos, que aquello también podía controlarse mediante una preparación rigurosa. Lo más importante era que si le lanzaban una palabra como «árbol enano», tenía que ser capaz de contestar «dinero» o «pino» sin dudar un solo instante.

Fukiya realizó una labor intensa de entrenamiento durante varios días, hasta que tuvo la certeza de que sería capaz de salir airoso de la prueba más estricta. También suponía un consuelo saber que Saito, aunque inocente, tendría que pasar por la misma batería de preguntas y, sin duda alguna, se mostraría más o menos igual de nervioso que él.

Cuanto más reflexionaba Fukiya en torno a todas estas posibilidades, mayor seguridad y confianza en sí mismo reunía. De hecho, una vez libre de tanta tensión, se atrevía a silbar y a cantar, e incluso deseaba con todas sus fuerzas recibir un requerimiento judicial por parte del fiscal del

distrito Kasamori.

Al día siguiente de haber sometido a un test psicológico a los dos sospechosos, el fiscal del distrito Kasamori estaba en su casa, en su estudio, ocupado en examinar los resultados de las pruebas. De pronto la criada anunció que tenía visita.

El fiscal del distrito, literalmente enterrado entre los papeles, no estaba de humor para hacer de anfitrión, de ahí que gruñera impaciente a la criada:

—Dígale amablemente a quien sea que hoy estoy demasiado ocupado para recibir a nadie.

—Sí, señor —respondió obediente la criada, pero mientras se daba la vuelta la puerta se abrió de repente y alguien hizo aparecer su cabeza con aire juguetón.

—Buenas tardes, Sr. Fiscal del Distrito —saludó el alegre visitante sin prestar atención a la mirada de sobresalto que le dirigió la sirvienta—. No me diga que está tan ocupado que no puede ver a su viejo amigo Akechi…

Kasamori dejó caer los quevedos y alzó la vista con gesto adusto. Pero acto seguido una sonrisa de felicidad se dibujó en su rostro.

—¡Vaya, vaya! ¡Hola, Dr. Akechi! —contestó—. No sabía que fuera usted. Discúlpeme. Pase, pase, y póngase cómodo. La verdad es que me esperaba que viniese de un momento a otro.

Kasamori despidió a la criada con un nuevo gruñido y pidió a su invitado que tomara asiento. El Dr. Kogoro Akechi era un detective de mente afilada como una cuchilla y que poseía una técnica única para resolver problemas enmarañados: un hombre con el que el fiscal del distrito se detendría para charlar aunque estuviera camino de la estación para coger un tren a punto de salir. Varias veces en el pasado le había pedido ayuda al Dr. Akechi en casos que habían sido etiquetados como «imposibles», y aquel hombre siempre había hecho honor a su reputación como uno de los más notables detectives de Japón.

Tras encenderse un cigarrillo, el Dr. Akechi hizo un significativo gesto con la cabeza en dirección al montón de papeles que había en el escritorio del fiscal del distrito.

—Ya veo que tiene mucho trabajo —señaló con aire despreocupado—. ¿Se trata del caso de la anciana que fue asesinada hace poco?

—Sí —respondió el fiscal del distrito—. Y la verdad es que estoy en un punto muerto.

—El pesimismo no le cuadra a usted en absoluto, Sr. Fiscal del Distrito —indicó el Dr. Akechi con una risotada algo sarcástica—. Vamos, cuénteme los resultados de las pruebas psicológicas que les hizo a los dos sospechosos.

Kasamori enarcó las cejas.

—¿Cómo demonios está usted enterado de lo de mis pruebas? —preguntó con brusquedad.

—Me lo dijo uno de sus ayudantes —explicó el Dr. Akechi—. Ya ve, yo también estoy muy interesado en el caso, por eso he venido a ofrecerle mis humildes servicios.

—Muy amable de su parte —agradeció Kasamori, lanzándose de inmediato a comentar sus complicados experimentos.

—Los resultados, como puede comprobar —señaló—, son bastante claros, pero hay algo que me tiene totalmente confundido. Ayer hice dos pruebas a cada uno de los sospechosos: una con el detector de mentiras y basada en las pulsaciones, y la otra un test de asociación de palabras. En el

caso de Fukiya, las pulsaciones siempre estaban al margen de toda sospecha. Pero cuando comparé los resultados de la prueba de asociación léxica, hallé tremendas diferencias entre Saito y Fukiya. En realidad se trata de resultados tan distintos que no encuentro explicación alguna por ningún lado. Eche un vistazo a este cuestionario y analice las diferencias de tiempo que hay entre ambos sospechosos a la hora de responder a las mismas palabras.

Entonces Kasamori entregó al Dr. Akechi la siguiente tabla de resultados de la prueba de asociación de palabras:

1. Palabra propuesta.
2. (F):Respuesta de Fukiya e intervalo de tiempo.
3. (S):Respuesta de Saito e intervalo de tiempo.

cabeza - (F) pelo 0.9s (S) cola 1.2s
verde - (F) hierba 0.7s (S) hierba 1.1s
agua - (F) agua caliente 0.9s (S) pescado 1.3s
cantar - (F) canciones 1.1s (S) geisha 1.5s
largo - (F) corto 1.0s (S) Cordón 1.2s
*matar - (F) cuchillo 0.8s (S) crimen 3.1s
barco - (F) río 0.9s (S) agua 2.2s
ventana - (F) puerta 0.8s (S) cristal 1.5s
comida - (F) filete 1.0s (S) pescado 1.5s
*dinero - (F) billetes 0.7s (S) banco 3.5s
frío - (F) agua 1.1s (S) invierno 3.2s
enfermedad - (F) frío 1.6s (S) tuberculosis 2.3s
aguja - (F) hilo 1.0s (S) hilo 1.2s
*pino - (F) árbol enano 0.8s (S) árbol 2.3s
montaña - (F) alto 0.9s (S) río 1.4s
*sangre - (F) fluir 1.0s (S) rojo 3.9s
nuevo - (F) viejo 0.8s (S) vestido 3.0s
odio - (F) araña 1.2s (S) enfermedad 1.5s
*árbol enano - (F) pino 0.6s (S) flor 6.2s
pájaro - (F) volar 0.9s (S) canario 3.6s
libro - (F) biblioteca 1.0s (S) novela 1.3s
*papel vegetal - (F) ocultar 1.0s (S) paquete 4.0s
amigo - (F) Saito 1.1s (S) Fukiya 1.8s
caja - (F) madera 1.0s (S) muñeca 1.2s
*crimen - (F) asesinato 0.7s (S) policía 3.7s
mujer - (F) amante 1.0s (S) hermana 1.3s
pintura - (F) biombo 0.9s (S) paisaje 1.3s

*robar - (F) dinero 0.7s (S) colar 4.1s

Nota: las palabras marcadas con un asterisco (*) están directamente relacionadas con el crimen.

—Ya lo ve usted, está todo bien claro —observó el fiscal del distrito una vez que el Dr. Akechi hubo examinado el documento.

Según esto, Saito ha recurrido al engaño de manera intencionada. Es la deducción obvia derivada del tiempo que tardaba en responder no solo a las palabras vinculadas al caso, sino también a las de relleno. Además, tardó mucho en contestar a «árbol enano», y eso quizá indica que trataba de eliminar palabras tan lógicas en ese contexto, aunque en su opinión muy peligrosas para él, como «dinero» o «pino». Pasemos ahora a Fukiya. Dijo «pino» en respuesta a «árbol enano», «robar» para «papel vegetal», y «asesinato» para «crimen». Si fuera culpable, seguro que hubiera evitado esos términos. Por el contrario, sus respuestas eran sosegadas y firmes, sin el menor atisbo de duda. De ahí que me sienta inclinado a descartarlo como sospechoso. Al mismo tiempo, no obstante, si hay que decidirse por considerar culpable a Saito definitivamente, lo cierto es que no soy capaz de hacerlo a pesar de lo que sugieren las pruebas.

El Dr. Akechi escuchó con calma el razonamiento del fiscal del distrito sin interrumpirlo una sola vez. Pero, concluida la recapitulación, los ojos del Dr. Akechi refulgieron y acto seguido comenzó a hablar.

—¿Se ha parado usted alguna vez a pensar en los puntos débiles de un test psicológico? —adelantó—. De Quiros ha afirmado, como crítica al punto de vista sostenido por Muensterberg, defensor de este tipo de pruebas, que, a pesar de que se trata de un sistema creado para sustituir a la tortura, al final puede incriminar al inocente al igual que hacía aquella, de modo que el auténtico criminal sigue teniendo muchas posibilidades de escapar. El propio Muensterberg ha reconocido en sus libros que un test psicológico es del todo eficaz para comprobar si un sospechoso conoce a una determinada persona, o un lugar, o un objeto, pero que es muy peligroso en otros aspectos. Sé que no es necesario que se lo diga, Kasamori, pero quería asegurarme de que tenía presente esta circunstancia fundamental.

El fiscal del distrito, con cierto halo de fastidio en la voz, contestó que era consciente de esa circunstancia.

—Bien, entonces —continuó el Dr. Akechi—, estudiemos el caso que nos ocupa desde una perspectiva totalmente distinta. Supongamos, solo supongamos, que un hombre inocente, aunque muy nervioso, es sospechoso de asesinato. Lo detienen en la escena del crimen y, por lo tanto, conoce todos los detalles que rodean al macabro acontecimiento. En ese caso, ¿sería capaz de permanecer tranquilo si lo sometieran a un test psicológico estricto? Lo más natural es que pensara: «Me van a someter a una prueba. ¿Qué debo decir para que no sospechen de mí?». Si se tiene en cuenta que su mente se hallaría, por lógica, en un estado de agitación enorme, ¿no llevaría una prueba psicológica aplicada en esas circunstancias a incriminar al inocente, como ha observado De Quiros?

—Supongo que se refiere a Saito —señaló el fiscal del distrito, todavía molesto.

—Sí —respondió el Dr. Akechi—. Por consiguiente, y siempre que mi razonamiento sea el correcto, ese joven sería totalmente inocente del crimen, aunque, desde luego, aún se mantendría la posibilidad de que hubiera robado el dinero. Y aquí es donde surge la gran pregunta: ¿Quién mató a la anciana?

En ese momento, Kasamori lo interrumpió de manera brusca.

—Vamos, Dr. Akechi —apuntó impaciente—. Me tiene usted en ascuas. ¿Ha llegado ya a alguna conclusión definitiva acerca de quién es el asesino?

—Sí, creo que sí —contestó el Dr. Akechi con una amplia sonrisa—. A juzgar por los resultados de sus pruebas psicológicas, pienso que Fukiya es nuestro hombre, aunque, por supuesto, con algunas reservas aún. ¿Sería posible tenerlo aquí? Si pudiera hacerle alguna que otra pregunta más, estoy seguro de que llegaría al fondo de este caso tan intrigante.

—Pero ¿qué pasa con las pruebas? —preguntó el fiscal del distrito, desconcertado por la frialdad de su interlocutor—. ¿Cómo va usted a conseguirlas?

—Lo único que necesita un hombre culpable es una soga lo bastante larga —respondió el Dr. Akechi con aire filosófico—, y él mismo proporcionará las pruebas suficientes como para colgarse de ella.

El Dr. Akechi pasó a continuación a detallar su teoría. Tras oírla, Kasamori llamó a la criada con varias palmadas. Luego cogió papel y bolígrafo del escritorio y escribió la siguiente nota dirigida a Fukiya:

Su amigo Saito ha sido hallado culpable del crimen. Debido a la existencia de ciertos detalles de los que quisiera hablar con usted, le ruego se presente inmediatamente en mi residencia particular.

Firmó el mensaje y se lo entregó a la criada.

Fukiya acababa de regresar de la universidad cuando recibió la nota. Sin darse cuenta de que se trataba del cebo de una trampa cuidadosamente tendida, se sintió eufórico por la noticia. No se molestó siquiera en comer y se dirigió presuroso a la casa del fiscal del distrito.

En cuanto hubo entrado en el estudio, el fiscal del distrito lo saludó de modo efusivo y lo invitó a tomar asiento.

—Le debo una disculpa, Sr. Fukiya —señaló—, por haber sospechado de usted durante tanto tiempo. Ahora que estoy seguro de su inocencia, pensé que le gustaría conocer algunas de las circunstancias relacionadas con su completa exoneración.

El fiscal del distrito pidió un refrigerio para todos y después hizo una ceremoniosa presentación del Dr. Akechi ante el estudiante, aunque utilizó un nombre distinto para referirse a él.

—El Sr. Yamamoto —explicó, señalando al Dr. Akechi sin pestañear— es el abogado elegido por los herederos de la anciana para ocuparse de su patrimonio.

Tras el té y los pasteles de arroz hablaron de diversos asuntos sin importancia: Fukiya se sentía totalmente relajado. En realidad, a medida que pasaba el tiempo, el joven iba siendo el más locuaz

de los tres. Sin embargo, de repente, dirigió la vista a su reloj de pulsera y se levantó a toda prisa.

—No sabía que fuese tan tarde —anunció con gesto de disculpa—. Me tendrán que perdonar, pero debo marcharme.

—Claro, claro —concedió el fiscal del distrito con sequedad.

Sin embargo, el Dr. Akechi intervino sin perder un segundo.

—Un momento, por favor —anunció dirigiéndose a Fukiya—. Desearía hacerle una pregunta insignificante antes de que se vaya. Me pregunto si conocía usted la existencia de un biombo dorado de doble hoja en la habitación en la que fue asesinada la anciana. Ha sufrido un ligero desperfecto y eso ha dado lugar a un pequeño problema legal. Verá, al parecer el biombo no pertenecía a la mujer, sino que lo guardaba como garantía de un préstamo. Y ahora el dueño se ha presentado para exigir una indemnización por los daños causados. Mis clientes, por el contrario, no están dispuestos a acceder a tal demanda, ya que sostienen que quizá el biombo estuviera en malas condiciones antes de que lo llevaran a la casa. Ya sé que se trata de una nimiedad, pero si me prestase su ayuda en este asunto, le estaría muy agradecido. La razón de preguntarle a usted es que tengo entendido que visitaba la casa con frecuencia para ver a su amigo Saito. Puede que se fijara en el biombo. A Saito, claro está, también le hemos preguntado, pero en el estado de nervios en que se encuentra nada de lo que dice parece tener demasiado sentido. Asimismo, he intentado ponerme en contacto con la criada de la anciana, pero ya ha regresado a su casa en el campo, y aún no he tenido la oportunidad de escribirle.

Aunque el Dr. Akechi se había expresado con un tono de voz absolutamente neutro, Fukiya sintió un ligero estremecimiento en su corazón. De todos modos, no tardó en recuperar el control y pensó: «¿Por qué había de preocuparme? El caso ya esta cerrado».

Después le dio vueltas a lo que debía responder a aquella pregunta. Tras una breve pausa, decidió que lo mejor era hablar con franqueza, tal y como había hecho hasta entonces.

—Como sabe el fiscal del distrito —comenzó a explicar con una sonrisa inocente—, entré en la habitación solo una vez. Eso sucedió dos días antes del asesinato. Sin embargo, ahora que lo pienso, recuerdo muy bien ese biombo, y puedo asegurar que cuando lo vi no tenía ningún desperfecto.

—¿Está usted seguro? —se apresuró a preguntar el Dr. Akechi—. Le recuerdo que el desperfecto del que hablo es un arañazo en el rostro de Komachi que hay pintado en el biombo.

—Sí, sí, ya lo sé —confirmó Fukiya con rotundidad—. Y estoy convencido, y así se lo digo, de que no había ningún arañazo, ni en el rostro de la bella Komachi ni en ningún otro lugar. Si hubiera tenido algún desperfecto, seguro que no se me habría pasado por alto.

—De acuerdo, en ese caso, ¿tendría algún inconveniente en hacer una declaración jurada? —replicó el Dr. Akechi—. Compréndalo, el dueño del biombo se muestra firme en sus exigencias y me está planteando bastantes dificultades.

—En absoluto —señaló Fukiya, mostrándose dispuesto a colaborar—. Haré una declaración jurada en cuanto me lo pida.

El Dr. Akechi dio las gracias al estudiante con una sonrisa y luego se rascó la cabeza, como solía hacer siempre que estaba en tensión.

—Y ahora —continuó—, creo que debe usted admitir que sabe bastante acerca del biombo, ya

que en su prueba psicológica vi que contestaba «biombo» a «pintura». Un biombo, como bien sabe usted, es un objeto poco común en una pensión de estudiantes.

Fukiya se sorprendió con el nuevo tono adoptado por el Dr. Akechi. Se preguntaba adónde diablos quería ir a parar aquel hombre.

El hombre al que le habían presentado como abogado se dirigió a él una vez más.

—Por cierto —prosiguió—, aún queda otro detalle que me llamó la atención. En el test psicológico de ayer la lista contenía ocho palabras con un significado de alto riesgo. Usted, en mi opinión, pasó la prueba sin la menor complicación. En realidad, por lo que a mí respecta, lo hizo con *demasiada* facilidad. Si no le importa, me gustaría que echara un vistazo a sus resultados en relación con esas ocho palabras clave.

El Dr. Akechi mostró la tabla y señaló:

—Tardó usted menos tiempo en responder a las palabras clave que a las que eran irrelevantes. Por ejemplo, como réplica a «árbol enano» dijo «pino» en solo seis décimas de segundo. Eso es señal de una inocencia más que notable. Fíjese en que tardó una décima de segundo más en responder a la palabra «verde», que de las veintiocho que había en la lista suele ser la más fácil a la hora de contestar.

Fukiya no terminaba de comprender el propósito del Dr. Akechi y empezó a pensar adónde podría conducir aquella conversación. Se preguntó, presa de un escalofrío, cuáles serían las intenciones de aquel parlanchín abogado. Tenía que descubrirlo, y cuanto antes mejor, porque bien pudiera tratarse de una trampa.

—«Árbol enano», «papel vegetal», «crimen», o cualquiera de las ocho palabras clave no son ni de lejos tan sencillas de asociar con otras como «cabeza» o «verde» —continuó insistiendo el Dr. Akechi—. Así y todo, usted fue capaz de responder a las palabras difíciles con mayor rapidez que a las fáciles. ¿Qué significa eso? Es lo que me sorprendió desde el primer momento. Pero permítame adivinar exactamente qué es lo que había en su mente en aquellos momentos. La verdad es que nos podemos divertir bastante. Ni que decir tiene que si estoy equivocado le presento de antemano mis más humildes excusas.

Fukiya sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Este extraño asunto estaba empezando a crisparle los nervios de verdad. Pero antes de que tuviera siquiera la ocasión de intervenir, el Dr. Akechi comenzó a hablar de nuevo.

—Estoy seguro de que usted, desde el principio, conocía bien los riesgos que un test psicológico encierra —insistió dirigiéndose a Fukiya—. Doy por hecho, en consecuencia, que preparó la prueba con antelación. Por ejemplo, en lo que se refiere a las palabras vinculadas al crimen, ideó con cuidado varias respuestas para utilizarlas en el momento apropiado. No me malinterprete, Sr. Fukiya. No trato de criticar el método adoptado por usted. Solo deseo señalar que en ocasiones un test psicológico es un experimento peligroso. Con frecuencia supone una trampa para el inocente, mientras que permite escapar al culpable la mayor parte de las veces.

El Dr. Akechi hizo una pausa para que la implicación subyacente tras sus palabras calara hondo y después continuó con el razonamiento.

—Usted, Sr. Fukiya, cometió el terrible error de aplicar una astucia excesiva en sus preparativos.

Contestó con demasiada rapidez en la prueba. Se trata de una reacción natural, por supuesto, ya que temía que si tardaba mucho tiempo en responder, se convertiría en sospechoso. Pero…, ¡se pasó de la raya!

El Dr. Akechi calló de nuevo y comprobó satisfecho que el rostro de Fukiya adquiría un tono grisáceo y enfermizo. Luego continuó con la disertación.

—Ahora me centraré en otra importante fase de la prueba. ¿Por qué decidió responder con palabras como «dinero», «ocultar» y «asesinato», todas ellas con claras posibilidades de incriminarlo? Yo se lo diré. Lo hizo porque intentaba comportarse con una deliberada ingenuidad. ¿Tengo razón, Fukiya? ¿Acaso no estoy en lo cierto?

Fukiya clavó su vidriosa mirada en el rostro de su torturador. Trató de apartar la vista, de evitar los fríos y acusadores ojos del Dr. Akechi; pero, por algún motivo, se dio cuenta de que no podía hacerlo. Kasamori tuvo la sensación de que Fukiya se había sumido en un trance hipnótico y ya no era capaz de manifestar ninguna emoción distinta al miedo.

—Su aparente inocencia —prosiguió el Dr. Akechi— no me llegó a convencer del todo. De ahí que pensara en preguntarle acerca del biombo dorado. Por supuesto, la respuesta que usted dio era exactamente la que yo había anticipado.

El Dr. Akechi, de repente, se dirigió al fiscal del distrito.

—Me gustaría hacerle una pregunta sencilla, Sr. Fiscal del Distrito. Simplemente, *¿cuándo* llevaron el biombo a la casa de la anciana?

—El día anterior al del crimen, el cuatro del mes pasado —respondió Kasamori.

—*El día anterior al del crimen*, ¿es eso lo que ha dicho? —repitió el Dr. Akechi alzando la voz —. Pero…, es muy extraño. Hace un momento el Sr. Fukiya ha afirmado que lo vio *dos días antes* de que se cometiera el crimen, es decir, el tres del pasado mes. Además, estaba totalmente seguro en cuanto al lugar donde lo había visto: ¡en la misma habitación en que fue asesinada la mujer! La verdad es que todo esto resulta de lo más contradictorio. ¡Seguro que uno de ustedes se ha confundido!

—Será el Sr. Fukiya quien haya calculado mal —observó el fiscal del distrito con una maliciosa sonrisa—. El biombo permaneció en casa de su dueño hasta el día cuatro por la tarde. ¡Está comprobado!

El Dr. Akechi no quitaba ojo al rostro de Fukiya, ya que la expresión del joven era muy similar a la de una niña pequeña a punto de echarse a llorar.

De pronto, el Dr. Akechi señaló al estudiante con su dedo acusador y preguntó con tono enérgico:

—¿Por qué afirmó que había visto algo imposible de ver? Es una lástima que tuviera que recordar esa imagen pictórica clásica, ¡porque al hacerlo se ha traicionado a sí mismo! Estaba tan preocupado por decir la verdad que incluso se excedió en los detalles. ¿No es así, Fukiya? ¿Pudo haberse dado cuenta de que no había ningún biombo en la habitación cuando entró allí dos días antes del crimen? No, sin duda no prestó atención alguna a un detalle que nada tenía que ver con sus planes. Además, creo que si hubiera estado allí tampoco se habría fijado en él, ya que la estancia poseía una profusa decoración gracias a otras pinturas y antigüedades de naturaleza semejante. De modo que no le resultó difícil asumir que el biombo que usted vio el día del crimen se hallaba en la

sala dos días antes. Se ha sentido perplejo ante mis preguntas, y eso significa que aceptaba lo que implicaban. Ahora bien, de haber sido un criminal al uso, no hubiese respondido como lo ha hecho. Hubiera tratado de demostrar su ignorancia acerca de todo lo relacionado con el caso. Pero desde el principio he visto que era usted un auténtico intelectual, y como tal sabía que intentaría hablar cuanto más mejor, evitando siempre internarse en terreno peligroso. En cualquier caso, me he anticipado a sus movimientos y he jugado mis bazas de manera apropiada.

El Dr. Akechi estalló en una potente y escandalosa carcajada. —Es una verdadera lástima —señaló con aire sarcástico, dirigiéndose a un abatido Fukiya— dejarse atrapar por un humilde abogado como yo.

Fukiya permanecía en silencio, consciente de que era inútil tratar de defenderse para escapar de aquel atolladero. A un hombre de su inteligencia no se le podía pasar por alto que cuanto más intentara corregir el error cometido, más se hundiría en el pozo de la perdición.

Tras un largo silencio, el Dr. Akechi volvió a tomar la palabra.

—¿No oye usted el sonido de un bolígrafo rascando un papel, Fukiya? Se trata del taquígrafo de la policía que ha estado registrando desde la sala contigua todo lo que se ha dicho aquí.

Llamó a alguien que se encontraba en la estancia de al lado y al instante apareció en el estudio un joven taquígrafo que portaba un taco de papeles.

—Por favor, lea sus anotaciones —solicitó el Dr. Akechi.

El taquígrafo leyó toda la documentación, donde se recogía hasta la última palabra pronunciada en aquella habitación.

—Y ahora, Sr. Fukiya —hablaba de nuevo el Dr. Akechi—, le estaría muy agradecido si tuviera la amabilidad de firmar estos papeles y sellarlos con su huella dactilar. Estoy seguro de que no pondrá ninguna objeción, teniendo en cuenta su promesa de testificar acerca del biombo en cuanto yo se lo pidiera.

Fukiya, con gesto sumiso, firmó el documento y lo selló con el pulgar mojado en tinta. Instantes después varios detectives del cuartel general de la policía, requeridos por el fiscal del distrito, se llevaban al asesino confeso.

Una vez finalizado el espectáculo, el Dr. Akechi se dirigió al fiscal del distrito.

—Como señalé con anterioridad —explicó—, Muensterberg tenía razón al afirmar que el auténtico mérito de un test psicológico consiste en descubrir si un sospechoso sabe o no de la existencia de otra persona, o de un objeto, en un determinado lugar. En el caso de Fukiya lo fundamental era comprobar si había visto o no el biombo. Excepto en lo que a ese hecho respecta, ninguna prueba psicológica aplicada a Fukiya hubiera proporcionado resultados destacables. Tratándose como se trataba de un intelectual despiadado y frío, su mente también se hallaba preparada para ser derrotada por preguntas rutinarias del ámbito de la psicología. El Dr. Akechi se levantó del asiento como un profesor que abandona el aula después de una extensa clase, luego se puso el sombrero y, en el último momento, se detuvo para realizar una última alocución.

—Quisiera mencionar solo un detalle más —indicó con una sonrisa—. A la hora de llevar a cabo un test psicológico no es necesario servirse de tablas extrañas, de máquinas o de juegos de palabras. Tal y como descubrió el famoso juez Ooka, en el excitante Tokio del siglo dieciocho, en sus

frecuentes pruebas basadas en simples preguntas y respuestas, no es muy difícil hacer caer a los criminales en trampas psicológicas. Eso sí, hay que hacer las preguntas adecuadas. Bien, buenas noches, Sr. Fiscal del Distrito. Y gracias por el refrigerio.

La oruga

TOKIKO se despidió, salió del edificio principal y mientras oscurecía atravesó el amplio jardín, descuidado por completo y cubierto de maleza, camino de la pequeña casa donde vivía con su marido. Durante el trayecto recordó las convencionales palabras de elogio con las que, una vez más, le había regalado el oído al general de división, dueño de aquella propiedad.

Tenía una sensación en cierto modo extraña, y en la boca seguía notando un regusto amargo parecido al de la berenjena asada, sabor que, por otra parte, detestaba con todas sus fuerzas.

—La lealtad y los méritos del teniente Sunaga son, no cabe duda, el orgullo de nuestro ejército —había afirmado—. (El viejo general mantenía la absurda actitud de honrar con su antiguo rango al militar lisiado que aquella mujer tenía como marido).

—En lo que a usted respecta, sin embargo, su constante fidelidad la ha tenido alejada de los placeres y deseos de los que antes disfrutaba. Durante tres largos años ha sacrificado todo por ese pobre inválido sin dejar escapar ni un solo suspiro de queja. Usted siempre ha defendido que así está obligada a comportarse la esposa de un soldado, y tiene toda la razón. Pero en ocasiones no puedo evitar la idea de que se trata de un destino cruel para una mujer, sobre todo para una mujer tan atractiva y encantadora como usted, además de tan joven. Es realmente admirable. Con toda franqueza, creo que esta es una de las historias más conmovedoras de nuestro tiempo. La única duda es cuánto durará. Recuerde que todavía tiene usted un largo futuro por delante. Por el bien de su marido, espero que nunca cambie.

Al viejo general de división Washio le agradaba contar las maravillas del incapacitado teniente Sunaga (quien en otro tiempo había formado parte de su estado mayor y ahora residía como invitado en su propiedad) y de su esposa; y tanto le gustaba que se había convertido en un tópico a la hora de conversar con ella cada vez que la veía. Pero a Tokiko le resultaba muy desagradable y trataba de evitar al general en la medida de lo posible. De cuando en cuando, siempre que el tedio en la convivencia con su silencioso e inválido marido se hacía insoportable, buscaba la compañía de la esposa y la hija del general, casi siempre después de haberse asegurado de que este se hallaba ausente.

Tenía la secreta sensación de que su excepcional espíritu de sacrificio y su fidelidad bien merecían las generosas alabanzas del anciano, y al principio aquello halagaba su vanidad. Pero en esos primeros días todo el asunto poseía el brillo de la novedad. Después siguió siendo divertido, en cierto modo, cuidar de alguien tan completamente indefenso como su marido.

Aquella autocomplacencia, no obstante, poco a poco había ido transformándose en aburrimiento, y más adelante en miedo. Ahora se estremecía cuando recibía tan elevados elogios. Se imaginaba señalada por un dedo acusador mientras sentía que una voz sarcástica y chirriante le decía al oído: «¡Bajo el manto de la fidelidad escondes una vida de pecado y de traición!».

Día tras día, los cambios que de forma inconsciente se iban produciendo en su forma de pensar la sorprendían incluso a ella. De hecho, reflexionaba con frecuencia acerca de la volatilidad de los sentimientos humanos.

Al principio no había sido más que una fiel y sumisa esposa que nada sabía del mundo, ingenua y tímida en extremo. Pero ahora, a pesar de que en apariencia no había sufrido casi ningún cambio, en su corazón albergaba horribles pasiones, pasiones surgidas de la visión constante de su marido inválido y digno de lástima; tal era su grado de invalidez que esta palabra resultaba del todo inadecuada para describir el estado de quien, en otro tiempo, se condujera con tanto orgullo y tan noble porte.

Como si de un animal salvaje se tratara, o como si se hallara poseída por el diablo, ¡había empezado a sentir un insano deseo de satisfacer su lujuria! Sí, ¡hasta tal punto había cambiado! Se preguntaba de dónde procedía aquel desesperado impulso. ¿Podría atribuirse al misterioso hechizo ejercido por aquel trozo de carne? Porque, a decir verdad, eso era su marido: ¡un trozo de carne! ¿O, por el contrario, era obra de algún extraño poder sobrenatural imposible de definir?

Cuando el general Washio se dirigía a ella, Tokiko no podía evitar ese inexplicable sentimiento de culpa. Además, cada vez era más consciente de que aumentaba sin cesar el tamaño de su propio cuerpo.

—La situación es alarmante —se repetía una y otra vez—. ¿Por qué no dejo de engordar como una perezosa sin cerebro?

Sin embargo, la palidez de su rostro mostraba un acusado contraste con la evolución de su cuerpo, y muchas veces tenía la sensación de que el general lo observaba de forma dudosa mientras le dedicaba los habituales elogios. Quizá esa era la razón por la que detestaba a aquel hombre.

Vivían en un barrio remoto, y la distancia que separaba la casa principal de la casita de la pareja era más o menos la equivalente a una manzana. Entre las dos viviendas había un terreno cubierto de hierba sin camino alguno para atravesarlo: una zona en la que era frecuente encontrarse con serpientes que susurraban escondidas en los matorrales. Además, si quien por allí anduviese daba un paso en falso, en seguida corría el riesgo de caer a un viejo pozo abandonado oculto entre la maleza. Un remedo de cercado muy poco uniforme rodeaba la enorme mansión y ante ella se extendían los campos.

Desde la oscuridad donde se encontraba, Tokiko veía la sobria vivienda de dos plantas, su morada, que por la parte de atrás daba a un extremo del bosquecillo de un santuario budista. En el cielo dos estrellas parecían brillar un poco más que las otras. La habitación en la que yacía su marido no tenía luz. No podía, como era natural, encender la lámpara, de ahí que el «trozo de carne» estuviera, con toda seguridad, parpadeando impotente, recostado en su silla, o resbalando del asiento para caer en las esteras sumido en la penumbra.

¡Qué lástima! Cuando pensaba en ello, unos escalofríos de rabia, de amargura y de pena parecían recorrerle la espalda.

Al entrar en la casa, se dio cuenta de que la puerta de la habitación de arriba estaba entreabierta, como si de una amplia y negra boca se tratase, y percibió el familiar soniquete de los golpes sobre las esteras.

—Oh, ya está otra vez —lamentó para sus adentros, y de pronto sintió tanta lástima por él que sus ojos se llenaron de lágrimas. Aquellos ruidos significaban que su marido incapacitado estaba tumbado de espaldas, llamando con impaciencia a su única compañía mediante los golpes que daba

con la cabeza en las esteras, en lugar de las palmadas que cualquier esposo japonés hubiera utilizado.

—Ya voy. Debes de tener hambre.

Hablaba en voz baja según su costumbre, aunque sabía que nadie podía oírla. Luego subió la escalera, similar a una de mano, que conducía a la pequeña habitación de la segunda planta.

Aquella estancia tenía una alcoba con una lámpara de estilo antiguo en un rincón. Junto a ella había una caja de cerillas, pero él era incapaz de encender la luz con ellas.

La mujer le habló con el tono de una madre dirigiéndose a su hijo:

—Te he hecho esperar demasiado tiempo, ¿verdad? Lo siento mucho.

Después añadió:

—Aguarda solo un instante. No puedo hacer nada con esta oscuridad. Voy a encender la lámpara.

Aunque no dejaba de hablar entre dientes, sabía que su marido no la oía en absoluto. Encendió la luz y llevó la lámpara a una mesa situada en otro rincón de la habitación. Delante de la mesa había una silla baja con un cojín de muselina estampado sujeto a ella. Estaba vacía, y su último ocupante se hallaba ahora tendido en el suelo cubierto de esteras: una extraña y horrible criatura. Iba vestido (aunque «envuelto» sería el término más apropiado) con viejas ropas de seda.

Sí, allí estaba «aquello», un paquete viviente, envuelto en un quimono de seda, semejante a un envío que alguien hubiera abandonado sin más, ¡un fardo verdaderamente extraño!

Por uno de los lados del paquete sobresalía la cabeza de un hombre que no dejaba de golpear sobre las esteras como si fuese un insecto o algún insólito mecanismo automático. Al golpear, el enorme bulto se desplazaba poco a poco… de un modo similar al de un gusano arrastrándose.

—No deberías ponerte tan nervioso. ¿Qué es lo que quieres? ¿Esto?

Hizo un gesto que significaba comer.

—¿No? ¿Esto, entonces?

Probó con otras señas, pero su marido mudo negaba con la cabeza una y otra vez sin dejar de dar sus desesperados golpes en las esteras del suelo.

Se había hecho ya tanto daño con las astillas de una concha que la cabeza más bien parecía una masa informe. Había que acercarse mucho a él para reconocer en su rostro rasgos que en otro tiempo fueron los de un ser humano.

El oído izquierdo había desaparecido por completo, y en su lugar no había más que un pequeño hueco negro. Sufría un pronunciado tic a lo largo de la mejilla izquierda, desde la boca hasta el ojo, mientras que una fea cicatriz también surcaba la sien derecha hasta la parte superior de la cabeza. Tenía el cuello hundido, como si hubieran extraído la carne que lo protegía, y la nariz y la boca nada conservaban de su forma original.

Sin embargo, en medio de aquel monstruoso rostro aún permanecían dos ojos redondos y brillantes como los de un niño inocente, unos ojos que contrastaban de forma muy acusada con la fealdad que los rodeaban. En aquellos momentos refulgían de irritación.

—¡Ah! Me quieres decir algo, ¿no es así? Espera un momento.

Cogió un cuaderno y un lapicero del cajón de la mesa, colocó el lápiz en la boca deforme y sostuvo el cuaderno ante ella. Su marido no podía ni hablar ni sujetar nada para escribir, ya que,

además de carecer de órganos vocales, también había perdido los brazos y las piernas.

—¿Cansado de mí?

Aquellas palabras fueron las que garabateó con su boca el inválido.

—¡Ja, ja, ja! Otra vez estás celoso, ¿verdad? —se reía ella—. No seas tonto.

Pero el lisiado volvió a dar impacientes cabezazos contra el suelo. Tokiko comprendió lo que quería y de nuevo situó el cuaderno ante la punta del lápiz sujeto entre los dientes de su marido.

Una vez más, el lápiz se movió inseguro y escribió: «¿Dónde fuiste?».

En cuanto lo leyó, Tokiko arrancó el lapicero de la boca del hombre con un gesto brusco y escribió: «A la casa de Washio», y colocó la respuesta casi pegada a los ojos de su esposo.

Cuando él hubo leído el seco mensaje, ella añadió: «¡Deberías saberlo! ¿A qué otro sitio voy a ir?».

El inválido pidió otra vez el cuaderno y escribió: «¿Tres horas?».

Ella sintió un nuevo arrebato de comprensión. «No sabía que hubiera tardado tanto», escribió como respuesta. «Lo siento».

Dio rienda suelta al sentimiento de lástima que la invadía, y se inclinó e hizo gestos con la mano mientras hablaba:

—No volveré a ir. Nunca más volveré. Lo prometo.

El teniente Sunaga, o más bien «el fardo», aún se hallaba lejos de parecer satisfecho, pero quizá se había cansado de escribir con la boca, porque tenía la cabeza apoyada sin fuerza en el suelo y ya no se movía. Transcurridos unos instantes, le dedicó a su mujer una mirada dura con la que sus grandes ojos dieron a entender todos sus sentimientos.

Tokiko solo conocía un medio para tranquilizar a su marido. Como las palabras y las disculpas no servían de nada, siempre que se producían esas extrañas «disputas de enamorados» ella recurría a aquel expeditivo método.

Se inclinó de repente sobre su esposo y cubrió de besos la retorcida boca. Los ojos del hombre no tardaron en mostrar una mirada de gran satisfacción y profundo placer, y después dibujó una desagradable sonrisa. Ella seguía besándolo, con los ojos cerrados para olvidar su fealdad, y, de manera gradual, fue apareciendo el deseo de burlarse de aquel pobre inválido que se encontraba en un estado de tan absoluta indefensión.

El lisiado a quien besaban con tal pasión sufrió tremendas contorsiones al verse incapaz de respirar y su rostro se deformó en una mueca extravagante. Como siempre sucedía, aquella visión excitó a Tokiko de una forma extraña.

El caso del teniente Sunaga había supuesto una importante conmoción en el mundo médico. Le amputaron los brazos y las piernas y su rostro fue reconstruido con habilidad por los cirujanos. La prensa, por su parte, también le dio una gran publicidad al caso, y un periódico llegó incluso a hablar de él como «el patético muñeco roto cuyos preciados miembros fueron cruelmente arrancados por los caprichosos dioses de la guerra».

El teniente Sunaga era, si cabe, aún más digno de lástima, ya que, a pesar de haber sufrido una cuádruple amputación, poseía un torso muy desarrollado. Quizá debido a su magnífico apetito (comer era su única diversión), Sunaga había llegado a tener un vientre brillante y prominente. Lo cierto es

que aquel hombre parecía una enorme oruga amarilla.

Le habían amputado los brazos y las piernas de tal manera que ni siquiera le quedaban los muñones, sino únicamente cuatro bultos de carne que señalaban el lugar que antes ocuparan los cuatro miembros. Solía tumbarse sobre su abultado vientre y, sirviéndose de esos bultos, lograba impulsarse y dar vueltas sobre sí mismo: una peonza de carne y hueso.

Unos instantes después, Tokiko comenzó a desnudarlo. Él no ofreció resistencia y se limitó a mirar expectante los ojos de su mujer, entrecerrados de un modo extraño, unos ojos similares a los de un animal que vigila a su presa.

Tokiko comprendía muy bien lo que su impedido esposo quería decirle con su apasionada mirada. El teniente Sunaga había perdido toda capacidad sensorial, excepto las referidas a la vista, la sensibilidad física y el gusto. Nunca había mostrado demasiado interés por los libros y, además, la explosión de la que fue víctima le provocó una impresión tan grande que dañó sus facultades mentales. Por consiguiente, ahora había desaparecido incluso su escasa afición a la lectura y los placeres físicos constituían su única diversión.

En lo que a Tokiko se refiere, y a pesar de que era de natural tímida, siempre había albergado una extraña inclinación a abusar de los débiles. Además, la contemplación de la agonía de aquel pobre inválido despertó muchos de sus instintos ocultos.

Aún inclinada sobre él, siguió dedicándole sus aberrantes caricias, provocando en el inválido una excitación que lo llevaba cada vez más cerca del éxtasis…

Tokiko lanzó un grito y se despertó. Había tenido una terrible pesadilla y estaba sentada en medio de un sudor frío. La lámpara de la mesilla se hallaba ennegrecida por el humo y la mecha se había consumido por completo.

El interior de la habitación, el techo, las paredes…, todo parecía estirarse como si fuera de goma y luego contraerse hasta alcanzar formas inverosímiles. Junto a ella, el rostro de su marido poseía un brillante tono anaranjado.

Recordó que él no podía haber oído su grito de ninguna manera, pero se dio cuenta, con inquietud, de que su esposo tenía la mirada fija en el techo y los ojos abiertos de par en par. Miró el reloj de la mesa y vio que era algo más de la una.

Una vez despierta del todo, trató de borrar los horribles pensamientos procedentes de la pesadilla que había invadido su mente, pero cuanto más intentaba olvidarlos, más persistentes se hacían las imágenes. Al principio tuvo la sensación de que la bruma se alzaba ante sus ojos y, cuando esta se hubo disipado, pudo ver con gran nitidez un enorme trozo de carne que flotaba en el aire y daba vueltas y más vueltas como una peonza. De repente surgió el cuerpo de una mujer gorda y repulsiva que parecía venir de ninguna parte, y las dos figuras se fundieron en un apasionado abrazo. Esta increíble escena erótica trajo a la memoria de Tokiko la ilustración de una postal donde se representaba un pasaje del *Infierno* de Dante; pero, a pesar de todo, mientras su mente divagaba, el desagradable y repulsivo abrazo de la pareja pareció excitar todas sus pasiones reprimidas y paralizar sus nervios. Se preguntó, presa de un escalofrío, si acaso no sería una pervertida.

Apretó los brazos en torno a su pecho y dejó escapar un grito desgarrador. Luego miró con atención a su marido, como un chico que estuviera viendo una muñeca rota. Él seguía con la vista fija en el mismo punto del techo sin prestarle la menor atención a su mujer.

—Otra vez está pensando —dedujo.

Era extraño, incluso en los mejores momentos, contemplar a un hombre que solo podía comunicarse con los ojos, allí tumbado, la vista fija siempre en un solo punto, y todavía era peor cuando, como ahora, eso sucedía en plena noche. Claro que su mente estaba dañada, pensó ella, pero un hombre con una incapacidad tan grande sin duda vive en un mundo totalmente distinto a cualquiera de los que yo pueda conocer jamás. Y se preguntaba si se trataría de un mundo placentero. O quizá fuera un infierno…

Cerró de nuevo los ojos durante un instante y trató de dormir, pero le fue imposible. Tenía la sensación de que, girando a su alrededor, había llamas que producían un inmenso estruendo y terminó por angustiarse. Algo después, de forma caprichosa, volvieron a aparecer y desaparecer diversas ilusiones y alucinaciones. Entremezclados con ellas venían los múltiples acontecimientos que hacía tres años habían transformado una vida normal en aquella existencia miserable…

Al recibir la noticia de que su marido había resultado herido y regresaba a Japón, sintió un alivio indescriptible porque al menos había salvado la vida. Las esposas de sus colegas oficiales incluso envidiaron su «buena suerte».

Al poco tiempo los periódicos se hicieron eco de los brillantes servicios prestados por su marido. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había sufrido heridas muy graves, pero jamás pensó ni por un instante que le habían provocado una incapacidad tan notable.

Tampoco olvidaría nunca la primera vez que le permitieron visitar a su esposo en el hospital militar. Tenía el rostro cubierto de vendas y no se le veían más que los ojos, unos ojos que la miraban como se mira el vacío. Recordaba que había llorado llena de amargura al enterarse de que las heridas y la impresión sufridas le habían dejado sordomudo. Poco se imaginaba, no obstante, los horribles descubrimientos que aún la aguardaban.

El jefe del equipo médico, con gesto digno y tratando de mostrar su profunda compasión, retiró las blancas sábanas con mucho cuidado.

—¡Sea valiente! —fueron sus palabras.

Ella quiso coger las manos de su marido…, pero no pudo hallar los brazos. Después vio que tampoco tenía piernas; era como un fantasma en una pesadilla. Bajo las sábanas solo yacía el tronco de su cuerpo, vendado de un modo grotesco que lo asemejaba a una momia.

Intentó hablar, luego gritar, pero de su garganta no salió un solo sonido. También ella había perdido momentáneamente el habla. ¡Dios! ¿Aquello era todo lo que quedaba del marido al que tanto había amado? Había dejado de ser un hombre para convertirse en un simple busto de escayola.

El jefe médico y las enfermeras la llevaron a otra sala, y entonces fue cuando se vino abajo del todo, estallando en un inconsolable llanto sin importarle la presencia de toda aquella gente. Se dejó caer sobre una silla, hundió la cabeza entre los brazos y lloró hasta quedarse sin lágrimas.

—Ha sido un auténtico milagro —oyó decir al médico—. Otro en su lugar no hubiera sobrevivido. Por supuesto, todo se debe a la maravillosa habilidad como cirujano del coronel Kitamura: es un verdadero genio con el bisturí. No hay otro igual en ningún hospital militar del mundo.

De ese modo trataba el médico de consolar a Tokiko. Por todos lados se repetía la palabra «milagro», pero ella no sabía si alegrarse o lamentarse.

Pasó medio año como si fuera un sueño. El «cadáver viviente» del teniente Sunaga fue finalmente escoltado hasta su casa por su comandante y sus camaradas de armas, y se vio abrumado por las atenciones que le dedicaba todo el mundo.

A lo largo de los días que siguieron, Tokiko cuidó de él con enorme ternura y en medio de un mar de lágrimas. Familiares, vecinos y amigos, todos ellos la animaban a sacrificarse cada vez más, le repetían sin cesar su concepto del «honor» y de la «virtud». La exigua pensión de su marido apenas daba para la manutención de ambos, de ahí que cuando el general de división Washio, antiguo jefe de Sunaga en el frente, tuvo el detalle de ofrecerles de forma desinteresada la casa de campo que poseía dentro de su propiedad, ellos aceptaron agradecidos.

A partir de entonces, la vida cotidiana se convirtió en una rutina, pero eso también dio lugar a una exasperante soledad. La causa principal era, por supuesto, la tranquilidad que los rodeaba. Otra de las razones era que la gente dejó de interesarse por la historia del héroe de guerra lisiado y la esposa consciente de su deber. El asunto perdió interés y su lugar en primera plana de la actualidad lo ocuparon nuevas personalidades y nuevos acontecimientos.

Los familiares de su marido rara vez se pasaban por allí. En lo que a ella se refería, sus padres habían muerto, mientras que a todas sus hermanas y hermanos les traía sin cuidado su desgracia. La consecuencia era que el pobre soldado inválido y su fiel esposa vivían solos en una solitaria casa de campo, aislados por completo del mundo exterior. De todos modos, incluso aquella situación habría sido más soportable si uno de ellos no hubiera sido un muñeco de barro.

Al principio, el teniente Sunaga se hallaba bastante desconcertado. Aunque tenía conciencia de su trágica situación, su gradual retorno a un estado de salud normal trajo consigo los remordimientos, la melancolía y la más completa desesperación.

Toda comunicación entre Tokiko y su marido se realizaba mediante la palabra escrita. Los primeros vocablos que él escribió fueron «periódico» y «condecoración». Con el primero daba a entender que deseaba ver los recortes donde se hablaba de sus gloriosas hazañas; y con «condecoración» pedía que le mostraran la Orden de la Cometa de Oro, la más alta distinción militar de Japón, que le habían concedido. Se trataba de los primeros objetos que el general de división Washio le había puesto ante los ojos tras recuperar la conciencia en el hospital, y se acordaba de ellos.

Desde ese momento, el inválido escribió con frecuencia las mismas palabras para realizar su petición, y en todas y cada una de esas ocasiones Tokiko le enseñaba la medalla y las noticias, y él las contemplaba durante bastante tiempo. Tokiko veía en cierto modo absurdo que su marido leyera una y otra vez los mismos periódicos, pero al mismo tiempo se sentía bien al comprobar que los ojos de su cónyuge albergaban una mirada de profunda satisfacción. Solía sostener ante él los recortes y la

condecoración hasta que las manos se le quedaban casi dormidas.

Con el paso del tiempo, el teniente Sunaga terminó por hartarse de la palabra «honor». Durante una temporada no volvió a solicitar las reliquias de sus hechos de guerra. En su lugar pedía cada vez más comida, ya que, a pesar de la deformidad que sufría, su apetito iba en aumento. De hecho, se sentía tan ávido de comida como cualquier paciente que estuviera convaleciente de algún desorden de tipo alimenticio. Si Tokiko no accedía a su petición de inmediato, él daba rienda suelta a su ira arrastrándose como un loco sobre las esteras.

Al principio Tokiko sintió un vago temor por aquel comportamiento tan brusco, pero con el tiempo fue acostumbrándose a los extraños caprichos de su marido. Al hallarse ambos encerrados por completo en la solitaria casa de campo, si uno de ellos no hubiera decidido comprometerse, la vida habría resultado insoportable. De ese modo, como dos animales enjaulados en un zoo, siguieron adelante con su solitaria existencia.

En consecuencia, se mire como se mire, lo lógico era que Tokiko terminara considerando a su marido como un gran juguete con el que se podía disfrutar a voluntad. Asimismo, la gula de su impedido esposo había contagiado su propio carácter hasta el punto de convertirla en una persona avariciosa en extremo.

Solo parecía existir un único consuelo para su amarga «carrera» como niñera de un inválido. La realidad era que aquella desgraciada y extraña cosa que no solo era incapaz de hablar o de oír, sino que ni siquiera podía moverse por sí misma, de ningún modo estaba hecha de madera o de barro: estaba viva y era real, y poseía todas y cada una de las emociones e instintos humanos; para ella se trataba de una fuente inagotable de fascinación. Y además estaban aquellos ojos redondos, su único órgano de expresión, que hablaban a veces tan llenos de tristeza y otras con tanta ira: eso también ejercía sobre ella una extraña atracción. Era digna de lástima la incapacidad de aquel hombre para enjugar las lágrimas que sus ojos aún derramaban. Y, por supuesto, cuando se enfadaba, solo podía amenazar a su mujer sumiéndose en arrebatos histéricos fuera de lo común. Tales accesos de rabia solían hacer su aparición siempre que recordaba que jamás volvería a sucumbir, por su propia iniciativa, ante la abrumadora tentación que nunca abandonaba sus entrañas.

Entretanto, Tokiko también se las arreglaba para encontrar otra fuente de placer atormentando cuando le venía en gana a aquella indefensa criatura. ¿Cruel? ¡Sí! Pero divertido… ¡Muy divertido! …

Todo lo acontecido a lo largo de los últimos tres años tenía su vívido reflejo en el interior de los cerrados párpados de Tokiko, como si de la proyección de una linterna mágica se tratase: los recuerdos fragmentados que tomaban cuerpo en su mente y se disipaban uno tras otro. Aquel fenómeno se daba siempre que algo no funcionaba bien en su cuerpo. En esas ocasiones, sobre todo durante sus períodos mensuales de indisposición física, se ensañaba de forma cruel con el pobre lisiado. La brutalidad de sus acciones había ido aumentando cada vez más a medida que pasaba el tiempo. Ella era consciente, desde luego, de la naturaleza criminal de su comportamiento, pero las bestiales fuerzas procedentes de sus entrañas escapaban por completo a su control.

De pronto notó que el dormitorio se estaba quedando a oscuras, que otra pesadilla se acercaba a ella. Pero esta vez decidió verla con los ojos abiertos. Aquella idea le dio miedo, y se aceleró el ritmo de los latidos de su corazón. Logró tranquilizarse y se convenció de que era una persona propensa a imaginar cosas. La mecha de la lámpara de la mesilla se había consumido y la luz comenzó a parpadear. Saltó de la cama y tiró de la mecha para sacarla un poco más.

La habitación se iluminó de inmediato, pero la luz de la lámpara se hallaba envuelta en una bruma de color naranja, y eso hizo crecer su inquietud. Tokiko volvió a contemplar el rostro de su marido con aquella misma iluminación, y se asustó al ver que sus ojos seguían clavados en el mismo punto del techo. ¡No se habían movido siquiera un milímetro!

Se preguntaba, con un escalofrío, en qué podría estar pensando su esposo. A pesar de sentir un enorme desasosiego, lo que la dominaba de verdad era el odio hacia la actitud de aquel hombre. Y una vez más ese odio despertó en ella todos sus deseos innatos de atormentarlo…, de hacerle sufrir.

De repente, sin aviso alguno, se lanzó sobre el lecho de su marido, lo cogió por los hombros con sus grandes manos y comenzó a zarandearlo llena de furia.

Desconcertado por aquella súbita violencia, el inválido empezó a temblar. Se mordió los labios y dedicó una feroz mirada a su esposa.

—¿Te has enfadado? ¿Por qué me miras así? —preguntó Tokiko con tono sarcástico—. No te sirve de nada enfadarte, ¡ya lo sabes! Estás por completo a mi merced.

Sunaga no era capaz de responder, pero las palabras que hubiera podido pronunciar salían a la luz por medio de su penetrante mirada.

—¡Tienes unos ojos de loco! —gritó Tokiko—. ¡Deja de mirarme así!

Presa de un inesperado arrebato, clavó los dedos con fuerza en los ojos del hombre en medio de terribles chillidos.

—¡Ahora intenta mirarme si puedes!

El inválido se defendió de forma desesperada retorciendo el torso sin cesar, y al final su intenso sufrimiento le dio la fuerza necesaria para elevar el tronco y derribar de un golpe a su mujer, que cayó de espaldas.

Tokiko recuperó el equilibrio enseguida y se dio la vuelta para reanudar la agresión. Pero se detuvo de pronto… ¡Qué horror! La sangre manaba a borbotones de los ojos de su esposo; su rostro, deformado por el dolor, había adquirido la palidez de un pulpo hervido.

El miedo dejó paralizada a Tokiko. Había privado cruelmente a su marido de la única ventana que poseía para comunicarse con el mundo exterior. ¿Qué le quedaba ahora? Nada, nada en absoluto…, excepto un montón de carne con aspecto cadavérico en medio de la más completa oscuridad.

Bajó las escaleras con paso inseguro y, tambaleándose, se aventuró descalza en la negrura de la noche. Atravesó la puerta trasera del jardín, llegó corriendo hasta el camino del pueblo a toda velocidad, como perseguida por espectros en una pesadilla: muy deprisa, pero sin que apenas se notara el movimiento.

Por fin llegó a su destino: la solitaria casa de un médico de la zona. Tras oír el histérico relato de la mujer, el doctor la acompañó a su hogar.

Su marido seguía debatiéndose de un modo violento en el dormitorio, víctima de una tortura infernal. El médico había oído hablar muchas veces de aquel hombre sin miembros, pero nunca lo había visto; la impresión que le provocó la horrible vista del inválido fue tan intensa que se quedó sin palabras. Le administró una inyección para aliviar el dolor, vendó los cegados ojos y luego salió de allí como alma que lleva el diablo, sin pedir siquiera una explicación acerca del «accidente».

Cuando cesaron los esfuerzos del teniente Sunaga ya había amanecido. Tokiko le acariciaba el pecho llena de ternura, y, hecha un mar de lágrimas, imploraba:

—Perdóname, amor mío. Por favor, perdóname.

El trozo de carne se hallaba abatido por la fiebre, tenía el rostro enrojecido y el corazón le latía muy deprisa.

Tokiko no abandonó el lecho de su paciente en todo el día, ni siquiera para comer. No hacía más que ponerle paños húmedos en la cabeza; y, en los intervalos de tiempo entre uno y otro, escribía sin parar «Perdóname» con los dedos sobre el pecho de su marido. Había perdido la noción del tiempo.

Por la noche remitió algo la fiebre, y la respiración del enfermo pareció recobrar su ritmo habitual. Tokiko conjeturó que también habría recuperado la conciencia, por eso volvió a escribir en su pecho «Perdóname». El trozo de carne, no obstante, no hizo el menor intento por responder. A pesar de haber perdido la visión, aún le hubiera sido posible contestar mediante algún tipo de señal, bien moviendo la cabeza, bien sonriendo. Pero su expresión facial no se alteró. Ella sabía, por el sonido de la respiración, que no estaba dormido, aunque le resultaba imposible decir si también había perdido la capacidad de comprender el mensaje trazado sobre su pecho, o si en realidad aquel silencio estaba provocado por la ira.

Tokiko no dejaba de contemplarlo y era incapaz de controlar los temblores que le ocasionaba el terror. Aquella «cosa» que yacía ante ella era, no cabía duda, una criatura viva. Tenía pulmones, estómago y corazón. Sin embargo, no veía, no oía, no hablaba, y carecía de brazos y piernas. Su mundo era un insondable pozo de silencio perpetuo y de oscuridad sin límites. ¿Quién era capaz de imaginar un mundo así? ¿Con qué se podrían comparar las sensaciones de un hombre que viviera en aquel abismo? Seguro que ansiaba poder gritar para pedir ayuda con todas sus fuerzas…, ver formas, por borrosas que fueran…, oír voces, aunque se tratase del más tímido de los susurros…, aferrarse…, asirse a algo…

De pronto Tokiko rompió a llorar presa del remordimiento por el irreparable crimen que había cometido. Con el corazón desgarrado por el miedo y por el dolor, dejó a su marido allí y corrió en busca de los Washio en la casa principal: deseaba ver un rostro humano…, cualquier rostro que no fuese deforme.

El anciano general escuchó muy preocupado la larga confesión de la mujer, en ocasiones incoherente a causa de los ataques de llanto, y una vez finalizada quedó tan atónito que no pudo articular palabra. Unos instantes después dijo que visitaría al teniente de inmediato.

Como ya había oscurecido, al anciano le prepararon un farol. Tokiko y él atravesaron lenta y pesadamente el terreno cubierto de hierba por el que se iba a la casa de campo: los dos caminaban en silencio, absortos en sus propios pensamientos.

Cuando por fin llegaron a la malaventurada habitación, el viejo miró dentro y luego exclamó:

—¡Aquí no hay nadie! ¿Adónde ha ido?

Tokiko, sin embargo, no se alarmó.

—Debe de estar en su cama —apuntó.

Se dirigió a la cama casi en tinieblas, pero la halló vacía.

—¡No! —gritó—. ¡No…, no está aquí!

—No puede haber salido —reflexionó el general—. Tenemos que buscar en el interior de la casa.

Tras mirar hasta en el último rincón de la vivienda y no encontrar nada, el general Washio no tuvo más remedio que admitir que su antiguo subordinado, en efecto, no estaba allí.

De repente, Tokiko descubrió unas letras garabateadas en una de las paredes de papel.

—¡Mire! —exclamó ella con gesto de sorpresa, señalando aquel mensaje escrito—. ¿Qué es eso?

Ambos se agacharon para ver mejor. Tras pasar un rato tratando de descifrar unos trazos casi ilegibles, ella dio con la solución.

«Te perdono», era lo que decía el texto.

De los ojos de Tokiko brotaron las lágrimas al instante y comenzó a sentirse mareada. Era evidente que su marido se las había arreglado para arrastrar su cuerpo mutilado por la habitación, se había hecho con un lapicero de la mesa baja utilizando la boca y, con un esfuerzo enorme, había conseguido escribir el lacónico mensaje, y después…

Tokiko reaccionó de pronto, dispuesta a actuar.

—¡Rápido! —gritó palideciendo—. ¡Puede que esté tratando de suicidarse!

Hicieron levantarse a todos los que habitaban en la casa de los Washio, y poco después los criados salieron al campo con faroles para iniciar la búsqueda. Miraron por todas partes, pisoteando la maleza entre la casa principal y la pequeña casa de campo.

Tokiko seguía ansiosa al viejo Washio y la débil luz del farol que este sostenía. Mientras caminaba, la frase «Te perdono» acudía una y otra vez a su mente; estaba claro que se trataba de la respuesta de su marido al mensaje que ella había dibujado en su pecho. No dejaba de dar vueltas al significado de aquellas palabras hasta que se dio cuenta de que también querían decir «Voy a morir. Pero no sufras, ¡porque te he perdonado!».

¡Se había portado como una bruja sin corazón! Era capaz de imaginar con gran nitidez a su marido cayendo escaleras abajo y arrastrándose en la oscuridad, y creyó que el dolor y el remordimiento la terminarían asfixiando.

Después de andar un buen rato, la golpeó un pensamiento horrible. Se volvió hacia el general y aventuró:

—Por aquí había un pozo, ¿no es así?

—Así es —respondió él con aire serio, comprendiendo de inmediato lo que ella quería decir.

Los dos echaron a andar a toda prisa en una nueva dirección.

—El pozo debería estar por aquí, creo —señaló el anciano por fin, como hablando para sus adentros. Luego alzó el farol para conseguir la máxima iluminación posible.

En ese preciso instante, Tokiko fue alcanzada por una extraña intuición. Se detuvo por completo. Aguzó los oídos y oyó un débil susurro, como el que hace una serpiente arrastrándose entre la hierba.

Tanto ella como el anciano dirigieron la vista hacia aquel sonido, y casi de modo simultáneo los

dos se vieron paralizados por el terror.

En medio de aquella luz tan tenue, había algo que se retorcía con lentitud por la espesa maleza. De pronto, aquello alzó la cabeza y se arrastró hacia delante restregando por el suelo unas protuberancias semejantes a excrecencias situadas en las cuatro esquinas de su cuerpo. Avanzaba con sigilo centímetro a centímetro.

Un poco después, la erguida cabeza desapareció de repente en el suelo llevándose al cuerpo tras ella. Unos segundos más tarde oyeron el apagado sonido de algo que caía al agua muy por debajo del nivel del suelo, como si de las entrañas de la tierra se tratase.

Tokiko y el general lograron reunir por fin el coraje suficiente para dar un paso adelante…, y allí, oculto entre la hierba, hallaron el viejo pozo con su enorme boca negra abierta.

Aunque parezca extraño, durante aquellos instantes que habían quedado al margen del tiempo, la imagen que relampagueó una vez más en la mente de Tokiko fue la de una oruga: una criatura abotargada que se arrastraba despacio por la rama muerta de un árbol seco en una noche oscura… avanzando paso a paso hasta el final de la rama y entonces, de pronto, se precipitaba…, caía…, caía a la insondable oscuridad que aguardaba debajo.

El precipicio

ES PRIMAVERA. En la cima de un precipicio, a algo más de un kilómetro del balneario de K, hay dos personas sentadas sobre una roca. En el fondo del valle que se encuentra debajo de ellos se oye el débil murmullo del agua de un río. El hombre tiene unos veinticinco años, la chica alguno más. Ambos llevan puesto el quimono acolchado que se utiliza para salir al exterior de un hotel de aguas termales.

CHICA: ¿No es raro que en todo este tiempo no hayamos hablado de esos incidentes que no dejan de rondarnos por la cabeza? A veces creo que me voy a asfixiar si no lo hacemos. Como hoy disponemos de tanto tiempo libre, podemos ocuparnos de esos asuntos del pasado. No te importa, ¿verdad, querido?

HOMBRE: Claro que no, querida. Empieza tú, que yo intervendré de vez en cuando.

CHICA: Bien, veamos… Hay que empezar por el principio: fue aquella noche en que yo estaba acostada en la cama junto a Saito. Él lloraba como siempre, con su cara pegada a la mía, y sus lágrimas no dejaban de gotear sobre mi boca…

HOMBRE: ¡No seas tan explícita! No me apetece escuchar esas intimidades con tu primer marido.

CHICA: Pero es que se trata de un aspecto importante de la historia, porque fue entonces cuando vi por primera vez con claridad sus planes. De todos modos, de acuerdo…, te ahorraré los detalles… Pues fue exactamente al percibir el sabor salado de sus lágrimas cuando de pronto me dije a mí misma que sucedía algo extraño. Aquella noche él lloraba de un modo más intenso de lo habitual, como si hubiera alguna razón oculta. Me aparté sobresaltada y miré sus ojos bañados en lágrimas.

HOMBRE: Se te helaría la sangre… al ver que la felicidad de su matrimonio de repente se transformaba en miedo. Recuerdo, según me dijiste, que te pareció percibir una gran pena en sus ojos cuando me devolvió la mirada.

CHICA: Sí, sus ojos transmitían con una enorme elocuencia la pena que sentía por mí. Creo que los más íntimos secretos de un hombre se pueden leer en sus ojos. Y en aquella ocasión, no me cabía duda, los ojos de Saito eran tan elocuentes que al instante me di cuenta de lo que pensaba.

HOMBRE: Estaba planeando matarte, ¿verdad?

CHICA: Sí. Pero, por supuesto, todo aquello no era para él más que una especie de juego. Como ya sabes, en cierto modo era un sádico, mientras que yo era justo lo contrario. Estoy segura de que esa es la razón por la que deseábamos jugar a aquel juego. Es innegable que nos amábamos, pero al mismo tiempo ambos sentíamos una irresistible necesidad de hallar más emociones.

HOMBRE: ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! No hace falca que digas nada más.

CHICA: Aquella noche fue la primera vez que me di cuenta de que podía leerle el pensamiento con toda claridad. Durante algún tiempo me había sentido inquieta a causa de algunas vagas sospechas, pero ahora había caído en las garras del miedo en su versión más tangible. Me estremecía al pensar que él fuera capaz de llegar tan lejos. Y sin embargo, a pesar de mis temores, estaba entusiasmada.

HOMBRE: Aquella mirada de pena que viste en sus ojos… también formaba parte del juego, ¿no es

cierto? Quería atemorizarte; era su forma de insinuar lo que esperaba. Y luego…

CHICA: Luego viene el hombre del abrigo azul.

HOMBRE: Sí, con un sombrero azul de fieltro, gafas oscuras y un tupido bigote.

CHICA: Tú ya lo habías visto antes, ¿verdad?

HOMBRE: Sí, ahí entro yo, un pintor en busca de trabajo que se alojaba en tu casa y que hacía el papel de payaso en medio de vuestros asuntos. Fue un día en que yo vagaba por las calles cuando ese hombre me llamó la atención por primera vez. Y la dueña de la casa de té de la esquina me dijo que aquel desconocido no dejaba de hacer preguntas acerca de tu lugar de residencia.

CHICA: Dio la casualidad de que, después de que me informaras de ello, yo misma lo vi. La primera vez fue en el exterior de la cocina, y las dos siguientes cerca de la puerta de entrada. En todas esas ocasiones se hallaba de pie como una sombra, con un abrigo muy amplio y ambas manos hundidas en los bolsillos.

HOMBRE: Al principio creí que era un ratero, y, además, varios criados del barrio me previnieron acerca de él.

CHICA: Pero resultó ser mucho peor, un personaje con bastante más peligro que un simple ratero, ¿no es así? Por algún inexplicable motivo, aquella espantosa noche mi mente se vio asaltada por su siniestra silueta en el instante en que fijé la vista en los ojos anegados de lágrimas de mi marido.

HOMBRE: Y después tuviste un tercer indicio de sus planes, ¿verdad?

CHICA: Sí, aquellas historias policíacas que tú empezaste a traernos. Habíamos leído ese tipo de relatos con anterioridad, claro está, pero fuiste tú quien realmente despertó nuestro interés en el arte del crimen. Todo comenzó unos meses antes de ver al misterioso desconocido, y casi todas las noches nuestra conversación solía girar en torno a diversos crímenes llevados a cabo con éxito. Saito, mi marido, por supuesto, era el que mostraba más entusiasmo, como bien recordarás.

HOMBRE: Sí, eso fue más o menos cuando a él se le ocurrió la mejor idea de todas las que tuvo.

CHICA: Te refieres al truco de la doble personalidad. La verdad es que había un montón de formas distintas de crear una doble personalidad, ¿no? Recuerdo aquella lista tan larga que hiciste.

HOMBRE: Treinta y tres modos diferentes, si estoy en lo cierto.

CHICA: Pero a Saito lo que más le atraía era la posibilidad de inventar un personaje que no existiera en absoluto.

HOMBRE: La teoría era muy sencilla. Por ejemplo, si alguien decidía llevar a cabo un asesinato, mucho antes del crimen crearía un personaje imaginario. Ese personaje sería su doble. Se correspondería con una descripción sencilla: un bigote falso, gafas oscuras y ropa llamativa. Después situaría a ese doble en un domicilio muy lejano al suyo, y se dedicaría a vivir dos vidas. Mientras se suponía que el personaje real estaba trabajando, el doble estaría en su casa, y viceversa. Todo sería incluso más sencillo si uno de los dos personajes tuviera que hacer un largo viaje. Una vez diseñado el escenario, el asesinato podría perpetrarse en el momento oportuno, pero justo antes del crimen el personaje imaginario debería dejarse ver ante diversos testigos. Y luego desaparecería por completo de la faz de la tierra. Previamente, por supuesto, tendría que eliminar hasta la última prueba que pudiera incriminarlo, como por ejemplo el disfraz. De modo que se hallaría ausente de

casa de forma permanente, y el personaje real solo necesitaría retomar su forma de vida anterior. Es evidente que, al tratarse de un crimen cometido por un personaje inexistente, nos hallaríamos ante el crimen perfecto.

CHICA: Saito no dejaba de hablar de ese asunto y yo creí que me iba a volver loca. Mientras le miraba a los ojos, me acordaba de todo esto. Pero aún había una pista más que conducía a sus pensamientos ocultos. Era un diario, que él había «escondido» con la finalidad expresa de que yo lo encontrara. Aunque, al pretender que yo lo leyera, es obvio que no mencionaba sus auténticos secretos. Por ejemplo, no decía una sola palabra acerca de su amante.

HOMBRE: Era como subrayar determinadas líneas de una carta para asegurarse de que las leían.

CHICA: Leí el diario de cabo a rabo. Había algunas páginas dedicadas a la idea de la doble personalidad. Sus ingeniosas ideas me dejaron impresionada. Y debo decir que era un mago con la pluma.

HOMBRE: Continúa.

CHICA: Bien, yo ya tenía tres pistas. Primero, su mirada; luego, el hombre del abrigo azul; y, por fin, el diario que describía el truco de la doble personalidad. Pero, por alguna extraña razón, tenía la sensación de que el cuadro estaba incompleto. No parecía existir ningún móvil. Tú me diste la idea al contarme lo de su amante. Después de eso nunca pude volver a mirarle a los ojos sin ver el reflejo de una mujer hermosa, tal y como yo imaginaba a esa amante. A veces incluso creía oler su perfume en él.

HOMBRE: En otras palabras, aquellas pistas te convencieron de que él planeaba matarte para hacerse con la fortuna que tú heredaste de tu padre, y después disfrutarla con su amante.

CHICA: Sí, pero al mismo tiempo yo sabía que no era más que un juego para asustarme.

HOMBRE: Sí, quizá es lo que tú pensaste, pero su móvil era bastante real. Su plan era entrar a robar disfrazado en tu habitación, matarte y desaparecer. El auténtico Saito regresaría un poco más tarde, «descubriría» tu asesinato, y luego adoptaría el papel de marido afligido por la pena.

CHICA: Sí, pero como ya dije antes, todo formaba parte del mismo juego para amedrentarme, y para disfrutar de la emoción del suspense. ¡Imagínate qué juego tan horrible! Esa emoción era lo que él buscaba. Es sorprendente la meridiana claridad con la que todos esos detalles acudieron a mi mente en la fracción de segundo en que le miré a los ojos.

HOMBRE: Pero ¿hasta dónde se supone que pensaba llegar Saito? ¿Cuál era el verdadero propósito de su disfraz del abrigo azul?

CHICA: Creo que realmente pretendía robar disfrazado en mi dormitorio y asustarme para sacarme de quicio. Después, tras haber disfrutado con mi estado de histeria, se hubiera echado a reír a carcajadas.

HOMBRE: Sin embargo, eso no es lo que al final sucedió, ¿verdad?

CHICA: ¡Claro que no! Hasta entonces todo había sido en cierto modo una broma. Pero lo que ocurrió más adelante casi me heló la sangre. Tiemblo solo de pensarlo.

HOMBRE: No más que yo. Pero continúa…, quítate ese peso de encima ahora que nadie puede oírnos.

CHICA: De acuerdo… El llanto histérico se repitió en varias ocasiones en que estábamos en la cama, y poco a poco me fui dando cuenta de que ya no me sería posible adivinar nada mirándole a los ojos. En realidad, ya no sabía si estaba fingiendo o…

HOMBRE: Empezaste…, empezaste a sospechar que planeaba matarte de verdad, ¿no es así?

CHICA: Sí. Su vidriosa y extraviada mirada parecía decir: «Al principio me inventé un personaje imaginario para que vivieras una situación distinta y emocionante. Pero una vez que el juego ha llegado tan lejos, estoy confuso. Qué sencillo sería matarte de verdad y, a pesar de todo, quedar libre de toda sospecha. Además, eres dueña de una enorme fortuna… que pasaría a mis manos. ¡Qué tentación! Y es que, la verdad sea dicha, hay alguien a quien amo más que a ti. Pero siento lástima por ti, créeme». En la tortura de aquellas noches, mis temores se iban haciendo cada vez más intensos. Y fue por entonces, con la cabeza hecha un lío mientras nos abrazábamos con fuerza en la oscuridad de la habitación, cuando de nuevo comencé a sentir el sabor salado de sus lágrimas al gotear en mi boca.

HOMBRE: Ahí fue cuando viniste a hablar conmigo.

CHICA: Sí, aunque tú dijiste que era una histérica y te tomaste a broma mis temores. Pero, a pesar de tus risotadas, percibí una sombra oculta en tu mirada y empecé a sospechar que compartías mi miedo.

HOMBRE: Quizá tú pensaras eso, pero no era el caso en absoluto. Siempre has tenido esa mirada penetrante para leer la mente, ¿verdad? No hay mucha gente que posea el poder de leer incluso el subconsciente como te sucede a ti.

CHICA: A partir de entonces ya me daba miedo mirarle a los ojos. Y lo que más temía era que él también pudiera leer en los *míos*. Poco a poco, la idea de hacerme con su pistola se fue apoderando de mi pensamiento… Una noche volví a ver al hombre del abrigo azul junto a la puerta de entrada. Casi había oscurecido, pero tuve la sensación de que me estaba dedicando una mirada lasciva. Un escalofrío me recorrió la espalda. Y en aquel instante me acordé de la pistola de nuevo: el arma que estaba escondida en el cajón del escritorio de Saito.

HOMBRE: Yo también conocía la existencia de esa pistola. Él sabía que tener armas de fuego iba contra la ley, pero aun así la tenía, completamente cargada, y la guardaba en uno de los cajones de la mesa…, por el mero hecho de tenerla, creía yo.

CHICA: De repente se me ocurrió que el hombre del abrigo azul podía tener esa pistola en el bolsillo. Acto seguido me dirigí a la mesa de Saito y miré en el cajón. Pero la pistola estaba allí y sentí un inmenso alivio. Luego tuve otra idea. Me dije a mí misma: «Seguro que si ese hombre es Saito disfrazado no iba a ser tan estúpido como para utilizar su propia pistola. Eso significa que tiene en mente emplear un arma distinta». Y así mis temores no hicieron otra cosa que aumentar.

HOMBRE: Entonces decidiste coger la pistola para tu propia protección.

CHICA: Sí, la saqué de la mesa y la guardé. Por la noche incluso dormía con ella.

HOMBRE: Que esa pistola existiera fue un hecho poco afortunado. Porque de no haber sido así…

CHICA: Fue cuando te pregunté qué me ocurriría si un hombre entrara a robar en mi habitación de noche y yo le disparase, aunque no tuviera pensado matarme. ¿Recuerdas?

HOMBRE: Sí, y si no recuerdo mal te dije que se consideraría legítima defensa y no un asesinato. Después lamenté haberte dicho eso.

CHICA: Y al final vino, como era de esperar. Era más de medianoche. Saltó el cercado y entró a hurtadillas en la casa por la ventana de la cocina. Lo primero que vi fue que la puerta de mi dormitorio se abría lentamente, y luego apareció él. Era él, sin duda. Llevaba puesto el mismo abrigo azul. Tenía bien calado el sombrero y las gafas oscuras le tapaban los ojos… ¡y aquel horrible bigote! ¡Había llegado el momento! Fingí que estaba dormida, pero lancé una furtiva mirada a su figura… y agarré con fuerza la pistola…

HOMBRE: ¿Y luego?

CHICA: Casi podía oír los latidos de mi corazón. Deseaba… ¡Oh, cómo lo deseaba! Deseaba apretar el gatillo, pero esperé. Él estaba de pie en el umbral de la puerta con las manos en los bolsillos. Tuve la impresión de que sabía que yo estaba fingiendo. Nos miramos el uno al otro durante un tiempo que pareció una hora. Yo quería gritar, saltar de la cama y salir corriendo, pero apreté los dientes y me mantuve vigilante.

HOMBRE: ¿Y después?

CHICA: De repente empezó a andar hacia mí. Eché un vistazo desde debajo de las sábanas y vi el gesto amenazador de su rostro junto a la lámpara de la mesilla. Se había disfrazado muy bien, pero no tuve ninguna duda de que se trataba de Saito. Los ojos tras los cristales oscuros parecían sonreír. Su cara se iba aproximando poco a poco… No vi el cuchillo que llevaba en la mano, pero era evidente que pretendía matarme. Giré despacio la pistola bajo la colcha y le apunté al corazón. Luego apreté el gatillo… El ruido fue lo que os hizo venir a ti y a la criada, aunque para entonces yo ya me había desmayado.

HOMBRE: Tan pronto como vi al muerto, supe lo que había sucedido. El cuchillo estaba en el suelo a su lado.

CHICA: Luego llegó la policía y, unos días después, nos llamaron a los dos a declarar a la oficina del fiscal. Les conté toda la historia desde el principio hasta el final, contigo como testigo, y no tardaron en dejarme ir. El cuchillo que hallaste tú era la prueba de que había matado a Saito en defensa propia… Al poco tiempo sufrí un ataque de nervios y me pasé un mes en cama. Qué importantes fueron para mí tus visitas diarias, ocupando el lugar de los amigos y familiares de los que yo carecía… Incluso solucionaste por mí el asunto de la amante de Saito…

HOMBRE: Y ahora, imagínate, ya ha pasado un año. Llevamos casados más de cinco meses… Bueno, volvamos al hotel.

CHICA: No. Aún hay algo más.

HOMBRE: ¿Sí? ¿Qué queda por decir? ¿Acaso no hemos repasado todos los detalles?

CHICA: Sí, pero hasta ahora solo hemos hablado de lo superficial.

HOMBRE: ¿Lo superficial? Yo creo que hemos analizado todo el asunto de un modo minucioso.

CHICA: Pero olvidas, querido, que tras una cortina siempre hay otra…

HOMBRE: Te juro que no tengo ni idea de lo que quieres decir. Hoy te estás comportando de una manera extraña.

CHICA: Tienes miedo, ¿no es así?

En el rostro del hombre se dibuja una mueca, pero sus ojos no muestran expresión alguna. Los de la chica brillan, mientras que sus labios se despliegan en una sonrisa maliciosa.

CHICA: Si a un hombre le fuera posible obligar a otro a cometer un crimen importante solo por medio de su capacidad de sugestión, qué gran placer obtendría de ello… Al servirse de una marioneta alejada de toda sospecha para llevar a cabo su objetivo, sería totalmente imposible que lo descubrieran. Este es, en mi opinión, el crimen perfecto del que nunca hemos hablado.

HOMBRE: ¿Qué…, qué demonios quieres decir?

CHICA: ¡Sólo estoy tratando de hacerte ver qué clase de hombre eres…! Pero no te asustes. No tengo intención de correr a contárselo a la policía. Ya sabes que soy una mujer muy comprensiva. Vamos, no nos andemos con rodeos.

HOMBRE: Escucha, se está haciendo tarde…

CHICA: ¿Lo ves? ¡Te dije que me tenías miedo! Y lo único que sucede es que odio dejar las historias a medias…, así que, por favor, deja que continúe… Saito era la marioneta idónea para ti. En primer lugar hiciste que se interesara por los relatos policíacos. Luego lo convenciste de que el truco de la doble personalidad era infalible. Y muy poco a poco, mediante tu capacidad de sugestión, lo fuiste hundiendo cada vez más en los abismos del crimen… El hecho de que Saito tuviera una amante no fue más que una coincidencia, pero también le sacaste partido a eso.

HOMBRE: Estás loca… Es muy fácil extraer las conclusiones que a uno le parecen bien para que encajen en cualquier esquema…

CHICA: Pero piensa un poco en lo que ocurrió. Sabes muy bien que siempre eras tú, y nadie más que tú, quien hacía que un acontecimiento condujera al siguiente…, hasta que al final yo maté a Saito. Fue todo idea tuya y te servías de tu capacidad de sugestión, ¡lo sabes muy bien!

HOMBRE: Pero olvidas algo. ¡Podrías no haber matado a Saito!

CHICA: En ese caso no hubieras tardado en adoptar una estrategia diferente. De todos los tipos de criminales que existen, tú eres el más astuto, ya que tu táctica está basada en probabilidades. Si un plan se desbarata, rápidamente se te ocurre otro… y otro… Alguno de ellos termina teniendo éxito…, y sin que nadie sospeche de ti. Sí, está claro que has conseguido cometer el crimen perfecto.

HOMBRE: Estoy empezando a enfadarme. Te has inventado por completo esa historia y no tiene el más mínimo sentido. Me voy al hotel.

CHICA: ¡Mírate! Tienes el rostro cubierto de sudor. ¡No niegues que estás nervioso! Pero vas a tener que escucharme hasta el final. Cuando apreté el gatillo de aquella pistola, no vi que Saito tuviera cuchillo alguno. Solo suponía que pretendía matarme, por eso lo maté yo a él… Pero también había otra razón. Yo te amaba, y tú lo sabías… No vi el cuchillo hasta que recobré la conciencia después de desmayarme, y allí estaba el arma, junto al cuerpo de Saito. El caso es que tú fuiste el primero en llegar a aquel escenario después de que yo matase a Saito, y qué fácil te hubiera resultado

marcar el cuchillo con las huellas dactilares del muerto y colocarlo a su lado. De ese modo no solo te librabas de Saito, sino que también creabas las pruebas necesarias para que yo saliera airosa de cualquier acusación.

HOMBRE: ¡Qué cosas tan divertidas salen de esa imaginación tuya! ¡Ja, ja!

CHICA: No creas que vas a engañarme con tus carcajadas. Mira, ¡estás temblando! No tienes por qué, créeme. No se lo voy a contar a nadie. ¿Cómo te iba a traicionar después de todas las molestias que te has tomado para conseguirme? Solo quería hablar de este asunto contigo, nada más que una vez… No se lo diré a nadie, no temas.

El hombre se incorpora en silencio, y la mirada que le dedica a la chica indica de forma elocuente que no tiene nada más de qué hablar con una lunática. La chica también se pone en pie y, sin prestar atención al hombre, que permanece inmóvil, comienza a caminar despacio hacia el borde del precipicio. Un instante después, el hombre va tras ella. Al llegar a un punto situado a menos de un metro del borde del precipicio, ella se detiene. Abajo, mucho más abajo, el débil murmullo de la corriente del río se eleva entre la niebla que cubre el abismo. Sin siquiera girar la cabeza, la chica continúa dirigiendo sus palabras al hombre que está detrás de ella.

CHICA: La verdad es que hoy hemos sacado a la luz nuestros pensamientos más íntimos, ¿no lo crees así? De todos modos, me gustaría decirte algo más. Yo te amaba, así, sin más, pero tú deseabas mi dinero tanto como a mí. Y ahora solo quieres mi dinero. Lo sé. Y tú sabes que lo sé. ¿O acaso estoy equivocada? Por eso me trajiste hoy a este solitario lugar… Al igual que Saito, no puedes vivir sin mi dinero, de modo que empiezas a desear que sufra algún accidente. Si me sucediera algo, por supuesto, tú heredarías todo mi dinero, ya que eres mi marido… Da la casualidad de que también sé que tienes una amante… y que me odias por entorpecer tus planes.

En ese momento la chica oye a sus espaldas la agitada respiración del hombre y se da cuenta de que ha ido acercándose a ella de forma sigilosa. Piensa que ha llegado la hora. De pronto siente que las manos del hombre la agarran por los hombros. Comienzan a empujarla con fuerza…, cada vez con más fuerza. En el instante exacto en que aquellas manos masculinas dan el golpe final, ella salta haciéndose a un lado en un abrir y cerrar de ojos. El hombre pierde el equilibrio, se tambalea mientras cae de frente arañando desesperado el espacio vacío. Acto seguido sus pies pisan el aire inconsistente y su cuerpo cae como un rayo en la inmensidad del abismo. Instantes después se oye el alegre piar de los pájaros desde lo más profundo del follaje circundante. En la distancia, el sol se va hundiendo como una bola de fuego que tiñe de un intenso rojo las nubes suspendidas en el aire. La chica permanece inmóvil en la cima del precipicio. Luego, de manera lenta y mecánica, comienza a musitar para sus adentros:

«Defensa propia otra vez. ¡Qué curioso! Hace un año que Saito intentó matarme. Pero el muerto fue él, no yo. Y ahora ese imbécil ha tratado de hacerme caer por este precipicio. Pero quien ha caído ha sido él… Yo he sido la auténtica asesina de ambos. Y sin embargo, la ley no me castigará… ¡Qué fácil es matar! Quién sabe, quizá sea de verdad la bruja que aparento ser…, quizá esté destinada a no detenerme jamás, a matar a un marido tras otro…»

Como un pino solitario, la chica sigue en pie sin moverse al borde del precipicio, desapareciendo poco a poco de la vista a medida que la oscuridad se cierne sobre ella.

El infierno de los espejos

KAN TANUMA es uno de los amigos más extraños que he tenido nunca. Desde el principio sospeché que sufría algún tipo de desequilibrio mental. Hay quien lo consideraría poco más que un excéntrico, pero yo estoy convencido de que se trataba de un lunático. Sea como fuere, tenía una obsesión, una pasión por todo lo que pudiera reflejar una imagen, así como por cualquier clase de lente. Incluso cuando no era más que un niño, los únicos juguetes con los que se divertía eran faroles mágicos, celescopios, cristales de aumento, caleidoscopios, prismas y objetos similares.

Puede que esta extraña obsesión de Tanuma fuera hereditaria, ya que a su bisabuelo Moribe también se le conocía la misma afición. Prueba de ello es la colección de objetos (artículos de cristal y telescopios primitivos, además de libros antiguos sobre temas afines) que el tal Moribe había obtenido de los primeros mercaderes holandeses llegados a Nagasaki. Sus descendientes los fueron heredando hasta que terminaron en manos del último de ellos, mi amigo Tanuma.

Aunque los episodios relacionados con la obsesión de Tanuma por espejos y lentes en su infancia son casi infinitos, los que recuerdo con más nitidez tuvieron lugar en el último tramo de su estancia en el instituto, cuando se sumió por completo en el estudio de la física, sobre todo de la óptica.

Un día, mientras estábamos en clase (Tanuma y yo éramos compañeros de curso en el mismo colegio), el profesor pasó entre los alumnos un espejo cóncavo y nos invitó a todos a observar los reflejos de nuestras caras en él. Cuando me tocó a mí retrocedí horrorizado, ya que los numerosos granos purulentos de mi rostro, aumentados varias veces por aquel objeto, eran idénticos a los cráteres de la luna vistos a través del telescopio gigante de un observatorio astronómico. Quizá sea el momento de decir que siempre había sido sensible en extremo acerca de la gran cantidad de granos que tenía en la cara, tanto que la impresión que sufrí en aquella ocasión me provocó auténtica fobia a mirarme en ese tipo de espejos cóncavos. En una ocasión, poco después del incidente mencionado, fui de visita a una exposición de ciencias, pero en cuanto descubrí a lo lejos la presencia de un inmenso espejo cóncavo di media vuelta y me alejé presa del pánico.

Tanuma, por el contrario, tuvo una reacción opuesta a la ocasionada por mi acusada sensibilidad, y en cuanto vio el espejo cóncavo que llevaron a clase dejó escapar un agudo chillido de alegría.

—Maravilloso…, maravilloso —gritó entre las carcajadas del resto de los estudiantes.

Sin embargo, para Tanuma no era ninguna broma, más bien se trataba de un asunto muy serio. A partir de entonces creció tanto su afición por los espejos cóncavos que no dejaba de comprar todo tipo de materiales útiles para sus fines: alambre, cartón, espejos y objetos por el estilo. Con ellos comenzó a construir, como si fuera un niño travieso, diversas cajas mágicas infernales para las que se sirvió de los muchos libros que había ido adquiriendo, todos ellos dedicados al arte de la magia científica.

Tras acabar el instituto, Tanuma no mostró ninguna intención de continuar con su carrera académica. En su lugar, con el dinero que le proporcionaban unos padres generosos y poco exigentes, construyó un pequeño laboratorio en un rincón de su jardín. Y dedicó todo su tiempo y sus esfuerzos a aquella obsesión por los instrumentos ópticos.

Terminó aislándose del todo en su extraño laboratorio, y yo era el único amigo que le visitaba de vez en cuando, ya que los demás lo habían dejado de lado a causa de su creciente excentricidad. Cada una de mis visitas me hacía preocuparme más y más con respecto a su anormal forma de actuar, y es que me parecía evidente que su enfermedad iba de mal en peor.

Por aquella época murieron sus padres y recibió una magnífica herencia. Al verse libre de cualquier tipo de supervisión, y con fondos de sobra para satisfacer hasta el último de sus caprichos, su irresponsabilidad fue en aumento. Al mismo tiempo, como ya tenía veinte años, comenzó a mostrar un acusado interés por el sexo opuesto. Esta inclinación se mezcló con la mórbida obsesión por la óptica, y ambas se constituyeron en una poderosa fuerza que lo dominó por completo.

Lo primero que hizo con su herencia fue construir un pequeño observatorio que equipó con un telescopio astronómico para explorar los misterios de los planetas. Como su vivienda se hallaba situada en alto, se trataba de un lugar idóneo para aquella finalidad. Pero a él no le bastaba con una ocupación tan inocua. No tardó en dirigir el telescopio hacia la tierra y enfocar con su lente las casas de los alrededores. Ni los cercados ni otras barreras eran un obstáculo para él, ya que el observatorio estaba en un punto muy elevado.

Los ocupantes de los hogares circundantes, que no tenían la más mínima sospecha de que los ojos curiosos de Tanuma los espiaban a través de un telescopio, hacían su vida sin preocupación alguna y dejaban las puertas correderas de papel abiertas de par en par. La consecuencia fue que la exploración secreta de la vida privada de los vecinos proporcionó a Tanuma un placer hasta entonces desconocido. Una noche tuvo el detalle de invitarme para que echase un vistazo, pero lo que vi me hizo enrojecer de vergüenza y me negué a volver a participar en esa actividad.

Poco después instaló un tipo especial de periscopio, que le proporcionaba una completa vista de las habitaciones de sus numerosas sirvientas mientras él estaba sentado en el laboratorio. Ignorantes de este hecho, las criadas se comportaban con toda libertad en sus dependencias privadas.

Uno de los episodios de aquellos días, que aún no he logrado alejar de mi pensamiento, tuvo como protagonistas a los insectos. Tanuma empezó a estudiarlos con un pequeño microscopio y disfrutaba como un niño observando tanto sus peleas como sus apareamientos. Tuve la desgracia de presenciar una terrible escena: la de una pulga aplastada. Fue una visión realmente cruenta, ya que, aumentada mil veces, parecía un enorme jabalí debatiéndose en un charco de sangre.

Más adelante fui a visitar a Tanuma una tarde y llamé a la puerta del laboratorio, pero no respondió. Por lo tanto, como era mi costumbre, entré sin darle mayor importancia. El interior estaba totalmente a oscuras porque unas cortinas negras cubrían las ventanas. Y entonces, de pronto, en el inmenso muro que había delante de mí apareció un objeto indescriptible y borroso, de un tamaño tan monstruoso que ocupaba todo el espacio. Fue tal el susto que me quedé paralizado.

Poco a poco la «cosa» de la pared fue adquiriendo un aspecto más definido. La primera forma que se pudo percibir fue la de un pantano repleto de maleza oscura. Debajo había dos enormes ojos del tamaño de tinas de lavar, con unas pupilas de color marrón que centelleaban de un modo horrible, mientras que por los lados fluían diversos ríos de sangre sobre una blanca meseta. Luego había dos grandes cuevas de las que parecían surgir los enmarañados extremos de grandes escobas. Se trataba, por supuesto, de los pelos que crecían en las cavidades de una nariz gigantesca. Después venían dos

gruesos labios, similares a voluminosos cojines de color carmesí; y se movían sin cesar, dejando a la vista dos filas de dientes blancos cuyas proporciones se hallaban próximas a las de las tejas de la cubierta de una casa.

Era la imagen de un rostro humano. Tuve la vaga sensación de que, a pesar de su grotesco tamaño, era capaz de reconocer los rasgos que lo conformaban.

En ese preciso instante oí que alguien me hablaba:

—¡No tengas miedo! ¡Soy yo!

La voz me produjo un nuevo sobresalto, ya que los abultados labios se movían al mismo tiempo que surgían las palabras, y los ojos daban la sensación de sonreír.

De repente, sin previo aviso, la habitación se llenó de luz y la visión de la pared se desvaneció. Casi de modo simultáneo apareció Tanuma desde detrás de una cortina en la parte trasera de la estancia.

Se acercó a mí con una sonrisa maliciosa y, presa de un orgullo infantil, exclamó:

—¿Acaso no ha sido un magnífico espectáculo?

Mientras yo seguía inmóvil e incapaz de hablar, estupefacto aún, me explicó que lo que acababa de ver era la imagen de su propia cara proyectada sobre la pared gracias a un estereopticón[3] que había diseñado especialmente para el rostro humano.

Unas semanas después inició un nuevo experimento. En esta ocasión construyó una pequeña habitación dentro del laboratorio y revistió el interior de espejos. Las cuatro paredes, así como el suelo y el techo, eran espejos. Por lo tanto, cualquiera que entrase allí se vería enfrentado con los reflejos de todas y cada una de las porciones de su cuerpo; y, como los seis espejos se reflejaban unos a otros, las imágenes se multiplicaban y se volvían a multiplicar *ad infinitum*. Tanuma nunca llegó a explicar qué se proponía al instalar aquella sala. Pero sí recuerdo que una vez me invitó a entrar en ella. Lo rechacé de plano, ya que me aterrorizaba solo pensarlo. Sin embargo, según los sirvientes de Tanuma, este solía introducirse en la «cámara de los espejos» con Kimiko, su criada favorita, una exuberante chica de dieciocho años, con el objeto de gozar de los placeres ocultos de la región de los espejos.

Los criados también me dijeron que, en otros momentos, entraba solo en la cámara y permanecía allí durante muchos minutos, con frecuencia incluso una hora. En una ocasión estuvo tanto tiempo dentro que los sirvientes llegaron a asustarse. Uno de ellos reunió el valor suficiente y llamó a la puerta. Tanuma salió dando un salto, desnudo por completo, y, sin ofrecer una sola explicación, desapareció en su propio dormitorio.

Llegados a este punto, sería necesario mencionar que la salud de Tanuma se deterioraba con gran rapidez. Por otro lado, su obsesión con respecto a los instrumentos ópticos crecía sin cesar. No dejaba de colocar cada vez más espejos de todas las formas y descripciones posibles (cóncavos, convexos, estriados, prismáticos) así como modelos híbridos que daban lugar a proyecciones absolutamente distorsionadas. Al final, no obstante, alcanzó un punto en que ya no le fue posible hallar ninguna satisfacción a no ser que él mismo fabricara sus propios espejos. De ahí que instalara una planta de tratamiento de vidrio en su amplio jardín, y allí, con la ayuda de un selecto equipo de técnicos y operarios, comenzó a producir todo tipo de espejos fantásticos. No había ningún familiar

que pudiera frenar aquella disparatada labor, y los pingües salarios que pagaba a sus criados le aseguraban una completa obediencia. Llegué a la conclusión de que era yo quien tenía la obligación de convencerle para que dejara de derrochar una fortuna que menguaba a toda velocidad. Pero Tanuma no me escuchó.

A pesar de todo, yo estaba decidido a seguir vigilándolo porque temía que perdiera la razón por completo, y por consiguiente lo visitaba con gran frecuencia. Y en cada una de las ocasiones en que lo hice pude comprobar que había fabricado un ejemplo aún más insensato que el anterior para su orgía de espejos.

Una de las cosas que hizo fue cubrir una pared entera del laboratorio con un espejo gigante. Luego abrió cinco agujeros en él; después se dedicó a sacar los brazos, las piernas y la cabeza por los agujeros desde detrás del espejo, creando así la asombrosa ilusión de un cuerpo carente de tronco que flotaba en el espacio.

En otras ocasiones hallaba el laboratorio en un estado de completo desorden, debido a la variedad de espejos con formas y tamaños fantásticos que allí se amontonaban (estriados, cóncavos y convexos sobre todo), y a él lo veía bailando en medio de aquel caos, totalmente desnudo, como si de un primitivo oficiante de ritos paganos o de un hechicero se tratase. Siempre que contemplaba aquellas escenas sentía escalofríos, ya que el reflejo de su cuerpo desnudo haciendo desbocadas piruetas se distorsionaba y serpenteaba dando lugar a mil variantes distintas. Unas veces se veía una cabeza doble con unos labios hinchados de proporciones inmensas; otras, su vientre se abultaba y se elevaba para, acto seguido, volver a quedar plano; hacía girar los brazos hasta que estos se multiplicaban como los de las antiguas estatuas budistas chinas. El caso es que, en esos momentos, el laboratorio se transformaba en un purgatorio de fenómenos asombrosos.

A continuación instaló un caleidoscopio gigante que parecía ocupar la totalidad del laboratorio. Un motor lo hacía girar, y con cada rotación del inmenso cilindro los colosales modelos de flores de su interior cambiaban de forma y de color (rojo, rosa, púrpura, verde, bermellón, negro), al igual que las flores del sueño de un adicto al opio. Y el propio Tanuma entraba a rastras en el cilindro y dentro bailaba como un demente entre las flores, con su cuerpo totalmente desnudo y sus miembros multiplicándose como los pétalos hasta que daba la impresión de que formaba parte del mundo floral del caleidoscopio.

Tampoco terminó ahí su locura: todo lo contrario. Sus fantásticas creaciones eran cada vez más numerosas y cada una de ellas superaba las proporciones de la anterior. Más o menos hasta entonces yo había creído que aún seguía relativamente cuerdo; pero al final tuve que admitir que había perdido la cabeza por completo. Y muy poco después llegó el terrible y trágico clímax de esta historia.

Una mañana me despertó de repente un mensajero procedente de la casa de Tanuma.

—¡Ha ocurrido algo terrible! ¡La Srta. Kimiko quiere que venga usted inmediatamente! —gritó el mensajero, blanco como una hoja de papel de arroz.

—¿Qué sucede? —pregunté mientras me vestía a toda prisa.

—Aún no lo sabemos —exclamó el criado—. Pero, por el amor de Dios, ¡venga conmigo ahora mismo!

Traté de obtener más información del sirviente, pero se expresaba de un modo tan incoherente

que me di por vencido y fui lo más rápido que pude al laboratorio de Tanuma.

Al entrar en aquel inquietante lugar, la primera persona a la que vi fue a Kimiko, la atractiva camarera que Tanuma había convertido en su amante. Junto a ella había varias criadas más, todas ellas apiñadas y observando llenas de horror el gran objeto esférico que descansaba en el centro de la sala.

La esfera era más o menos el doble de grande que los balones que suelen emplear los payasos del circo para hacer equilibrios. El exterior estaba completamente cubierto con un pafio blanco. Lo terrorífico era que aquella esfera no dejaba de rodar lenta e inopinadamente, como si estuviese viva. Lo peor, sin embargo, era el extraño eco que surgía del interior del balón, un sonido similar a la risa, una risa que parecía salir de la garganta de una criatura de otro mundo.

—¿Qué…? ¿Qué ocurre? ¿Se puede saber qué está pasando? —pregunté al atónito grupo.

—No…, no lo sabemos —respondió una de las criadas con aire ausente—. Creemos que nuestro patrón está ahí dentro. Pero no podemos hacer nada. Hemos llamado varias veces y no hay respuesta, salvo esa misteriosa risa que usted está oyendo ahora.

Tras escuchar estas palabras, me acerqué a la esfera con cuidado para tratar de descubrir cómo salían aquellos sonidos de ella. No tardé en hallar varios orificios de ventilación. Miré por uno de los pequeños agujeros hacia el interior, pero no pude ver nada con claridad porque me lo impidió una brillante y cegadora luz. Sin embargo, de algo estaba seguro: ¡allí había una criatura encerrada!

—¡Tanuma! ¡Tanuma! —grité varias veces, pegando la boca al agujero. Pero lo único que oí fue otra vez aquella extraña risotada. No sabía qué hacer y, por unos instantes, me quedé mirando dubitativo el movimiento de la bola. Entonces, de pronto, vi las finas líneas que delimitaban un plano en la lisa superficie exterior. Me di cuenta de inmediato de que se trataba de la puerta por la que se accedía al interior de la esfera.

—Pero, si es una puerta, ¿dónde está el tirador para abrir? —me pregunté.

Examiné la puerta con atención y encontré un pequeño agujero que, con toda seguridad, había servido para alguna clase de manilla.

Al ver aquello me asaltó un terrible pensamiento.

—Es bastante posible —pensé— que el tirador se haya salido de forma accidental y que, por tanto, quienquiera que esté en el interior haya quedado atrapado en la esfera. En ese caso, esa persona debe de haber pasado toda la noche dentro sin poder salir.

Busqué por el suelo del laboratorio y enseguida hallé una manilla con forma de T. Intenté introducirla en el hueco que había visto, pero no lo logré, ya que la barra estaba rota.

No conseguía entender por qué demonios el hombre que estaba en el interior (si es que de un hombre se trataba) no gritaba pidiendo ayuda en lugar de reírse sin parar.

—Quizá —recordé de pronto con miedo—, Tanuma está ahí dentro y se ha vuelto loco de atar.

Decidí al instante que solo había una solución. Me dirigí a toda prisa al taller de cristal, cogí un martillo grande y volví al laboratorio sin perder un segundo. Apunté cuidadosamente y, con todas mis fuerzas, golpeé aquel globo con el martillo. Di una y otra vez en el extraño objeto hasta que terminó siendo poco más que un amasijo de gruesos fragmentos de vidrio.

El hombre que salió arrastrándose de los escombros no era otro que Tanuma. Pero estaba casi

irreconocible debido a la transformación que había sufrido. Tenía el rostro flácido y descolorido, sus ojos vagaban sin rumbo fijo, el pelo era una pura maraña, la boca la mantenía abierta y la saliva le caía en delgados y espumosos chorros. Toda su expresión hacía pensar en un maníaco desquiciado por completo.

Incluso Kimiko retrocedió con horror tras ver aquella monstruosidad de hombre. No hace falta decir que Tanuma se había vuelto totalmente loco.

—Pero ¿cómo ha llegado a ocurrir esto? —me pregunté—. ¿Acaso estar encerrado dentro de esa esfera de cristal es motivo suficiente para que haya perdido la cabeza? Además, lo primero que habría que saber es por qué la ha construido.

Aunque pregunté a los criados que seguían apiñados cerca de mí, no fui capaz de sacar nada en claro, porque todos juraban que no sabían siquiera de la existencia de aquel globo.

Tanuma, sin dejar de sonreír, comenzó a moverse por la estancia como si no tuviera la más mínima idea de dónde se hallaba. Kimiko se recuperó del susto inicial haciendo un gran esfuerzo y, entre lágrimas, empezó a darle tironcitos en las mangas. En ese preciso instante se presentó el ingeniero jefe del taller para iniciar la jornada de trabajo.

Hice caso omiso de su desconcierto por lo que estaba viendo y empecé a lanzarle preguntas sin cesar. Aquel hombre estaba tan perplejo que apenas si era capaz de responder tartamudeando. Pero esto es lo que me dijo:

Hacía ya bastante tiempo que Tanuma le había encargado que construyera aquella esfera de cristal. Tenía un grosor de más de un centímetro y un diámetro aproximado de un metro veinte. Para hacer del interior un espejo de una sola pieza, Tanuma ordenó a los obreros y a los ingenieros que cubrieran de azogue el exterior del globo; después colocaron por encima varias capas de pafio de algodón. El diseño del interior permitía la existencia de pequeñas cavidades dispersas que actuaban como receptáculos para unas bombillas empotradas. También había una puerta de entrada para un hombre de envergadura normal.

Ingenieros y operarios desconocían por completo el propósito de aquel objeto, pero las órdenes eran las órdenes y, por tanto, habían llevado a cabo la tarea encomendada. Por fin, la noche anterior quedó terminado el globo, con el añadido de un cable eléctrico de gran longitud ajustado de forma precisa a un enchufe que se hallaba en la cubierta, y lo llevaron al laboratorio tomando todas las precauciones posibles. Conectaron el cable a un enchufe situado en la pared y se marcharon, dejando a Tanuma a solas con la esfera. Lo que sucedió después, por supuesto, lo ignoraban.

Tras escuchar el relato del ingeniero jefe, le pedí que saliera. Luego dejé a Tanuma al cuidado de los criados, que lo llevaron a su casa propiamente dicha, y me quedé solo en el laboratorio con la vista fija en los fragmentos de cristal desperdigados por la sala, tratando desesperadamente de resolver el misterio de todo aquel asunto.

Así permanecí durante bastante tiempo, reflexionando acerca del enigma. Al final llegué a la conclusión de que Tanuma, una vez agotadas todas las ideas nuevas con respecto a sus obsesiones ópticas. Había decidido construir un globo de cristal completamente cubierto por un espejo para introducirse en él y contemplar su propio reflejo.

¿Por qué iba a volverse loco un hombre al entrar en un globo de cristal revestido por un espejo?

¿Qué demonios había visto allí? Mientras por la cabeza se me pasaban estas ideas, tenía la sensación de que me habían clavado en la espina dorsal una espada de hielo.

¿Perdió la cabeza al verse a sí mismo reflejado por un espejo absolutamente esférico? ¿O su cordura fue desapareciendo poco a poco tras descubrir de pronto que se hallaba atrapado dentro de su horrible y redondo ataúd de vidrio…, junto con «aquel» reflejo?

¿Qué había visto?, me volví a preguntar. Tenía que ser algo que escapaba por completo a la imaginación humana. Nadie, casi con toda seguridad, se había encerrado antes dentro de los confines de una esfera forrada con un espejo. Ni siquiera un experto físico podría haber adivinado con exactitud qué tipo de visión se crearía en el interior de aquella esfera. Lo más probable es que se tratase de algo tan impensable que quedara totalmente al margen de nuestro mundo.

Aquel reflejo, fuese cual fuese su apariencia, debió de ser tan extraño y terrorífico al ocupar todo el campo de visión de Tanuma, que cualquier mortal sometido a él se hubiera vuelto loco.

Lo único que conocemos es el reflejo producido por un espejo cóncavo, que a su vez no es más que la sección de una esfera. El enorme aumento a que da lugar es de una naturaleza monstruosa. Pero ¿quién puede imaginar lo que llegaría a ver alguien rodeado por una sucesión completa de espejos cóncavos?

Mi desventurado amigo, no cabe duda, había intentado explorar las regiones de lo desconocido, violando así tabúes sagrados y provocando la ira de los dioses. Al tratar de penetrar en los secretos dominios del conocimiento prohibido, con su extraña obsesión por los fenómenos ópticos, se había destruido a sí mismo.

Los gemelos

(CONFESIÓN DE UN CRIMINAL CONDENADO ANTE UN SACERDOTE)

PADRE, por fin he decidido confesarme ante usted. El día de mi ejecución se acerca, y deseo dar cuenta de todos mis pecados porque pienso que es el único modo de obtener unos días de paz antes de morir. Por tanto, suplico que dedique una parte de su valioso tiempo a escuchar la historia de mi infame existencia.

Como bien sabe usted, he sido condenado a muerte por el asesinato de un hombre y por haber robado dos millones de yenes de su caja fuerte. La verdad es que fui el autor de ese homicidio, pero nadie sospecha que haya cometido algún otro. De ahí que, ahora que me veo abocado al encuentro con mi Hacedor, no haya ninguna razón por la que me sienta obligado a desvelar otro crimen mucho más diabólico. Pero mi corazón se inclina a confesarlo todo mientras aún hay tiempo; cuando se me haya aplicado la pena capital, mis labios se habrán sellado para siempre.

Una vez oída mi confesión, padre, le ruego que se la traslade íntegra a mi esposa, ya que tiene derecho a saberlo todo. Con frecuencia los mayores villanos se muestran como hombres nobles cuando la muerte está a la vuelta de la esquina. Creo que mi mujer me odiaría siempre si yo muriera sin confesar también el otro crimen. Aunque esta no es la única razón que me impulsa… ¡Toda la vida la he pasado con un miedo terrible a la venganza del hombre que asesiné! No, no me refiero al que maté cuando robé el dinero. Ese caso quedó cerrado al confesar mi culpa. Lo que sucede es que antes había cometido otro asesinato. Y siempre que pienso en mi primera víctima casi me vuelvo loco de terror.

El primer hombre a quien envié a la tumba era mi hermano mayor…, pero no se trataba de un hermano normal. Éramos gemelos, nacidos del vientre de nuestra madre de forma prácticamente simultánea.

Aunque lleva muerto mucho tiempo, su memoria me persigue día y noche. Sueño que camina sobre mi pecho con el peso de una rondada; y después atenaza mi garganta y me asfixia. Durante el día aparece en un muro y clava sus horrendos ojos en mí, o su rostro se muestra en una ventana y me dedica una amarga carcajada. Y el hecho de que fuéramos gemelos, idéntica la mirada y la forma de nuestro cuerpo, iguales, en fin, en todo, era algo que agravaba la situación. Muy poco después de haberlo asesinado, comenzó a aparecérseme cada vez que me contemplaba a mí mismo. Cuando pienso en el pasado, tengo la sensación de que fue la voluntad ávida de venganza de mi hermano la que me llevó a cometer el segundo asesinato, el que me condujo a la perdición final.

Desde el instante en que segué la vida de mi hermano gemelo empecé a tener miedo de todos los espejos. En realidad no solo de los espejos, sino de cualquier objeto que produjera un reflejo. Hice desaparecer de mi casa todos los espejos y los objetos de cristal. Pero ¿qué ganaba con eso? En las tiendas de la calle había escaparates y detrás de ellos se veía el brillo de otros espejos. Cuanto más trataba de no mirarlos, más se me iban los ojos. Y dondequiera que dirigiese la vista, su rostro, su maligno y trastornado rostro, me devolvía la mirada con un puro gesto de venganza; se trataba, desde

luego, de mi propia cara.

Una vez que estaba delante de un escaparate casi me desmayé al verme atacado no por una cara del hombre al que había asesinado, sino por miles que albergaban una cantidad increíble de ojos.

A pesar de que estas ilusiones me producían una enorme desazón, no me vine abajo; me sentía seguro y envalentonado por la firme convicción de que el plan urdido por mi magnífica inteligencia jamás sería descubierto. Y la constante inquietud a la que se veía sometida mi mente, que me obligaba a estar alerta en todo momento y a no relajarme un solo segundo, no me dejaba tiempo para sentir miedo. Sin embargo, ahora que estoy en prisión, mi mente es demasiado débil para seguir resistiendo, y aquel fantasma se ha aprovechado de la monotonía de la vida en prisión para hacerse dueño y señor de mis sentidos. Tal es así que desde que fui condenado a morir en la horca he vivido en una perpetua pesadilla.

Aunque en esta cárcel no hay ningún espejo, él se aparece en el reflejo de mi cara en el agua cuando me lavo o cuando me doy un baño. Hasta la superficie de los cubiertos, los objetos metálicos brillantes y, de hecho, todo lo que puede reflejar la luz, me devuelve su imagen, en unos casos de gran tamaño, en otros más pequeña. Incluso mi sombra, dibujada por la luz del sol que entra por esa ventana, me aterroriza. Y lo peor de todo es que temo ver mi propio cuerpo, al tratarse este de una réplica exacta del de mi hermano muerto.

Prefiero morir a continuar atrapado en esta agonía: es el infierno en la tierra. En lugar de tener miedo de mi ejecución, estoy deseando que llegue, y cuanto antes mejor. Pero al mismo tiempo pienso que no puedo morir sin antes contar la verdad. Debo recibir su perdón antes de morir, aunque, de no ser así, al menos quiero quitarme de encima la sensación de verme perseguido por un fantasma. No conozco más que un modo de lograrlo: confesando mi crimen.

Padre, por favor, escuche atento mi confesión, y después tenga a bien trasladársela al tribunal y a mi esposa. Sé que le estoy pidiendo demasiado, pero me queda poco de vida y este es mi único ruego. Y ahora me dispongo a contarle la historia de mi otro crimen.

Permita que comience recordando que mi hermano y yo nacimos como gemelos tan misteriosamente idénticos, tan iguales por completo, que parecía que nos hubieran extraído del mismo molde. Había, no obstante, un solo rasgo distintivo. Se trataba de un lunar que yo tenía en el muslo, la única marca con la que nuestros padres nos diferenciaban. No me habría sorprendido que de haber contado nuestros cabellos el resultado hubiera sido el mismo. Ahora creo que aquella singular similitud entre ambos fue la simiente que poco a poco echó raíces en mi pensamiento hasta tentarme para que matara a mi otra mitad.

Lo cierto es que cuando por fin me decidí a asesinar a mi hermano, el único motivo de resentimiento que tenía hacia él eran unos celos abrasadores. El asunto es que él, en su calidad de primogénito, había heredado una inmensa fortuna y a mí me había tocado una parte muy pequeña en comparación. Al mismo tiempo, la mujer que amaba se convirtió en su esposa; sus padres la habían obligado a casarse con él a causa de su privilegiada situación con respecto a mí tanto en el plano económico como en el social. Es obvio que los culpables de todo esto, más que él, eran nuestros padres. Quizá debería haber dirigido mi odio hacia nuestros desaparecidos progenitores antes que contra él. Además, él desconocía el hecho de que su mujer había sido en otro tiempo el objeto de

deseo de mi corazón. Pero el caso es que lo odiaba… con toda mi alma.

De todo esto se deduce que, si hubiera sido capaz de pensar de un modo racional, no hubiera sucedido nada. Pero tuve la desgracia de nacer con el mal dentro de mí y no tenía ni idea de cómo prosperar en el mundo. Para empeorar las cosas, mi vida carecía de un objetivo concreto porque era un auténtico gandul. Me había convertido en la clase de granuja que se conforma con vivir en la indolencia y al día, sin siquiera pensar un instante en el futuro. En consecuencia, tras perder tanto mi fortuna como mi amor de un solo golpe supongo que caí en la desesperación. En cualquier caso, tampoco tardé en dilapidar de forma estúpida el dinero que había heredado.

Por lo tanto, mi única posibilidad era solicitar ayuda financiera a mi hermano. Y la verdad es que me convertí en un auténtico problema para él. Poco a poco fue perdiendo la paciencia ante mis constantes peticiones, y un día me dijo sin andarse por las ramas que si no enmendaba mi comportamiento pondría fin a su generosa actitud.

Una tarde volvía yo a mi casa desde la suya tras haber recibido una nueva negativa a mis ruegos cuando, de pronto, se me ocurrió una idea terrible. Al principio me estremecí y traté de quitármela de la cabeza. Pero aquel pensamiento regresaba una y otra vez y, cuantas más vueltas le daba, más me convencía de que era un plan factible. Poco a poco llegué a la conclusión de que me hallaba ante la ocasión de mi vida, de que si llevaba a cabo aquella trama con inteligencia y determinación podría obtener al mismo tiempo fortuna y amor sin riesgo alguno. Durante varios días no pensé en nada que no fuera mi siniestro plan. Y, tras considerar todas las variantes posibles, por fin decidí que el camino estaba despejado y podía seguir adelante.

Por favor, créame si le digo que mi malvada resolución no era consecuencia de animosidad alguna. Como truhán nato que era, solo deseaba obtener placer a cualquier precio. Pero, a pesar de mi maldad, era un cobarde y jamás hubiera tomado una decisión de aquella índole si hubiera intuido el menor peligro. Aunque no existía la más mínima posibilidad de fracaso, o al menos eso es lo que yo creía.

Me puse manos a la obra de inmediato. El primer paso consistió en visitar la casa más a menudo para estudiar con detalle el comportamiento cotidiano de mi hermano y de su mujer. Traté de observar hasta el último detalle de sus vidas sin dejar nada al margen. Sirva como ejemplo que incluso llegué al extremo de fijarme en el modo en que él escurría la toalla tras lavarse.

Después de aproximadamente un mes, y una vez terminadas todas mis observaciones, anuncié de repente y sin previo aviso que me iba a Corea a buscar trabajo. Yo era entonces un soltero empedernido, de modo que aquella súbita noticia no suscitó ningún recelo. Por el contrario, mi hermano se alegró al oírla, aunque yo tenía la sospecha de que su regocijo venía propiciado por la idea de que al fin se iba a librar de mí. Sea como fuere, el caso es que me entregó una considerable cantidad de dinero como regalo de despedida.

Poco después, un día perfecto para mis planes, me subí a un tren con destino a Shimonoseki, en la estación de Tokio, y me despedí de mi hermano y de su esposa. Pero solo una hora después, más o menos, me bajé del tren en Yamakita procurando pasar inadvertido y tras dejar pasar cierto tiempo, cogí otro tren de vuelta a Tokio. Hice el viaje entre la multitud de tercera clase, de modo que regresé a Tokio poco después de haber salido y sin que nadie se hubiera enterado.

En este punto del relato debería decir que, mientras esperaba el tren de Tokio en la estación de Yamakita, entré en los servicios y me quité el lunar del muslo con una cuchilla: era la única marca que me distinguía de mi hermano. Tras esta sencilla operación mi hermano y yo éramos, por así decirlo, dos auténticas fotocopias.

Cuando llegué a Tokio estaba amaneciendo. Este hecho también formaba parte de mi plan. Procuré no perder un solo segundo y me puse a toda prisa un quimono que había mandado hacer a propósito antes de partir. Era de la misma seda de Oshima que mi hermano utilizaba en su ropa de uso diario. Además, también me vestí con la misma ropa interior, el mismo fajín, los mismos zuecos: en realidad, todo lo que él solía emplear. Luego me dirigí a su casa en el momento idóneo, con una precisión ajustada al segundo. Con cuidado de que nadie me sorprendiera, salté la cerca trasera y entré a hurtadillas en su amplio jardín.

Aún era muy temprano y seguía oscuro, de ahí que nadie me viera escalar el lateral del poro que había en uno de los rincones del jardín. Aquel viejo pozo abandonado fue uno de los elementos que más importancia tuvo en mi decisión de cometer el crimen.

Hacía tiempo que se había secado y no se utilizaba desde entonces. Recordaba que mi hermano consideraba un peligro la existencia de una trampa así y tenía la intención de rellenarlo pronto. Junto a él había ahora un montículo de tierra que, sin duda, habían acarreado hasta allí los jardineros, a quienes yo había sugerido solo unos días antes que rellenaran el agujero aquel mismo día.

Me escondí entre los arbustos y aguardé tranquilo, esperando oír en cualquier momento los pasos de mi hermano, ya que tenía la costumbre de dar un paseo por el jardín todas las mañanas al salir del baño. Mientras esperaba noté que unas gotas de sudor frío procedentes de las axilas me caían por los brazos. No recuerdo cuánto estuve así, pero sí que el tiempo dio la sensación de haberse detenido. Puede que fuera unas tres horas más tarde, horas que parecieron años, cuando por fin oí el ruido de sus zuecos. Mi primer impuso fue el de salir corriendo…, huir del horror de mi propio y diabólico plan; pero, por algún extraño motivo, tuve la impresión de que mis piernas habían echado raíces en el suelo y no podía moverme.

Antes de que me diera cuenta, mi víctima, a la que tanto tiempo llevaba esperando, se había situado delante de los arbustos en los que me hallaba escondido, y de pronto me di cuenta de que había llegado el momento. Con una agilidad asombrosa, di un súbito salto y rodeé el cuello de mi hermano con la soga que tenía preparada; después lo estrangulé muy lentamente.

Él se resistía, desesperado, retorciéndose sin cesar, mirando cada dos por tres hacia atrás para ver quién era su asaltante. Yo, por mi parte, trataba de evitar que lo lograra. Pero su descolorido rostro, como movido por un resorte de gran potencia, se iba girando hacia mí centímetro a centímetro. Al final, su enrojecido e hinchado semblante (idéntico al mío) se dio la vuelta y mi cara quedó por muy poco dentro del campo de visión de sus ojos desafiantes y enloquecidos. En cuanto me reconoció, la impresión le produjo un fuerte escalofrío. Jamás podré olvidar su cara en aquel momento. Era una máscara de muerte, ¡una horrible expresión que clamaba venganza!

No obstante, tardó poco en rendirse. Después se quedó inmóvil y cayó al suelo. En ese momento yo estaba exhausto, y tras soltarlo me froté las manos con fuerza porque las tenía rígidas y paralizadas a causa del esfuerzo. A continuación, con las rodillas aún temblando, llevé su cuerpo

rodando hasta la boca del pozo como si fuera un leño y lo tiré de cabeza al interior. Luego cogí un tablón y lo utilicé para echar un poco de tierra suelta, lo suficiente para tapar el cadáver.

Si hubiera habido un testigo en aquel escenario, con toda seguridad aquello le habría parecido un mal sueño. ¡Imagíneselo! Hubiera visto a un hombre estrangulando a otro que iba vestido con la misma ropa, con un cuerpo idéntico al suyo, e incluso la misma cara.

Bien, así cometí el terrible asesinato de mi propio hermano. Fue una historia semejante a la de Caín y su hermano Abel, con la diferencia de que en nuestro caso los hermanos tenían la misma apariencia, ya que, ¿acaso no poseíamos cuerpos idénticos?

¿Le sorprende que una persona cualquiera sea capaz de perpetrar un crimen con tanta sangre fría? A mí no. Pero en lo que a mí respecta, el auténtico motivo por el que deseaba matarlo consistía en que éramos dos personas en una. ¡Y cómo odiaba a mi otra mitad! Me pregunto si usted habrá sentido alguna vez ese odio incontrolable, mucho más intenso que el que puede llegar a sentirse por una persona con la que no se tiene ningún vínculo importante. Y en mi caso particular era incluso más fuerte, ya que éramos gemelos y los celos me habían hecho perder la cabeza.

Retomaré mi relato contando que, tras cubrir el cuerpo con la tierra necesaria, permanecí absorto durante largo rato. Después de una media hora me di cuenta, alarmado, de que llegaban los jardineros, guiados por una de las criadas, y yo volví a esconderme. Acto seguido, el diablo me susurró una vez más que aquello era la señal para mi segunda entrada en la escena de una obra aberrante y brutal: ¡una representación protagonizada por un maníaco!

Fingí ser mi hermano y salí sin prisa del lugar donde me escondía, mirando a aquella gente con cierta inquietud.

—Vaya, vaya —apunté del modo más natural posible—, así que habéis venido temprano. Os he ayudado un poco con vuestra labor, ¡ja, ja! Espero que rellenéis el pozo antes de que se haga de noche. Bueno, ¡será mejor que empecéis cuanto antes!

Tras dirigirles estas palabras, me alejé de allí con la forma de andar habitual de mi hermano muerto y entré en la casa.

A partir de ese momento todo funcionó a la perfección. Me pasé el día entero encerrado en el estudio sin despegar los ojos del diario de mi hermano y de sus libros de contabilidad, ya que, aunque había analizado hasta el último detalle antes de anunciar mi viaje a Corea, no había tenido la posibilidad de acceder a ninguno de esos documentos. Por la noche me senté a cenar con mi «esposa», la mujer que había estado casada con mi hermano y ahora era mi cónyuge, y tuve una agradable charla con ella como solía hacer él, consciente de que aquella mujer ignoraba por completo la horrible verdad.

De noche, ya bastante tarde, incluso me aventuré en su dormitorio, pero una vez allí me sentí algo inseguro al no saber nada acerca de los hábitos de mi hermano en aquel contexto tan íntimo. Sin embargo, todavía con una confianza absoluta en mí mismo, y es que estaba del todo convencido de que, en caso de descubrir la verdad, ella no rechazaría a su antiguo amor, abrí con cuidado la puerta corredera de su dormitorio y apagué las luces rápidamente.

Después de haberme convertido en un adúltero, además de en un asesino, ahora mi espíritu se había sosegado y pasé un año bastante feliz. Disponía de gran cantidad de dinero y tenía a mi

servicio a la mujer a la que amaba; mi vida parecía una perpetua bendición…, pero había un obstáculo: mi conciencia. Noche tras noche me atormentaba haciendo que el espíritu de mi hermano se me apareciera en sueños. En realidad, aquel año fue el más largo de mi vida. Poco a poco empecé, como el canalla sin remisión que era, a cansarme de aquella monótona existencia.

Volví a mis antiguas y reprobables costumbres. La enorme fortuna de mi hermano iba menguando porque el dinero se me escurría entre los dedos, y un día descubrí que, en lugar de ser un hombre rico, estaba endeudado hasta el cuello. Por si fuera poco, ya no tenía a nadie a quien acudir. ¡Qué desgracia! Aquella circunstancia fue la que me empujó a cometer el segundo crimen.

Si lo piensa usted bien, comprobará que este hecho no es más que la lógica consecuencia de mi primer asesinato. Cuando decidí matar a mi hermano ya tenía en mente este segundo plan. Había llegado a la conclusión de que si era capaz de convertirme en mi hermano mayor hasta en el último de los detalles, nada me impediría llevar a cabo otros crímenes. Supongo que no se le escapa a usted que incluso si el hermano pequeño, de quien no había noticia alguna desde que partiera rumbo a Corea, llegara a cometer un asesinato o un robo, o cualquier otro delito, el hermano mayor siempre quedaría exento de responsabilidad y al margen de toda sospecha.

Se dio otra peculiar circunstancia en esta singular cadena de acontecimientos. Después de mi primer asesinato realicé por casualidad un hallazgo sorprendente que me enseñó lo fácil que sería cometer el siguiente crimen sin riesgo de ser descubierto.

Un día estaba yo añadiendo una entrada al diario de mi hermano, tratando de imitar de forma precisa su caligrafía. Era un auténtico fastidio, pero había que hacerlo, ya que se trataba de otra de sus costumbres diarias. Tras escribir varias líneas, comparé lo que yo había escrito con lo redactado por él, y me llevé un buen susto al ver una huella dactilar en una de las esquinas de la página; no cabía duda de que pertenecía a mi hermano.

La impresión producida por aquel descubrimiento me dejó estupefacto durante unos instantes porque había pasado por alto ese importante detalle. Mi negligencia me había llevado a pensar desde el principio que el lunar era la única diferencia entre mi hermano y yo, y ahora me hallaba perplejo. ¡Qué idiota había sido! ¡Pero si hasta un estudiante de primaria sabe que todas las personas tienen huellas dactilares distintas, y yo, con más motivo, debería haber caído en la cuenta de que ni siquiera en el caso de los hermanos gemelos coinciden las huellas! En aquel momento, con la imagen de la huella dactilar del diario ante mí, temí que esta pudiera ser la prueba que terminase delatándome.

Compré una lupa con total discreción y analicé aquel manchón, que resultó ser la huella de un dedo pulgar. Estampé la huella de mi pulgar en un trozo de papel y las comparé. A simple vista parecían muy similares. Pero al examinarlas de forma más exhaustiva, línea por línea, espiral por espiral, comprobé que tenían muchas diferencias. Después me las arreglé para obtener en secreto las huellas de mi «esposa» y de las criadas para estar del todo seguro, pero eran tan distintas que no me hizo falta ni compararlas con la del diario. Estaba claro que la huella del libro era de mi hermano. Y era natural que se pareciese a la mía, debido a nuestra condición de gemelos.

Como pensaba que la existencia de otras huellas dactilares de ese tipo constituiría un problema muy serio, realicé una minuciosa búsqueda de otras posibles marcas semejantes. Miré en todos los libros, en cada una de sus páginas, en el polvo de cada rincón de los estantes, en los armarios, en el

guardarropa, en fin, en cualquier lugar donde él pudiera haber dejado sus huellas. Pero no hallé ninguna más. Eso me tranquilizó un tanto, aunque no estaba dispuesto a correr riesgo alguno. A continuación arranqué la página del diario y me disponía a arrojarla al brasero de carbón, seguro de que la destrucción de aquella pequeña prueba eliminaría todas las posibles preocupaciones que me aguardaran en el futuro. Pero, de repente, tuve una brillante idea. Parecía propiciada por la inspiración…, la inspiración no de un ángel, sino del propio diablo.

Pensé si acaso no sería práctico lograr un molde de aquella huella dactilar. Sin duda: podría utilizarlo en el escenario de mi próximo crimen… y en los que vinieran después. Nadie sería capaz de recordar las huellas de mi personalidad real, es decir, nadie tendría la posibilidad de decir a quién pertenecían…, y el simple hecho de que mis huellas dactilares no encajaran con las de mi hermano bastaría para determinar mi inocencia. En lo que a la policía se refiere, no les quedaría más remedio que buscar a la persona que tuviera aquellas huellas dactilares sin saber que estaba enterrada a diez metros bajo tierra.

Esta maravillosa idea me elevó al séptimo cielo del placer. Lo había conseguido, tenía la oportunidad de hacer realidad el fantástico papel de Jekyll y Hyde… sin ser atrapado jamás.

Puse en marcha mi malvado plan y no tardé en robar una gran cantidad de dinero de la casa de un amigo, dejando de forma deliberada la huella dactilar de mi hermano. Me resultó fácil, ya que tenía cierta experiencia como fotograbador y, ni que decir tiene, había fabricado una plancha a tales efectos.

Más adelante, siempre que estaba mal de dinero a causa de mi vida disipada, acudí de nuevo a ese recurso y nunca me descubrieron ni sospecharon de mí. Ebrio de éxito, seguí robando a diestro y siniestro, y como la ley no era capaz de echarme el lazo acabé por cometer otro asesinato.

Usted ya habrá leído los informes acerca de este último crimen, de ahí que no entre en demasiados detalles. Baste decir que me enteré de que otro amigo poseía una enorme cantidad de dinero: dos millones de yenes, para ser exactos, depositados en su caja fuerte. Cuando un poco después supe que se trataba de un dinero guardado en secreto, y cuyo destino era financiar una campaña electoral, el decorado me pareció casi perfecto.

Una vez analizados todos los pormenores entré en la casa una noche con mi verdadera personalidad, la del hermano menor. Me deslicé en la habitación donde se hallaba el dinero, abrí la puerta de la caja fuerte con las manos enguantadas y saqué los fajos de billetes. (Conocía la combinación porque el dueño había abierto una vez la caja en mi presencia sin desconfiar de mí, ya que yo, es decir, mi desaparecido hermano, era un viejo amigo suyo).

De pronto se encendieron las luces que yo había apagado previamente. Sorprendido, me di la vuelta, ¡y me encontré cara a cara con el propietario de la caja! Presa de la desesperación, saqué un cuchillo del bolsillo y se lo clavé en el pecho. Cayó al suelo quejándose de dolor y unos instantes más tarde estaba muerto. Agucé los oídos, pero por fortuna el ruido de aquella breve refriega no había despertado a nadie.

Tras recobrar el aliento, saqué el molde de la huella dactilar de mi hermano y la mojé en la sangre que se había desparramado por el suelo. Luego la puse sobre la superficie de la pared más próxima y, después de haberme asegurado de que no quedaba ninguna otra prueba, salí de allí a toda

velocidad cuidando de que mis pisadas no dejaran rastro.

Al día siguiente recibí la visita de un detective. Pero eso no supuso inconveniente alguno para mí, ya que aún confiaba en que el truco funcionaría una vez más. Me informó de un modo educado, y como excusándose, de que había visitado a todos los que sabían que la caja fuerte de la víctima contenía una gran cantidad de dinero. También me dijo que en el lugar había una huella dactilar que no coincidía con la de ningún ex convicto, y que sentía molestarme pero deseaba comprobar mis huellas, ya que yo era una de las personas que conocía la existencia del dinero en la caja.

—Es pura rutina —me aseguró.

Mientras me reía de él por dentro, le hice muchas preguntas con la intención de demostrar lo apenado que me hallaba por la pérdida de mi amigo, y después le permití que me tomara la huella de uno de los pulgares. Tras la marcha del detective me olvidé inmediatamente de él y me dirigí a toda prisa a mi lugar favorito para las juergas con el monedero bien repleto.

Dos o tres días más tarde aquel mismo detective me visitó de nuevo. Más adelante descubrí que era uno de los mejores elementos de la policía metropolitana. Cuando entré con aire despreocupado en el salón, aquel hombre me miró sonriendo de una forma peculiar. Sin inmutarse, puso sobre la mesa una hoja de papel, y al mirarla me di cuenta de lo que era: ¡una orden para detenerme!

No podía apartar los ojos del papel, casi hipnotizado por el terror, y él aprovechó aquellos instantes para acercarse a mí rápidamente y esposarme. Momentos después me di cuenta de que un fornido agente de policía esperaba en la puerta.

Muy poco después me vi entre rejas. Sin embargo, aún me quedaba la suficiente ingenuidad como para creer que seguía teniendo posibilidades. Confiaba en que nunca podrían probar que había cometido un asesinato. Pero ¡qué sorpresa tan grande me aguardaba! Al comparecer ante el fiscal y escuchar de su boca los cargos que había contra mí, me quedé clavado en el suelo, con la boca abierta y atónito. Yo, siempre tan astuto, había cometido un error tan absurdo que casi me daban ganas de reírme de mí mismo. ¡Seguro que aquello era una maldición lanzada por mi hermano!

¿Cómo pude haberme equivocado? Lo cierto es que cuando se explica con palabras suena demasiado estúpido. ¡La huella dactilar que yo atribuí a mi hermano en realidad era mía! La marca que encontré en el diario no era una huella estampada allí de forma directa, sino que se había grabado después de que yo me secara las manos manchadas de tinta. Es decir, fue la tinta que quedaba en los surcos formados por las protuberancias, más que las propias protuberancias de la yema del dedo pulgar, lo que había dado lugar a aquella marca, produciendo de ese modo una impresión similar a un negativo fotográfico.

Se trataba de un error tan burdo que apenas podía creer que fuera cierto. El fiscal decidió hablarme por propia voluntad acerca de un caso sucedido en 1913. Dijo que la esposa de un comerciante de Fukuoka fue asesinada un día de forma cruel, y la policía detuvo a un sospechoso. La huella dactilar hallada en la escena del crimen y la del sospechoso no parecían concordar, aunque daba la sensación de que poseían una enorme semejanza. La policía no sabía qué camino tomar y pidió a un especialista que estudiara las marcas de un modo científico: al final resultaron ser idénticas. El caso era igual al mío. La huella del lugar del crimen era el negativo. Pero el experto, después de una minuciosa investigación, había invertido los colores de una de las fotografías de las

dos huellas dactilares, cambiando el negro por el blanco… y las imágenes coincidieron a la perfección: el caso estaba resuelto.

Ya le he contado todo. Le suplico, padre, que dé a conocer estos hechos, sobre todo a mi «esposa», porque solo así podré subir con serenidad los trece escalones que conducen al patíbulo.

La cámara roja

LOS SIETE sepultureros, entre los que también me incluía yo, nos reunimos para nuestro habitual intercambio de espeluznantes historias de terror. Nos acomodamos en las mullidas butacas tapizadas de terciopelo escarlata que se hallaban en la sala conocida con el nombre de «Cámara Roja», y aguardamos expectantes a que el narrador de aquella noche iniciara su relato.

En medio del grupo había una gran mesa redonda, asimismo forrada de terciopelo escarlata, sobre la que descansaba un candelabro rallado en bronce donde parpadeaban las llamas de tres enormes velas. En todos los lados de la estancia, incluso ante las puertas y las ventanas, colgaban unas pesadas cortinas de tela roja en las que se formaban elegantes pliegues desde el techo hasta el suelo. Las llamas de las velas proyectaban en las cortinas las monstruosas sombras alargadas de la secreta sociedad de los siete con un tono más oscuro, semejante al de la sangre. Las siete siluetas ascendían y descendían, se expandían y se contraían, se deslizaban entre las curvas de la tela encarnada como horribles insectos.

En el interior de esta cámara siempre tenía la impresión de estar sentado sobre el vientre de alguna gigantesca bestia prehistórica, y también me invadía la sensación de que era capaz de percibir los latidos de su corazón en un lento compás acorde con su imponente tamaño.

Todos permanecimos en silencio durante unos instantes. Allí sentado con el resto de los presentes como un hechizado, fijé de modo inconsciente la vista en los imprecisos rostros dorados de un intenso tono rojizo que había alrededor de la mesa, y empecé a temblar. A pesar de lo familiares que me resultaban las caras de los demás, siempre que los observaba de cerca notaba escalofríos recorriendo mi espalda de arriba abajo, ya que se mostraban en todo momento sin expresión ni movimiento alguno, como las máscaras japonesas del teatro Noh[4].

Tanaka, que había sido iniciado en la sociedad hacía muy poco tiempo, se aclaró la garganta y por fin se decidió a hablar. Se sentó en el borde de su silla sin apartar la vista de las llamas de las velas. Por casualidad eché un vistazo a su barbilla, pero lo que vi más bien recordaba a un bloque cuadrangular moldeado en hueso, sin carne ni piel, y todo su rostro se asemejaba al de una fea marioneta que hubiera cobrado vida de un modo misterioso.

—Tras haber sido admitido en la sociedad como miembro de pleno derecho —comenzó Tanaka de repente y sin introducción alguna—, iniciaré mi contribución a la misma con mi primer cuento de terror.

Como ninguno de nosotros realizara ningún movimiento ni comentario, decidió empezar su narración sin perder tiempo:

Creo (señaló) que soy una persona cuerda y que todos mis amigos darían fe de mi equilibrio mental, aunque dejo a juicio de los presentes si esto es cierto o no. Sí, ¡bien pudiera resultar que estoy loco! O quizá el mío no sea más que un caso de simple y leve neurosis. En cualquier caso, debo admitir que la vida siempre me ha resultado tediosa…, y que para mí, la rutina cotidiana del hombre

corriente es, y siempre será, un odioso aburrimiento.

Al principio me concedía a mí mismo diversos entretenimientos con el objeto de distraer la mente, pero, por desgracia, nada parecía aliviar mi profundo hartazgo. Por el contrario, todo lo que hacía daba siempre la sensación de aumentar aún más mi decepción. No dejaba de preguntarme si acaso no existiría diversión alguna para mí en la vida, si quizá estaba destinado a morir de puro hastío. Poco a poco fui cayendo en un estado de apatía del que no había posibilidad aparente de huida. Nada de lo que realizaba, nada en absoluto, lograba satisfacer mi imaginación. Todos los días hacía tres comidas, y cuando llegaban las sombras de la noche me metía en la cama. Me iba dominando la idea de que estaba camino de la locura absoluta. Comer y dormir, comer y dormir…, igual que los cerdos.

Si las circunstancias me hubieran obligado a ganarme la vida, quizá aquel constante tedio habría disminuido un tanto. Pero no tuve esa suerte. Con ello no quiero dar a entender que fuera fabulosamente rico. De haber sido así también hubiera tenido la posibilidad de resolver el problema, ya que con toda seguridad el dinero me habría proporcionado gran cantidad de situaciones excitantes: las orgías propias de una existencia marcada por el lujo, las excentricidades ligadas a la vida disipada, o incluso los deportes sangrientos, como en la época de Nerón y los gladiadores, todo ello con el único límite que me impusiera mi riqueza. Pero mi desgracia consistía en no ser ni pobre de solemnidad ni tampoco rico, solo tenía bien cubiertas mis necesidades con el dinero suficiente para asegurarme un modo de vida propio de la clase media.

Si me hallara ante un público corriente, en este momento me explayaría acerca de las torturas que conlleva una vida aburrida. Pero sé que para ustedes, caballeros de la Sociedad de la Cámara Roja, es algo innecesario. Es obvio que la creación de esta sociedad tenía como objetivo desterrar el espectro del tedio que se ha apoderado de ustedes al igual que ha hecho conmigo. Por lo tanto, no me detendré en ese tema y continuaré el relato.

Como ya he apuntado, mantenía una lucha constante que se materializaba en una absorbente pregunta: ¿qué podía hacer para divertirme? En algunas ocasiones le daba vueltas y más vueltas a la idea de convertirme en detective y hallar placer en la búsqueda de criminales. En otros momentos reflexionaba sobre las posibilidades de los experimentos psíquicos, o hasta del erotismo. ¿Qué tal si me dedicaba a hacer películas de contenido obsceno? ¿No sería incluso mejor llevar a cabo producciones teatrales con un reparto de prostitutas y maníacos sexuales? Se me ocurrían otras ideas, como visitar manicomios y prisiones, o, si me daban permiso, asistir a ejecuciones. Pero, por algún motivo, ninguna de aquellas ocurrencias me seducía de verdad. Por decirlo de algún modo, parecían una bebida suave ofrecida a un dipsomaníaco que se moría por ingerir ginebra y absenta, coñac y vodka, todo mezclado en el mismo vaso. Sí, eso es lo que yo necesitaba, un fuerte trago de diversión, de auténtica y vivificante diversión.

De repente, cuando ya me hallaba a punto de arrojar la toalla en la búsqueda de una solución para aquel problema, se me ocurrió una idea…, una terrible idea. Al principio traté de apartarla de mi pensamiento, ya que aquello conducía a mi mente por unos caminos repletos de ciénagas y de trampas. Y yo sabía que si no controlaba mis impulsos me condenaría. Sin embargo, a pesar de todo, aquella idea seguía ejerciendo sobre mí una peculiar fascinación que jamás había experimentado

hasta entonces. Para abreviar, caballeros, se trataba de… ¡un asesinato! Sí, por fin había dado con algo apropiado para una personalidad como la mía, para un hombre dispuesto a todo con tal de obtener una emoción verdadera.

Terminé por convencerme de que mi mente nunca descansaría hasta que no hubiera cometido unos cuantos crímenes, de ahí que pusiera en marcha varios planes diabólicos cuidadosamente elaborados con el único propósito de satisfacer mis ansias de distracción. Y llegados a este punto, ¡permítanme que antes de seguir adelante confiese ante ustedes que he sido el autor de las muertes de casi un centenar de hombres, mujeres y niños! ¡Sí, cerca de cien vidas inocentes sacrificadas en el altar de mi excentricidad!

Quizá hayan llegado ustedes a la conclusión de que ahora estoy arrepentido de los espantosos crímenes que he cometido. Pues bien, sepan que no es así en absoluto. A decir verdad, no siento el menor remordimiento. En realidad sucede todo lo contrario, ¡porque el problema consiste en que carezco de conciencia! Por esa razón, en lugar de verme atormentado por el recuerdo de mis actos, como le ocurriría a cualquier persona normal, hasta he llegado a hartarme del sangriento estímulo que suponía el asesinato. De nuevo me puse a buscar alguna diversión satisfactoria y adquirí el vicio de fumar opio. Poco a poco me convertí en un adicto y en la actualidad no puedo pasarme sin echar mano de mi pipa cada cierto tiempo.

Hasta este momento, caballeros, me he limitado a mencionar las circunstancias de mi pasado: el asesinato, aún no descubierto, de cerca de cien personas. Soy consciente, no obstante, de que el Juez Supremo que dictará la sentencia que merecen todos mis crímenes ya está exigiendo mi presencia ante las puertas de la eternidad para hacerme arder en el fuego del infierno.

Ahora pasaré a relatar los diversos acontecimientos que formaron parte de mi premeditado festival de crímenes. ¡No tengo la más mínima duda de que cuando hayan oído todos los truculentos detalles me considerarán un miembro digno de su sociedad secreta!

Todo comenzó hace tres años. En aquella época, como ya saben, estaba cansado de los pasatiempos habituales y me dedicaba a perder el tiempo haciendo el vago. Una noche de primavera (aunque hacía aún bastante frío, por lo que puede que fuera a finales de febrero o principios de marzo) tuve una extraña experiencia, el incidente que realmente me condujo a poner fin a casi un centenar de vidas.

Había salido hasta tarde, y, si no recuerdo mal, estaba algo borracho. Era más o menos la una de la mañana. Mientras iba paseando con tranquilidad de vuelta a casa, me encontré con un hombre que parecía hallarse en un estado de gran confusión. Me di un buen susto porque casi chocamos, pero daba la impresión de que su temor era todavía mayor que el mío, ya que se paró en seco y se echó a temblar. Instantes después me miró a la cara bajo la tenue iluminación de una farola y, para sorpresa mía, habló de repente:

—¿Vive algún médico por esta zona? —inquirió.

—Sí —respondí de inmediato, y luego le pregunté qué había sucedido.

El hombre explicó a toda prisa que trabajaba como chófer y que acababa de tener un accidente en el que había atropellado y herido a un anciano, al parecer un vagabundo, no muy lejos de allí. Al señalar hacia el lugar del suceso, me di cuenta de que se había producido en el barrio en el que

estaba mi casa.

—Siga a mano izquierda durante un par de manzanas —le indiqué— y verá un edificio con una luz roja también a la izquierda. Es la consulta del Dr. Matsui. Lo mejor es que vaya allí.

Poco después vi al chófer con el hombre gravemente herido a cuestas en dirección a la casa que yo le había dicho. Por algún extraño motivo no dejé de mirar a aquellas dos borrosas figuras hasta que se hubieron desvanecido en la oscuridad. Como pensaba que no era aconsejable inmiscuirse en un asunto de tal naturaleza, regresé a mi piso de soltero y me acosté enseguida en la cama que mi vieja ama de Havo había preparado. Acto seguido, el alcohol que había en mi organismo me sumió en un profundo sueño.

Si hubiera olvidado todo lo relacionado con el accidente mientras estaba dormido, aquella historia se habría terminado esa misma noche. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente me desperté, recordaba hasta el último detalle de ese episodio. Empecé a preguntarme si el hombre atropellado habría sucumbido a la gravedad de las heridas o si habría sobrevivido. Entonces una súbita sacudida se apoderó de mi mente. A causa de algún extraño capricho del cerebro, o quizá por culpa del vino que tenía en el cuerpo. Había cometido un gran error a la hora de indicarle al chófer el camino que debía tomar.

Me quedé de piedra. A pesar de lo borracho que pudiera estar, tenía la convicción de que mi cabeza funcionaba a la perfección. En ese caso, ¿por qué motivo le había dicho al conductor del coche que llevase al hombre inconsciente a la consulta del Dr. Matsui?

—Siga a mano izquierda durante un par de manzanas y verá un edificio con una luz roja también a la izquierda…

Recordaba cada una de las palabras que había pronunciado. ¿Por qué …, por qué no le dije a aquel hombre que fuera hacia la derecha y que al pasar la primera manzana buscara al Dr. Kato, un famoso cirujano? Matsui, el médico que le había recomendado al chófer, era un notorio curandero sin la menor experiencia en el ámbito de la cirugía. Por el contrario, el Dr. Kato tenía una brillante reputación en ese campo. Conocedor como era de todas esas circunstancias, no podía dejar de preguntarme qué me había llevado a cometer un error tan burdo.

Mi preocupación por aquella metedura de pata era cada vez mayor, de modo que pedí a mi anciana ama de llaves que hiciera algunas discretas averiguaciones entre los vecinos. Tras llevar a cabo su misión, supe que había ocurrido lo peor. La labor quirúrgica del Dr. Matsui fue un absoluto fracaso y la víctima del accidente había fallecido sin llegar a recuperar la conciencia. De ser ciertos los rumores que corrían por el vecindario, cuando el hombre malherido llegó a la consulta el Dr. Matsui no informó de su inexperiencia como cirujano. A pesar de todo, si en el último momento hubiera enviado al chófer y al accidentado a casa del Dr. Kato, este aún habría podido salvar a aquel desgraciado.

Al enterarme de todo lo anterior la sangre pareció helárseme en las venas. Me pregunté a quién debía considerarse como auténtico responsable del óbito de ese pobre hombre. El chófer y el Dr. Matsui, sin duda alguna, tenían su parte de culpa. Y si había que castigar a alguien era evidente que los guardianes de la ley terminarían escogiendo al conductor. Y, sin embargo, ¿acaso no era a *mi* a quien de verdad se debía achacar aquella muerte? ¡Si yo no hubiera cometido el error fatal de dar las

señas del médico equivocado, quizá el pobre fallecido seguiría vivo! El chófer no había hecho más que herir a la víctima…, no la había matado en el acto. Y en lo que respecta al Dr. Matsui, su fracaso solo era atribuible a sus escasos conocimientos quirúrgicos, pero a nada más. Sin embargo, yo…, yo era culpable de una negligencia criminal con la que había dictado la sentencia de muerte de un hombre inocente.

No cabía la menor duda de que en un sentido estricto no era culpable, ya que lo único que había hecho era cometer un terrible error. Y, sin embargo, la idea de que había dado unas indicaciones equivocadas de manera *deliberada* no dejaba de rondarme por la cabeza. ¡Ni que decir tiene que en ese caso sería culpable de asesinato! Y, a pesar de todo, aunque el peso de la ley recayera sobre el chófer, yo, el auténtico asesino, ¡quedaría libre de toda sospecha! Además, incluso si llegaran a relacionarme de algún modo con el caso, ¿me enviarían a la horca tras declarar que me había olvidado por completo del Dr. Kato, el cirujano experto, debido al estado de intoxicación etílica en que me hallaba? Todos aquellos pensamientos planteaban un problema fascinante.

Caballeros, ¿han reflexionado ustedes acerca del asesinato tras escuchar estas palabras? Yo, por mi parte, no lo había tenido en consideración hasta pasar por todo lo que les he relatado. Si piensan en ello con calma llegarán a la conclusión de que el mundo es, sin duda, un lugar peligroso. ¿Acaso podría alguno de ustedes saber si alguien como yo le ha enviado al médico equivocado… de manera *intencionada*, con intención *criminal*?

Probaré mi teoría dándoles a conocer otro ejemplo de cómo es posible perpetrar un crimen perfecto sin riesgo alguno de levantar sospechas. Supongamos que un día ven a una anciana mujer de pueblo cruzando una calle del centro de la ciudad, y que está a punto de pasar por encima de los raíles del tranvía. El tráfico, como también es de imaginar, es muy denso a causa de los automóviles, las bicicletas y los carruajes. En tales circunstancias sería lógico pensar que esa mujer está hecha un manojo de nervios, ya que su rústica condición le hace difícil desenvolverse con naturalidad en una gran ciudad. Supongan ahora que en el mismo instante en que pone el pie sobre el raíl el tranvía se dirige a toda velocidad hacia ella. Si la anciana no se da cuenta de ello y sigue cruzando no sucederá nada. Pero da la casualidad de que alguien grita: «¡Cuidado, señora!» ¿cuál sería la lógica reacción de la mujer? No hace falta decir que se daría un gran susto y se detendría para decidir si continuar o volver sobre sus pasos. Es obvio que si el conductor del tranvía no logra frenar a tiempo, esas simples palabras, «¡Cuidado, señora!», serían un arma tan peligrosa como un cuchillo o una pistola. Yo mismo maté a una vieja campesina con este método…, pero sobre eso volveré más adelante.

(Tanaka hizo una pausa y en su enrojecido rostro se dibujó una mueca horrible).

Sí, ¡en un caso así la persona que diera la voz de alarma se convertiría en el auténtico asesino! Sin embargo, ¿quién sospecharía de sus intenciones criminales? ¿Quién podría imaginar que había eliminado de manera deliberada a una completa extraña solo para satisfacer sus ansias de matar? ¿Acaso no interpretaría cualquiera su comportamiento como el propio de un buen ciudadano que solo trataba de evitar que otro ser humano sufriera un accidente? ¡Ni siquiera el muerto tendría motivos para reprocharle nada! En realidad, más bien me inclino a pensar que aquella anciana moriría con una palabra de agradecimiento en sus labios… a pesar de haber sido asesinada.

Caballeros, ¿capean ustedes ahora la belleza de mi argumentación? La mayor parte de la gente

cree que siempre que alguien comete un crimen su destino es ser descubierto y castigado de inmediato. Pocos, muy pocos, parecen darse cuenta de que muchos asesinos pueden quedar impunes simplemente adoptando la táctica adecuada. ¿Van ustedes a negarlo? Como es posible deducir de los dos ejemplos que he mencionado, los métodos para llevar a cabo un crimen perfecto son casi ilimitados. En lo que a mí respecta, sentí una inmensa alegría apenas hube descubierto el secreto. Qué gran generosidad la del Creador, pensé cayendo de lleno en la blasfemia, que nos brindaba tantas posibilidades para perpetrar crímenes sin que jamás salieran a la luz. Sí, estaba loco de contento con aquel hallazgo. No dejaba de repetir «¡Qué maravilla!». ¡Y sabía muy bien que mi teoría, una vez llevada a la práctica, pondría a mi merced las vidas de la mayoría de los seres humanos! En mi cabeza, poco a poco, fue madurando la idea de que en el *asesinato* tenía la clave para resolver el problema de mi aburrimiento perpetuo. No servía cualquier clase de asesinato, me decía yo, ¡debía tratarse de crímenes capaces de despistar al mismísimo Sherlock! ¡El remedio perfecto para el tedio!

Durante los tres años siguientes me dediqué en cuerpo y alma al estudio minucioso de la ciencia del homicidio, tarea que me hizo olvidar muy pronto el aburrimiento que había tenido que soportar hasta entonces. Me veía en el papel de un moderno Borgia. Y como tal me juré a mí mismo que no pararía hasta acabar con la vida de cien personas. Introduciría, no obstante, una variación: en lugar de veneno yo mataría con el arma de la estrategia criminal.

No tardé en dar comienzo a mi carrera de asesino, y hace no más de tres meses alcancé el umbral de las noventa y nueve vidas arrebatadas sin que nadie haya sabido que soy yo el responsable de esas muertes. Para redondear la cifra hasta el número cien solo me queda un asesinato. Pero, hagamos un pequeño paréntesis… ¿Les gustaría saber cómo maté a la víctima número noventa y nueve? No me guiaba, por supuesto, motivo personal alguno para elegir a ninguna de esas personas. Mi único interés residía en el arte del asesinato y nada más. Por consiguiente, ¡jamás utilicé dos veces el mismo método! La técnica variaba siempre, ya que el simple esfuerzo de idear nuevos modos de matar llenaba mi corazón de un infame placer.

Por desgracia no dispongo de tiempo para explicar cada una de las noventa y nueve modalidades de asesinato que he empleado.

Por tanto, me limitaré a citar las cuatro o cinco más destacables de entre todas las que se me ocurrieron.

Mi primera víctima fue un masajista ciego que tuvo la poca fortuna de residir en mi barrio. Como suele suceder con las personas discapacitadas, se trataba de un tipo muy testarudo. Por ejemplo, si alguien tenía el amable detalle de avisarle de algún peligro, él se empeñaba siempre en hacer exactamente lo contrario con una actitud que daba a entender de modo contundente esta idea: «No te rías de mí porque sea ciego. Me las puedo arreglar muy bien sin ti».

Un día iba yo paseando por una calle bastante concurrida cuando vi al obstinado masajista dirigirse hacia donde me encontraba. Conforme a su condición de estúpido engreído, caminaba deprisa por aquella vía, con el bastón sobre el hombro, mientras tarareaba una canción. No muy lejos de allí divisé una profunda zanja excavada por un grupo de obreros que estaban reparando el alcantarillado de la ciudad. Debido a su ceguera, no podía ver la señal de «¡Peligro! ¡Obras!» y

seguía andando directo hacia la zanja sin adoptar ninguna precaución. De pronto se me ocurrió una brillante idea.

—Hola, Sr. Nemoto —grité con aire de familiaridad, ya que había requerido con frecuencia sus servicios como masajista. Acto seguido, antes incluso de que tuviera la oportunidad de devolverme el saludo, le avisé del peligro.

—¡Cuidado! —grité—. ¡Váyase un poco hacia la izquierda!

El tono de voz que empleé, por supuesto, era el que se suele adoptar cuando se quiere gastar una broma.

Tal y como yo había sospechado, el masajista picó en el anzuelo. En lugar de echarse a la izquierda, continuó su camino por donde iba.

—¡Ja, ja, ja! —se rió a carcajadas—. ¡A mí no me engañas!

Dio tres temerarios pasos aún más largos de lo normal hacia la derecha para demostrar que ignoraba mi advertencia de forma deliberada, y un instante después había caído en la zanja cavada por los obreros del alcantarillado.

Nada más ver lo que pasaba corrí hacia el borde de la zanja simulando gran alarma y preocupación. Por dentro, no obstante, me preguntaba si había logrado matarlo. En el fondo de la zanja vi tirado a aquel hombre, hecho un guiñapo y sangrando profusamente por la cabeza. Al fijarme un poco mejor me di cuenta de que también tenía la nariz y la boca cubiertas de sangre, y el rostro había adquirido un tono lívido con ciertos tintes amarillentos muy desagradables. ¡Pobre diablo! ¡Se había mordido la lengua en la caída!

En poco tiempo se reunió una gran multitud, y tras muchos esfuerzos logramos subirlo a la calle. Cuando lo tumbamos en la acera, aunque muy débilmente, todavía respiraba. Alguien corrió a llamar una ambulancia, pero llegó demasiado tarde: el infortunado masajista ya había abandonado este mundo.

El caso es que mi plan había funcionado a la perfección. ¿Y quién iba a sospechar de mí? ¿Acaso no me había llevado siempre bien con aquel hombre, acudiendo con frecuencia a su consulta? Por si eso fuera poco, ¿no había sido yo quien le había indicado que se echara hacia la izquierda en un intento de evitar que cayera en la zanja? Con una trama tan bien pensada, ni al más sagaz de los detectives se le pasaría por la cabeza que mis palabras de «amable advertencia» albergaran en realidad la intención de matar a sangre fría.

¡Oh, qué terrible modo de divertirse! Y aun así, ¡qué feliz era! La alegría que obtenía con cualquier nueva estrategia para asesinar era comparable a la de la inspiración de un artista a la hora de dar con una nueva idea para un cuadro. Y en cuanto al estado de nervios en que me sumía en cada una de las ocasiones, se veía compensado con creces por la desbordante satisfacción que mis éxitos me proporcionaban. Otro horrible aspecto de mi carrera criminal consistía en que siempre volvía a pensar en los diversos escenarios de los asesinatos que yo había creado y, al igual que un vampiro que se relame tras un festín, me regodeaba recordando a las inocentes víctimas de mi crueldad entregando sus preciosas vidas.

Ahora pasaré a relatar un nuevo capítulo de esta serie. Era verano. Acompañado por un viejo amigo mío, a quien ya había elegido como mi próxima víctima, me fui de vacaciones a un remoto

pueblo de pescadores en la provincia de Awa. En la playa no nos encontramos con muchos turistas de la ciudad; la mayoría de los bañistas eran bronceados jóvenes naturales de aquella localidad. De cuando en cuando veíamos por la costa a algunos estudiantes dispersos con cuadernos de dibujo en la mano y fascinados por el paisaje.

Se mirase como se mirase, se trataba de un lugar muy anodino y solitario. Uno de sus mayores inconvenientes era que apenas se veían esas chicas atractivas tan habituales en los destinos turísticos de mayor fama. En lo que respecta a nuestro alojamiento, recordaba a las pensiones más baratas de Tokio; la comida era desagradable, y nada, excepción hecha del pescado fresco y crudo, parecía tener la capacidad de satisfacer nuestro paladar. Sin embargo, daba la sensación de que mi amigo estaba disfrutando de su estancia allí, sin sospechar siquiera que yo lo había llevado hasta aquel lugar con un claro objetivo: asesinarlo.

Un día lo conduje hasta un sitio en el que la línea de costa estaba constituida por altos acantilados, a una distancia notable del pueblo. Me quité la ropa a toda velocidad y grité:

—¡Esto es ideal para tirarse de cabeza!

Después me coloqué de tal manera que pareciese que iba a saltar al agua.

—¡Tienes razón! —contestó mi amigo—. ¡Es un lugar maravilloso para lanzarse al agua!

Y también él comenzó a desnudarse.

Tras permanecer unos instantes sobre el borde del acantilado, extendí los brazos sobre la cabeza y de nuevo grité con todas mis fuerzas.

—¡Uno, dos, tres!

Y acto seguido me sumergí de cabeza en el agua con un limpio movimiento digno de la gracilidad de un cisne. Ahora bien, tan pronto como mi cabeza tocó el agua retorcí el cuerpo hasta formar con él una curva ascendente, logrando así una inmersión de poco más de un metro de profundidad. Seguí nadando un poco más de ese modo antes de salir. Esta técnica de buceo superficial en absoluto era nueva para mí, ya que la había perfeccionado en mis primeros años en el instituto. Finalmente, saqué la cabeza del agua haciendo pie a unos diez metros de la orilla, me sacudí el agua de la cara y animé a mi amigo.

—Vamos —chillé—. Puedes tirarte sin miedo. ¡Es como si no hubiera fondo!

Mi amigo, que no se imaginaba nada extraño, asintió, se situó en el borde del acantilado y se tiró. Penetró en el agua haciendo un intenso ruido al salpicar, pero no volvió a aparecer hasta bastante tiempo después. No hace falta decir que aquello no me sorprendió, porque yo conocía la existencia de una piedra grande y muy irregular a una profundidad de menos de tres metros, aunque de eso era imposible darse cuenta desde arriba. Ya me había ocupado con antelación de inspeccionar la zona y la había considerado perfecta para mis planes.

Puede que ustedes ya sepan que cuanto mejor se tira uno de cabeza, menos profundidad alcanza en el agua. Como experto que era, yo había logrado salir a la superficie sin entrar en contacto con aquella peligrosa roca. Pero mi amigo, un novato, se había sumergido hasta el fondo. El resultado no podía ser distinto al que fue: murió con el cráneo roto.

En efecto, tras esperar un poco más de tiempo, salió a la superficie como un atún muerto meciéndose a merced de las olas. Quise mostrarme como alguien realmente interesado en rescatarlo

y agarré el cuerpo para llevarlo desde el agua hasta la orilla. Luego lo dejé sobre la arena y corrí al pueblo para dar la voz de alarma.

Enseguida conseguí que varios pescadores, casualmente ociosos tras una ajetreada mañana recogiendo sus redes, respondieran a mi llamada de auxilio y me acompañaran a la playa. Pero yo sabía desde el primer momento que a mi amigo ya no le servía ayuda terrenal alguna. Seguía en la orilla, hecho un guiñapo como yo le había dejado, con la cabeza rota como si de una cáscara de huevo se tratara: la verdad es que ofrecía una estampa digna de lástima. Los pescadores negaron con la cabeza nada más verlo.

—No podemos hacer nada —aseguraron—. ¡Ya está muerto!

He sido interrogado por la policía solo dos veces a lo largo de toda mi vida, y aquella fue una de ellas. Debido a mi condición de único testigo del «accidente», era inevitable que lo hicieran. Pero, teniendo en cuenta que era notoria la gran amistad existente entre la víctima y yo, no tardé en quedar al margen de toda sospecha.

—Es más que evidente —afirmaron los confiados agentes de policía—, que ustedes, como tipos de la ciudad que son, no se dieron cuenta de la presencia de esa piedra.

El veredicto del juez de instrucción fue el de «muerte accidental».

Incluso se dio la irónica circunstancia de que los policías que me habían exonerado de toda responsabilidad me ofrecieron sus condolencias.

—Sentimos de verdad la pérdida de su amigo —fueron sus palabras.

Por dentro yo me reía a carcajada limpia.

Bien, como ya he apuntado antes, si tuviera que hablar de todos mis asesinatos uno por uno, me temo que no terminaría nunca. A estas alturas ya sabrán ustedes qué quiero decir con crímenes perfectos. Cada uno de los asesinatos que he llevado a cabo fue el producto de un inteligente y premeditado plan cuyo objetivo era no dejar prueba alguna. En una ocasión me hallaba yo entre los espectadores de un circo y logré captar la atención de una mujer equilibrista que caminaba sobre un alambre situado a gran altura, adoptando una postura en extremo curiosa: la postura era en verdad tan curiosa y obscena que me da vergüenza describirla aquí. La consecuencia, por supuesto, fue que resbaló y se mató en la caída, ya que había querido demostrar su orgullo al andar sobre la cuerda floja sin red de seguridad. Otra vez, en el escenario de un incendio, y con toda la sangre fría del mundo, a una mujer histérica en busca de su hijo le dije que yo lo había visto durmiendo en el interior de la casa. Me creyó sin pestañear y se precipitó hacia las llamas mientras yo la animaba gritando:

—¿No oyes su llanto? ¡Está llorando, llorando para que vayas a buscarlo!

Aquella mujer, por supuesto, murió abrasada. Y lo más irónico de todo fue que el niño había estado desde el principio fuera de peligro en alguna otra parte.

Otro ejemplo de los que puedo ofrecerles es el de una chica a punto de suicidarse saltando a un río. En el momento clave, cuando casi había decidido no hacerlo, grité: «¡Espera!». Fue tal su sorpresa que perdió los nervios y, sin dudarlo más, se lanzó al agua y se ahogó. Es una nueva demostración de que una palabra en apariencia inocente es capaz de poner fin a la vida de una persona.

En fin, como habrán comprobado ustedes, esta clase de historias prácticamente no tiene fin. Por

otro lado, el reloj de la pared me recuerda que se está haciendo tarde, de modo que concluiré mi relato de esta noche contándoles un nuevo crimen del que salí indemne, aunque del que les hablaré a continuación es en realidad un asesinato de masas.

Este caso tuvo lugar la pasada primavera. Quizá hasta recuerden la noticia que apareció en los periódicos por entonces: daba cuenta del descarrilamiento y vuelco de un tren en la línea Tokio-Karuizawa, con la posterior pérdida de un elevado número de vidas. Pues bien, esa catástrofe es a la que me refería.

La verdad es que fue el más sencillo de todos, a pesar de que me llevó mucho tiempo elegir un lugar adecuado para ejecutar mi plan. Desde el primer momento, no obstante, tuve claro que el sitio debería estar en algún punto de la línea férrea que conducía a Karuizawa; esta línea atraviesa una solitaria región montañosa, el escenario idóneo para mi trama, y además se trataba de un recorrido ferroviario en el que ya se habían producido muchos accidentes.

Por fin escogí un barranco próximo a la estación de Kumano-Taira. Allí había un balneario bastante bueno, y me alojé en un hostal de la zona haciéndome pasar por un turista que iba a estar una larga temporada bañándose a diario en aquellas aguas de propiedades medicinales. Esperé el momento oportuno durante unos diez días y entonces creí que ya era hora de actuar. Un día salí a pasear por una cercana senda de montaña.

Después de una hora de camino, llegué a la cima de un alto precipicio situado a varios kilómetros del hostal. Allí me quedé hasta que cayeron las sombras de la noche. Justo debajo del talud, las vías del tren trazaban una cerrada curva. Al otro lado de los raíles se abría un profundo barranco que albergaba entre la bruma una corriente de aguas rápidas.

Instantes más tarde, mi hora cero había llegado. Aunque nadie podía verme, fingí trastabillarme y le di una patada a una gran piedra situada de tal modo que aquel gesto bastó para hacer que rodase hacia el fondo del precipicio, exactamente sobre la vía del tren. Había planeado repetir la operación una y otra vez con otras rocas de haber sido necesario, pero de inmediato supe, entusiasmado, que la piedra había caído sobre uno de los raíles, en el preciso lugar en el que yo quería que lo hiciera.

En media hora tenía que pasar por aquella vía el tren de la capital. En medio de la oscuridad, y con la piedra al salir de la curva, al maquinista le sería imposible reaccionar. Una vez dispuesto el escenario del crimen, me dirigí a toda prisa hacia la estación de Kumano-Taira (sabía que el trayecto me llevaría algo más de media hora), entré como una exhalación en el despacho del jefe de estación y, sin perder un segundo, le solté la noticia:

—¡Ha ocurrido algo terrible!

Todos los empleados del ferrocarril me miraron con preocupación y preguntaron qué había querido decir.

—Soy cliente del balneario —expliqué, con la respiración entrecortada—. Hace un rato estaba dando un paseo junto al precipicio que hay sobre la línea de ferrocarril, a unos seis kilómetros de aquí. Tropecé y sin querer le di una patada a una piedra que cayó sobre las vías. Casi al instante comprendí que si un tren pasaba por allí descarrilaría. Por tanto, traté desesperadamente de encontrar un sendero para bajar y quitar la roca, pero como soy forastero no hallé la forma de descender. Consciente de que no había tiempo que perder, vine hasta aquí lo más rápido que me lo permitían mis

piernas para avisarles. Seguro que ustedes pueden evitar que haya una catástrofe.

Cuando terminé de hablar, el jefe de estación palideció.

—Se trata de un asunto muy grave —reconoció casi sin voz—. El tren de la capital acaba de pasar por esta estación. ¡Ya habrá llegado a ese punto!

Aquello, desde luego, era precisamente lo que yo esperaba oír. De pronto sonó el teléfono, pero antes incluso de que nadie levantara el auricular, yo ya sabía la noticia. Sí, ¡había sucedido lo peor! El tren había descarrilado y dos de los vagones habían volcado.

Tardaron muy poco en llevarme a la comisaría del pueblo para interrogarme. Pero aquella hazaña era el producto de un cálculo largo y minucioso, de modo que tenía preparadas todas las respuestas. Tras las preguntas me dejaron marchar. Me llevé una buena reprimenda, por supuesto, pero ahí quedó todo.

El caso es que con una simple piedra había conseguido terminar con la vida de no menos de diecisiete personas en un solo «accidente».

Caballeros, el número total de asesinatos que he cometido hasta la fecha se eleva a noventa y nueve. En lugar de arrepentirme, sin embargo, solo he llegado a aburrirme con ese festival de sangre. Hoy no tengo más que un deseo: alcanzar la cifra de cien… poniendo fin a mi propia vida.

Sí, bien pueden ustedes fruncir el ceño después de haber oído la relación de mis crueles actos. Ni el propio diablo sería capaz de superar mi infame condición. Y aun así, sigo insistiendo en que mi maldad no es más que la consecuencia del insoportable hastío. He matado…, ¡pero únicamente por el placer de matar! No albergaba malos sentimientos contra ninguna de mis víctimas. Para abreviar, el asesinato ha sido en mi caso una especie de juego. ¿Piensan que estoy loco? ¿Creen acaso que soy un maníaco homicida? Claro que lo piensan. Pero no me importa, porque estoy convencido de hallarme en buena compañía. Ya saben, Dios los cría…

Esta cínica e insultante referencia puso fin a la desagradable historia del narrador, que nos miraba fijamente con sus estrechos ojos inyectados en sangre de un modo harto sospechoso.

De pronto algo comenzó a relucir sobre la superficie de las cortinas de seda próximas a la puerta. Al principio parecía una gran moneda de plata, después adquirió el aspecto de una luna llena tratando de atisbar algo desde detrás de la cortina. Poco a poco reconocí aquel misterioso objeto, una bandeja de plata de gran tamaño en manos de una camarera surgida por arte de magia, como venida de ninguna parte, para servimos algunas bebidas. Durante un fugaz instante creí ver una escena de *Salomé*, en la que la bailarina portaba en una bandeja la cabeza del profeta nada más ser separada del cuerpo. Incluso llegué a pensar que tras la bandeja haría su aparición de entre las cortinas un refulgente sable damasquino, o por lo menos una alabarda china. Mis ojos fueron acostumbrándose a la espectral figura de la camarera y lancé un suspiro de admiración: ¡se trataba de una auténtica belleza! Sin dar explicación alguna, se condujo con gracilidad entre los siete y empezó a servir las bebidas.

Al coger el vaso noté que me temblaba la mano. Qué extraño misterio, pensé. ¿Quién era aquella mujer? ¿Y de dónde había salido? ¿Venía de algún mundo imaginario, o acaso se trataba de una de las

chicas de alterne del restaurante que había abajo?

De repente Tanaka habló, adoptando un tono despreocupado, idéntico al que había empleado para contar su historia…, pero las palabras utilizadas me asustaron.

—¡Ahora voy a dispararte! —amenazó, no sin antes haber sacado un revólver del bolsillo y apuntar con él a la chica.

Un segundo después tuvimos la sensación de que los gritos de sorpresa, la detonación del arma y el desgarrador chillido de la joven quedaban fundidos en un sonido único. Todos nos levantamos como un resorte de nuestros asientos y arremetimos contra aquel loco. Pero acto seguido nos detuvimos de forma súbita. Ante nuestros ojos, allí mismo, estaba la mujer que había recibido el disparo, sana y salva, aunque con los ojos en blanco.

—¡Ja, ja, ja! —se echó a reír de pronto Tanaka con el tono histérico propio de un demente—. No es más que una pistola de juguete, solo de juguete. ¡Ja, ja! Creías que era de verdad, ¿no, Hanako? ¡Ja, ja…!

Yo me preguntaba si el revólver era realmente de juguete. Tenía toda la apariencia de un arma auténtica…, con aquel humo dibujando volutas al salir de la boca del cañón.

—¡Vaya susto que me ha dado! —gritó la camarera. Después trató de reír, pero la voz le salía hueca. Su rostro estaba tan blanco como un pastel de arroz.

Instantes después se dirigió hacia Tanaka con aire dubitativo y pidió examinar el arma. Tanaka accedió y la chica analizó con atención la pistola.

—Oh, lo cierto es que parece de verdad, ¿no? —exclamó—. No tenía ni idea de que fuera un simple juguete.

De pronto se puso a bromear y apuntó a Tanaka con aquel revólver de seis balas diciendo:

—Ahora le disparo yo a usted y quedamos en paz.

Dobló el brazo izquierdo, apoyó el revólver sobre el interior del codo y dirigió el cañón hacia el pecho de Tanaka con una sospechosa sonrisa en los labios.

Tanaka, en lugar de mostrar temor, se limitó a sonreír.

—¡Vamos, dispárame! —ordenó con aire burlón.

—¿Por qué no? —contestó la chica.

¡Pum! De nuevo creímos que la fuerte detonación nos había destrozado los tímpanos.

En esta ocasión, Tanaka se levantó de la silla, se tambaleó al dar un par de pasos, y luego cayó al suelo con un golpe sordo. Al principio nos echamos a reír, aunque pensábamos que la broma ya no tenía mucha gracia. Sin embargo, Tanaka no se incorporaba y seguía tirado en el suelo, absolutamente inmóvil e inerte, y nos volvimos a sentir intranquilos. ¿Se trataba de otro de sus trucos? Era difícil asegurarlo, ya que todo tenía una incomoda apariencia de realidad. No obstante, nos arrodillamos junto a él enseguida, aunque no sabíamos qué hacer con exactitud.

El hombre que había estado sentado a mi lado cogió el candelabro de la mesa y lo sostuvo en alto. Con la luz pudimos ver a Tanaka tirado en el suelo de forma grotesca y con una desagradable mueca en el rostro. Un instante después se confirmaron nuestros peores temores al ver la sangre que manaba del pecho hasta formar un charco en el suelo.

Aquellas señales nos llevaron a deducir que la segunda cámara del revólver, que él había hecho

pasar por un simple juguete, contenía una bala de verdad. Permanecimos largo rato inmóviles y atónitos.

Poco a poco mi mente se puso a reflexionar. ¿Había sido todo aquello parte del plan de Tanaka desde el principio? ¿Realmente había estado intentando cumplir la amenaza de quitarse la vida para que sus víctimas alcanzaran por fin el número de cien? Pero ¿por qué había escogido aquella Cámara Roja como escenario para su acto final? ¿Acaso quería que la camarera apareciese como culpable de su asesinato? En cualquier caso, ella era inocente, ya que cuando disparó contra él no sabía que la pistola era auténtica.

De repente empecé a comprenderlo todo. ¡El recurso favorito de Tanaka! ¡Sí, de eso se trataba! Siguiendo una táctica habitual en sus otros crímenes, se había servido de la camarera para que lo asesinara, aunque al mismo tiempo se aseguraba de que no sería castigada por ello. Era obvio que con nosotros seis como testigos quedaría exculpada. Yo estaba convencido de que aquel razonamiento era el correcto. El «superasesino» había matado por última vez. El resto de los presentes también parecía hallarse sumido en una profunda meditación. Veía con toda claridad que sus pensamientos eran idénticos a los míos.

Sobre el grupo se cernió un silencio estremecedor. En el suelo, la camarera, que de modo involuntario se había convertido en asesina, lloraba como una histérica junto al cuerpo de la víctima. La tragedia acaecida a la luz de las velas de la Cámara Roja parecía, desde cualquier punto de vista, demasiado fantástica para haber tenido lugar en este mundo.

Una súbita y extraña voz ahogó los intensos sollozos de la camarera. Un terrible escalofrío me recorrió la espalda al dirigir la vista hacia Tanaka, y en esta ocasión casi me desmayé. El «muerto», tambaleándose, se estaba poniendo en pie lentamente…

En los tensos segundos que siguieron, el «cadáver» estalló en una sonora carcajada, sujetándose los costados con los brazos como para evitar que el cuerpo se le partiera en dos. Después nos miró y se burló de nosotros:

—¡La verdad es que son ustedes un público la mar de ingenuo!

Apenas había acabado de hablar cuando nos vimos expuestos a una nueva sorpresa. Ahora era la camarera, que había estado sollozando en el suelo, quien se incorporaba y daba rienda suelta a una convulsa risa. Nos frotamos los ojos y automáticamente, como si fuésemos robots, dirigimos nuestra mirada hacia Tanaka.

—¿Qué…, qué ha pasado? —pregunté con timidez—. ¿Es que hemos sufrido todos algún hechizo?

Tanaka ofreció la siguiente respuesta:

—Eche un vistazo a esto.

Aún riendo entre dientes, sacó de la palma de la mano una indescriptible masa rojiza y nos invitó a examinarla.

—Es una pequeña bolsa hecha con la vejiga de una vaca —explicó—. Hace unos momentos contenía salsa de tomate y estaba colocada en el interior de mi camisa. Cuando la chica disparó la bala de fogueo, presioné la bolsa para hacer que sangraba… Y ahora, otra confesión. Toda esa historia que les he contado esta noche no es más que pura invención de principio a fin. Pero deben

ustedes admitir que soy un actor bastante bueno. Ya ven, caballeros, como sabía que eran víctimas del aburrimiento, simplemente trataba de aportarles un poco de emoción…

Cuando Tanaka terminó de descubrir sus trucos, la camarera que había actuado como cómplice apretó de pronto el interruptor de la pared. Sin previo aviso nos vimos inmersos en un potente resplandor, todos hechos una pifia en el centro de la fantástica estancia y mirándonos unos a otros entre parpadeos absurdos. Por primera vez desde que me había unido al grupo fui consciente de lo artificial que parecía todo en nuestra así denominada habitación del misterio. Y en lo que respecta a nosotros, no éramos sino un puñado de idiotas…

Poco después de que Tanaka y la camarera se despidieran tuvimos una sesión extraordinaria. En esta ocasión no se contó historia alguna. En su lugar se tomó la unánime decisión de disolver la sociedad.

Los dos inválidos

TRAS HABERSE dado un baño con agua muy caliente, los dos hombres se relajaron jugando al ajedrez japonés, pero al acabar una larguísima primera partida apartaron el tablero y comenzaron a conversar. La tenue luz invernal templaba aquella estancia de ocho esterillas e iluminaba sus lujosas mamparas de papel. En el enorme brasero de carbón, tallado en madera de paulonia, ante el que ambos hombres se hallaban sentados sobre cojines de seda y con las piernas cruzadas, una tetera de plata silbaba alegre lanzando hacia el ajardinado entorno su apacible melodía, como una nana dedicada a las crías de gorrión que dormitaban en las ramas de los pinos.

Era una tarde de absoluta tranquilidad, monótona, sin ningún acontecimiento, completamente apacible, y la errática conversación de aquellos hombres poco a poco se fue centrando en los recuerdos del pasado. Saito, el invitado, empezó relatando sus desgarradoras experiencias en la batalla de Tsingtao durante la Primera Guerra Mundial. Mientras su voz zumbaba, insistente, con un sonido similar al de los insectos, Ihara, el anfitrión, escuchaba atento y de cuando en cuando se frotaba las manos al calor del brasero. En las breves treguas que se daban en la narración se oía débil y lejano el trinar de un ruiseñor, como un paréntesis musical cuyo propósito fuera el de llenar los silencios.

Cuando hablaba, el rostro terriblemente desfigurado de Saito producía una sensación horrible; y aun así, al avanzar en su apasionante relato lleno de acciones valerosas, aquellos grotescos rasgos se adecuaban a su persona de un modo extraño. De pronto señaló un tic nervioso en el lado derecho de su cara y explicó que se lo había causado la metralla de una granada enemiga.

—Sin embargo —continuó—, este no es mi único recuerdo de aquellos agitados días. ¡Mira! ¡Echa un vistazo al resto de mi armazón!

Con esas palabras se desnudó hasta la cintura y mostró sus viejas cicatrices.

—Y pensar —suspiró poniendo fin a su historia— que en mi juventud era bastante bien parecido y mi corazón bullía con románticas ambiciones… ¡Hoy, por desgracia, todo ha terminado para mí!

Ihara no hizo comentario alguno durante unos instantes. Por el contrario, se llevó la taza de té a los labios dos o tres veces seguidas, mientras que las profundas arrugas de la frente indicaban que se hallaba sumido en sus pensamientos. ¡La batalla de Tsingtao! Ah, qué trágicos y violentos tiempos… ¡Pero él también había quedado, como el otro, incapacitado de por vida, condenado a no caminar erguido nunca más, a no ser amado jamás si no era debido a la compasión! Al compararse con el otro, con su amigo, a Ihara le invadía la envidia. ¡En cierto modo él se había ganado con honor sus cicatrices! En su caso…, el simple recuerdo de su propia historia le producía escalofríos que le recorrían toda la espalda. De pronto alzó la vista y vio los ojos de Saito clavados en los suyos.

—Bien, Ihara —señaló Saito—, ahora te toca a ti. Creo que nunca me has contado tu historia.

Ihara se humedeció los labios con té verde; después se aclaró la garganta.

—Yo casi no lo llamaría historia —comenzó—. Más bien se trata de una confesión. Aunque al lado de tus hazañas me temo que mis palabras te parecerán en extremo aburridas.

—A pesar de todo, insisto en oírlas —pidió Saito con los ojos iluminados por un ávido interés.

Ihara captó el brillo de aquellos ojos y durante un fugaz instante se sintió desconcertado. Imaginó que en algún lugar, en algún momento del pasado, había percibido esa misma mirada, la misma oscilación de las pestañas. Se habían conocido hacía apenas diez días. ¿Fue entonces? ¿O quizá sucedió mucho, mucho tiempo atrás?

Ihara estaba realmente perplejo. En algún recóndito rincón de su mente sospechaba que existía una razón sobrenatural para haber conocido a ese hombre en aquella posada hacía diez días, para haber trabado amistad con él con tanta rapidez. No era capaz de convencerse de que su casual encuentro fuera una mera coincidencia…, de que dos inválidos se juntaran así como así, sin más. Sin embargo, había algo de lo que sí estaba absolutamente seguro: ya conocía a aquel hombre. Pero ¿dónde exactamente…, y en qué circunstancias? Aquella fastidiosa y vaga sensación de que ya se habían visto le resultaba intrigante. Puede que hubieran jugado juntos de niños…, o puede que…

—Sigo esperando tu historia —le recordó de repente Saito.

—Solo trataba de ordenar todos los datos que hay en mi cabeza antes de empezar. Has de tener en cuenta que es la primera vez que voy a contar esta historia a alguien.

Así dio inicio Ihara a su extraño relato, mientras que el otro se inclinaba hacia delante con el gesto propio de quien no está dispuesto a perderse una sola palabra.

Soy (recordó Ihara) el primogénito de un tendero de la localidad de Onuki. Mis padres me consintieron demasiado desde el principio, y creo que por ese motivo desarrollé un carácter tan débil en mi niñez. Mis carencias no tardaron en quedar en evidencia en la escuela primaria, y en poco tiempo me vi dos cursos por detrás de los niños de mi edad. Poco a poco, sin embargo, dio la sensación de que iba superando mi apatía.

Los años pasaron deprisa, y al final entré en la Universidad de Waseda, en Tokio. Con una salud espléndida, y deseoso de sacar adelante los estudios, encontré la vida en la gran ciudad mucho más placentera de lo que había imaginado. Cierto es que tuve que soportar diversas incomodidades al vivir en pensiones baratas, pero me tomaba las vicisitudes cotidianas con buen ánimo en lugar de amargarme por los inconvenientes que conlleva la dura vida de estudiante.

Al recordar ahora aquellos lejanos días me doy cuenta de que en realidad fue la mejor época de mi vida. En cualquier caso, apenas llevaba en Tokio un año cuando tuvo lugar un perturbador incidente.

(Llegado a ese punto, Ihara tuvo un ligero temblor, pero no a causa del frío. Saito dejó caer un cigarrillo todavía a medias al brasero sin perder de vista un solo instante el rostro del narrador).

Una mañana (siguió Ihara) me estaba preparando para ir a clase y un amigo que vivía en la misma pensión entró en mi habitación. Para mi sorpresa, me dio una palmada en el hombro y me felicitó por mi «elocuente discurso de la noche anterior».

Más que intrigado por sus palabras, le pregunté:

—¿Qué quieres decir con mi «elocuente discurso»? ¡No tengo ni idea de lo que estás diciendo!

Mi amigo puso los brazos en jarras y soltó una risotada misteriosa.

—Vamos, no seas tan modesto —me espetó—. ¿Es que no te acuerdas de lo de anoche?

Irrumpiste en mi habitación mucho después de que me fuera a la cama, me despertaste sin miramientos y me enredaste en una complicada conversación. Seguro que lo recuerdas. No creo que estuvieras borracho.

—Debes de estar equivocado —contesté de inmediato—. Por lo que yo sé, anoche ni siquiera me acerqué a tu dormitorio, y menos aún me puse a charlar contigo.

—Oh, deja de tomarme el pelo —respondió el otro—. Sabes perfectamente que viniste a mi habitación anoche para discutir, y que hasta citaste con profusión las ideas de Platón y Aristóteles. De todos modos, no he venido aquí para reprocharte tu conducta, sino para decirte que tu argumentación me impresionó profundamente. De hecho, cuando te fuiste, algunas de tus afirmaciones se mantuvieron durante tanto tiempo en mi mente que ya no pude dormirme de nuevo. Como consecuencia, me puse a leer y después escribí esta postal.

Mi compañero de pensión me puso ante los ojos una postal escrita al tiempo que me preguntaba si acaso podría haberla redactado de no haberle despertado alguien en medio de la noche.

Admití que tenía razón, pero cuando se hubo ido me sentí triste y confundido. La verdad es que se trataba de un hecho inquietante donde los hubiera, ya que, tan cierto como que estoy sentado aquí ahora, vivo y coleando, no tenía el menor recuerdo de haber realizado discurso alguno la noche anterior. Minutos más tarde me dirigí a la universidad, aún presa de una profunda perplejidad.

Estábamos esperando al profesor en la sala de conferencias cuando alguien de pronto me dio unos golpecitos en el hombro. Me di la vuelta y allí vi a mi compañero de pensión.

—¿Por casualidad tienes la costumbre de hablar en sueños? —me preguntó con aire despreocupado. Aquel comentario me desconcertó, porque lo cierto es que en mis tiempos del instituto había tenido ese hábito.

—Antes…, antes me ocurría —me apresuré a responder—, pero ya no. Algunas personas me han dicho que de niño a veces me comportaba de un modo extraño, y que con frecuencia parecía estar en trance. Y mis padres dicen que solía hablar en sueños, y que cuando alguien me seguía la corriente y se ponía a hablar conmigo mientras estaba profundamente dormido, yo contestaba de forma clara y nítida, pero a la mañana siguiente no recordaba nada. No obstante, a nadie pareció preocuparle aquello; incluso el médico a quien consultaron fue rotundo al afirmar que no había ningún motivo para alarmarse. «Es el típico caso del niño que habla en sueños, un ligero toque de sonambulismo», fue su diagnóstico. Por supuesto, aquello se convirtió en la comidilla del barrio, ya que hablar en sueños no es demasiado habitual, pero a medida que me hacía mayor aquellas conversaciones nocturnas fueron cada vez menos frecuentes, hasta que al final pareció que me había curado del todo.

Tras escuchar mi historia, mi compañero observó que quizá hubiera vuelto a las andadas.

—Hablando de sonambulismo —señaló—, ahora recuerdo que anoche estabas un poco raro. Por ejemplo, tenías la cara pálida y la mirada perdida. Las pupilas de tus ojos se habían dilatado, pero acerqué la lámpara y se contrajeron al instante. Además, los ojos se te cerraban parcial o totalmente de cuando en cuando, y solo los abrías de forma muy breve, con un parpadeo, como si estuvieras registrando el entorno en tu mente con una precisión fotográfica.

Aquellas palabras me intranquilizaron todavía más. No sabía muy bien cómo tomarme el término «sonambulismo», ni qué trágicas implicaciones albergaba con exactitud. Por lo que había oído en el

pasado acerca de levantarse en sueños, tenía la idea de que se trataba de un estado en el que el cuerpo se hallaba bajo control del subconsciente. Me puse a pensar qué podría significar aquello para mí y me eché a temblar. Supongamos —decía para mis adentros— que cometiera un crimen durante uno de esos trances…

Dos días después estaba hecho un lío. No podía comer, y, desde luego, era incapaz de dormir por miedo a llevar a cabo algún tipo de acto violento mientras me encontrara en los misteriosos dominios del subconsciente. Comprendí que no volvería a disfrutar de un solo momento de paz a menos que recibiera ayuda médica. Por consiguiente, decidí visitar a un especialista al que conocía.

Cuando acabó de examinarme, aquel doctor me dijo con toda franqueza que yo era sonámbulo.

—Pero no hay por qué asustarse —añadió, con un optimismo que consideré injustificado—. En realidad tu caso no es demasiado grave, siempre y cuando no lo hagas empeorar sometiendo tu mente a tensiones excesivas. Debes relajarte en la medida de lo posible; intenta vivir una vida ordenada, normal y sana, y estoy seguro de que te curarás.

Con esas palabras dio por terminada la consulta, pero yo estaba muy lejos de sentirme tranquilo. Muy al contrario, ahora que ya *sabía* a ciencia cierta que era sonámbulo comencé a preocuparme aún más. Desapareció todo mi interés en los estudios y me dediqué a perder el tiempo tratando de imaginar cuál sería mi destino, deseando con frecuencia no haber nacido.

El tiempo pasaba despacio y cada una de las horas del día era como un siglo de agonía, aunque no eran nada comparadas con las torturas que me esperaban al caer la noche. Tenía tanto miedo de lo desconocido que solo me atrevía a dormir a ratos. Al final, sin embargo, pasó un mes completo sin que tuviera lugar ningún contratiempo y empecé a sentirme algo más seguro.

—Puede que el médico estuviese en lo cierto, después de todo —decía para mis adentros—. Si soy capaz de olvidar las preocupaciones, no tendré problemas.

Estaba casi convencido de que había hecho una montaña de un grano de arena, y de que, en todo caso, eran mis nervios los que me habían jugado una mala pasada, cuando sucedió algo espantoso que una vez más me arrojó a los profundos abismos de la desesperación.

Una mañana, poco después de levantarme, hallé un objeto que no me resultaba familiar, un reloj, sonando a pocos centímetros de mi almohada. Todos los miedos que ya conocía me invadieron de nuevo como enloquecidas olas del océano, y cogí el reloj en mi trémula mano tratando de adivinar a quién podría pertenecer. De pronto, a modo de respuesta al temor que sentía, oí un grito procedente de la habitación contigua.

—¡No encuentro mi reloj! ¡No encuentro mi reloj! —gritaba alguien, e inmediatamente reconocí la voz de otro inquilino de la misma casa, un administrativo empleado en una firma comercial.

—¡Así que por fin ha ocurrido! —concluí para mí—. Tal y como me temía, he terminado cometiendo un delito… sin saberlo.

Sudaba de manera abundante y el corazón me latía a toda velocidad; corrí a la habitación de mi compañero de clase y le pedí ayuda para devolver el reloj, ya que era evidente que se lo había robado al oficinista. Mi amigo estuvo de acuerdo y le dio el reloj a su dueño. Cuando le explicó que yo era sonámbulo, el empleado mostró una gran comprensión y dio el incidente por zanjado y olvidado.

Tras aquel desconcertante caso, no obstante, se corrió enseguida la voz de que yo era un sonámbulo incurable. Sabía que incluso en mi clase los otros estudiantes hablaban de mí a mi espaldas.

Deseaba con toda mi alma curarme de aquella horrible dolencia. Tenía que haber una solución, alguna solución, y estaba decidido a encontrarla sin importarme el sacrificio que pudiera conllevar. A diario leía montones de libros, probaba diversos tipos de ejercicios gimnásticos para mejorar la salud, y consulté a varios médicos. Sin embargo, mi estado, lejos de progresar, iba de mal en peor.

Al principio los ataques me llegaban solo una o dos veces al mes, ataques en los que mi subconsciente era dueño y señor de todo lo que hacía. Y siempre me enteraba de lo que había sucedido al ver lo que me había llevado o lo que me había dejado en algún lugar poco habitual. Si al menos esas pruebas de mis andanzas nocturnas no hubieran existido, pensaba yo, la situación no habría sido tan grave. Aunque, por otro lado, si no dejaba ningún rastro, ¿cómo sabría qué clase de felonía había cometido de forma inconsciente?

Una noche me alejé de mi pensión alrededor de la medianoche y empecé a vagar por los alrededores del cementerio de un templo del barrio. Se produjo la coincidencia de que uno de los oficinistas que se alojaba en la misma casa que yo regresaba de una fiesta a altas horas de la noche. Y cuando caminaba por la calle situada junto al cementerio percibió mi silueta que se movía silenciosa al otro lado de la valla de escasa altura. No tardó en divulgar la noticia de que había un fantasma en los terrenos de la iglesia. Más adelante, al descubrirse que *yo* era el «fantasma», pasé a ser el hazmerreír de todo el vecindario.

Pero, como bien puedes imaginar, para mí no era cosa de risa. Al revés, se trataba de una horrible tragedia de la que ya no parecía tener escapatoria. En lo que se refiere a las noches, esos tranquilos momentos de oscuridad y calma que anuncian el descanso para cualquier ser humano normal, para mí no significaban más que una cosa: miedo. Al final me vi en un estado mental de tal naturaleza que llegué a temer la misma palabra «noche»… y todo lo que tenía relación con el ritual del sueño.

Entretanto, yo seguía escarbando más y más en los entresijos de la mente humana. Me preguntaba sin cesar qué extraño mecanismo lleva a alguien a conducirse de una forma tan fuera de lo normal. Me sentía agradecido porque, a pesar de toda mi angustia, hasta ese momento no había llevado a cabo ningún delito grave. Pero no podía dejar de pensar qué sucedería si llegara a convertirme en responsable de alguna tragedia fatal. Según los abundantes libros acerca del sonambulismo que había acumulado y leído con la devoción más intensa, había crímenes horrendos perpetrados por sonámbulos. Por tanto, ¿acaso no era posible que yo también pudiera llevar a cabo una acción tan violenta como lo era un asesinato?

Una vez atrapado en la tela de araña de aquellos pensamientos, no fui capaz de contenerme por más tiempo. Tras decidir que lo mejor sería abandonar mis estudios y regresar a casa, escribí una carta a mis padres donde explicaba todas las circunstancias y les pedía consejo… Y fue mientras esperaba impaciente la respuesta cuando tuvo lugar la catástrofe que más había temido…

Durante todo este tiempo, Saito había permanecido sentado e inmóvil encima de su cojín cuadrado sin perderse una sola palabra, como hipnotizado. Afuera el sol comenzaba a ocultarse, y, tras la desaparición del bullicio causado por las celebraciones de Año Nuevo en aquel conocido balneario de aguas termales, la absoluta quietud no parecía presagiar nada bueno.

Ihara aprovechó aquella breve interrupción para mirar fijamente a Saito en un intento por captar la reacción del otro ante su relato, y al mismo tiempo trataba de recordar a qué rostro, conocido en otro lugar y en otro tiempo, se parecía el de su interlocutor… Como no logró acordarse, decidió retomar el hilo de su narración:

Como iba diciendo, el momento más estremecedor de mi vida se produjo en el otoño de 1907…, hace mucho tiempo, en cualquier caso. Sin embargo, tengo presente cada detalle como si hubiese sucedido ayer.

Una mañana, de repente, vi interrumpido mi agitado sueño por culpa de un fuerte ruido en la casa. Muy asustado, me levanté de la cama a toda prisa. ¿Había tenido otro ataque durante la noche?, fue la primera pregunta que me vino a la cabeza. De haber sido así, ¿qué había hecho? Mientras rogaba en silencio que no fuese nada grave, eché un rápido vistazo por el dormitorio y, de pronto, en la parte interior de la puerta de mi habitación vi un bulto misterioso envuelto en alguna clase de tela.

En circunstancias normales hubiera examinado el contenido de aquel paquete desconocido, pero en este caso concreto el miedo y los malos presentimientos ejercían tal influencia sobre mí que me impedían actuar con racionalidad. Por lo tanto, en lugar de satisfacer siquiera mi curiosidad, agarré el bulto y lo arrojé al interior del armario. Después miré a mi alrededor con aire furtivo, como un ladrón, y solo cuando estuve seguro de que nadie me había visto dejé escapar un suspiro de alivio. En ese preciso instante alguien llamó a la puerta y, al abrirla, me encontré con un compañero de pensión de pie en el estrecho pasillo, con la cara pálida como una sábana.

—Verás, Ihara —saludó temblando—, ¡ha pasado algo terrible! El viejo Murata, el encargado, ha sido asesinado. Todo el mundo cree que ha sido obra de algún ladrón, pero será mejor que vengas a reunirte con los demás. Han llamado a la policía, ¡y no tardarán en llegar!

Puedes hacerte una idea de cómo me sentí al oír aquella trágica noticia. El corazón me dejó de latir, la lengua se me pegó al paladar, y me resultaba imposible decir ni una palabra. Como en una pesadilla, seguí a mi compañero hasta el escenario de la tragedia.

La espantosa visión con que se coparon mis ojos allí casi hizo que me desmayara. Incluso hoy, después de veinte largos años, aún puedo ver la desquiciada y penetrante mirada del viejo encargado de la pensión, muerto, clavada en mis ojos… como una silenciosa acusación.

(Ihara hizo una nueva pausa y con la manga del quimono se secó las gotas de sudor que salpicaban su frente).

Sí (continuó con un escalofrío), puedo recordar con nitidez hasta el último detalle. Gracias a la excitada conversación que los demás tenían en la estancia, logré enterarme de lo que sin duda alguna

había ocurrido. Al parecer, la noche de la tragedia el viejo encargado de la pensión había dormido solo en su habitación. A la mañana siguiente, una de las asistentas consideró extraño que aún no se hubiera levantado, ya que siempre era el primero en hacerlo, de modo que fue a despertarlo y entonces se encontró con el macabro hallazgo. Cuando lo encontraron, el viejo Murara yacía de espaldas, estrangulado mientras dormía con la bufanda de franela que no se quitaba ni en la cama.

La policía llegó enseguida al escenario del crimen. La búsqueda de pruebas les llevó a descubrir que habían desaparecido varios objetos pertenecientes al muerto, como por ejemplo las llaves que siempre guardaba en su monedero, además de una gran fortuna en otros depositados en calidad de fianza por los huéspedes y que se habían esfumado junto con la caja en la que estaban a buen recaudo. Asimismo, las investigaciones posteriores demostraron que la puerta principal no se había cerrado con llave, ya que el fallecido esperaba que su mujer y su hijo llegaran tarde. Por consiguiente, entrar en la casa había resultado muy fácil para el asesino o los asesinos. En cuanto a las pistas halladas *in situ*, no había más que un pañuelo usado que los agentes de policía se llevaron para una inspección minuciosa en el laboratorio.

Mientras tanto, yo había tenido ya bastante en lo que se refiere al escenario del crimen y no deseaba ver nada más, de modo que me retiré a mi habitación sin que nadie se diera cuenta. Cerré la puerta con llave y mi primer pensamiento fue para el armario donde había escondido el misterioso bulto.

—¿Qué hay dentro? —me pregunté horrorizado—. ¿Estaré ante eso que llaman un cadáver oculto en el armario?

Antes incluso de sacar el bulto y ver su contenido ya sabía lo que me iba a encontrar. En el interior del paquete estaban las desaparecidas fianzas de la víctima.

Poco después me detenía la policía. Aunque no hubiera existido la prueba de las fianzas robadas que los agentes descubrieron en mis manos, mi culpabilidad parecía obvia: el pañuelo hallado en la escena del crimen era mío.

Los días siguientes fueron como una pesadilla. Me encerraron en una celda y me interrogaron sin cesar durante horas y horas. Al final trajeron a un especialista en cuestiones mentales (creo que era un psiquiatra), y, después de solicitar su opinión de experto, la policía también llamó a declarar a varios huéspedes de la pensión. Muchos de los que mejor me conocían afirmaron que, por lo que ellos sabían, yo procedía de una familia respetable y que no podían imaginar que me hubiera convertido en un asesino despiadado solo por obtener dinero. Otros juraron que era sonámbulo, y acto seguido citaron diversos ejemplos en los que, aseguraban, había mostrado un comportamiento anómalo, aunque sin conciencia aparente de mis actos.

Otro de los testigos citados fue mi padre, que vino de casa única y exclusivamente para salvarme de la horca. Recuerdo que contrató a tres abogados para mi defensa.

También actuaron como testigos a mi favor Kimura, mi amigo, el que primero se dio cuenta de que era sonámbulo, y varios de mis compañeros de clase. Mi corazón aún se conmueve de gratitud hacia aquellas leales amistades que no ahorraron esfuerzos a la hora de defenderme.

Como era de esperar en un caso tan complejo, el juicio que por fin se celebró se fue alargando cada vez más en medio de una enconada lucha entre la acusación y la defensa. Por suerte para mí, sin

embargo, el testimonio de muchos de los testigos favorables a mi causa fue tan convincente que al final el veredicto fue el de *no culpable*.

Pero se equivocan ustedes de cabo a rabo si piensan por un solo instante que con este veredicto mi espíritu recuperó la paz. Lo cierto es que, a pesar de haber sido declarado inocente, el asesinato seguía sin resolverse. ¿Quién lo había hecho? En el interior de mi torturada mente una voz no dejaba de repetir:

—¡Eres un asesino! ¡Eres un demonio! ¡Has burlado a la soga de la horca, pero no puedes escapar a tu propia conciencia!

En cuanto me dejaron en libertad, me fui a casa de mi padre y poco después caí gravemente enfermo. Si la dolencia hubiera sido de carácter físico, no me cabe duda de que habría tenido una pronta recuperación. Pero esto era algo distinto: una enfermedad mental, con connotaciones de tipo místico, para la que no parecía existir un remedio conocido. Por fin, a los seis meses, conseguí levantarme de la cama, pero en todo momento supe, al igual que mi familia, que había dejado de ser una persona corriente. En realidad era un hombre sin alma…, un tullido mental destinado a vivir el resto de su vida en la angustia y el sufrimiento. Así llegó a su fin mi vida normal.

Poco después mi hermano menor sucedió a mi padre en calidad de cabeza de familia, mientras yo seguía viviendo como un parásito, siempre a expensas del esfuerzo, la compasión y los recursos de los demás. Veinte miserables años han pasado lentamente en estas circunstancias…, y ahora soy la monstruosidad que tienes ante ti, de apariencia normal por fuera, pero un espantoso lisiado por dentro. En comparación con la fealdad de mi estructura mental, Sr. Saito, de tus rasgos físicos se puede decir, sin lugar a dudas, que son bellos.

El rostro del narrador dibujó una sonrisa y repitió:

—Sí, amigo mío, eres bello. Comparado conmigo, ¡tú eres bello!

Consciente de la ironía de su propia afirmación, Ihara se echó a reír con una estremecedora carcajada. Instantes después, sin embargo, se tranquilizó y acercó los utensilios para el té hasta donde estaba sentado.

—Perdóname —se disculpó al percibir el ceño fruncido del otro—. No me reía de ti; nadie excepto yo es capaz de captar el humor que alberga la historia de mi vida.

Saito se aclaró la garganta.

—Una trágica historia, sin duda —señaló—. Es extraño cuánto puede uno equivocarse con la primera impresión. Desde la primera vez que te vi, te tomé por alguien a quien solo le importa darse la gran vida. Pero, dime una cosa. ¿Todavía eres sonámbulo? ¿Aún caminas en sueños y…, esto…, cometes crímenes?

Ihara volvió a sonreír.

—Aunque parezca mentira —respondió—, desde que el anciano fue asesinado no he vuelto a tener otro ataque. Según la opinión de diferentes médicos, mis «nervios de sonámbulo» tuvieron que quedar paralizados debido a la impresión sufrida en la pensión. ¿Comprendes ahora por qué me reía de mí mismo hace un momento? ¿Te das cuenta de qué clase de cómica figura he compuesto en estos

últimos veinte años, aterrorizado por algo que no iba a volver a suceder?

Ihara empezó a reírse una vez más, pero Saito lo interrumpió al instante.

—Un momento —advirtió—. Es acerca de ese amigo tuyo de la pensión, el que has llamado Kimura. Fue el primero en llamar la atención sobre tu sonambulismo, ¿no es así?

Ihara asintió.

—Sí, fue el primero en caer en la cuenta —contestó—. Pero también están los demás: el hombre que juró que le habían robado el reloj, y después el que dio la noticia de que me había visto merodeando como un fantasma por el cementerio.

—Pero ¿estos casos fueron los únicos que te hicieron pensar que eras sonámbulo? —preguntó Saito, cuyos ojos entrecerrados emitían un intenso fulgor—. ¿No hubo ningún otro incidente?

—Sí, muchos —respondió Ihara—. Una vez, otro huésped de la pensión afirmó que había oído pasos a altas horas de la noche por el pasillo, mientras que otro me acusaba de querer entrar por la fuerza en su habitación… Pero ¿a qué vienen estas preguntas? ¿Adónde quieres ir a parar?

La risa de Saito sonó forzada.

—Perdóname —se disculpó adoptando un tono más suave—. No trataba de someterte a un interrogatorio. El problema es que no puedo creer que un hombre tan inteligente como tú sea capaz de realizar determinadas acciones sin ser consciente de ello. Sí, ya lo sé, lo catalogamos como sonambulismo. Pero eso tampoco me convence. Ya sabes que la gente con algún tipo de deformidad y que vive al margen del mundo, como en mi caso, suele ser muy escéptica, por eso me resulta difícil admitir todo lo que rodea a este asunto. ¿Cómo saben los sonámbulos lo que hacen cuando se levantan? Solo pueden creer lo que los demás les cuentan. Hasta los médicos, acerca de un caso como el que nos ocupa, no saben más que aquello que otros les dicen. Si no les informan de lo que se supone que ha hecho el enfermo, les resulta imposible diagnosticarle sonambulismo. Y quizá yo no sea más que un estúpido desconfiado, un escéptico de nacimiento dispuesto incluso a poner en duda que el mundo sea redondo, pero hay algo que quiero preguntarte: ¿estás seguro, total y absolutamente seguro, de que era cierto que *andabas* dormido? Si no lo estás, ¿no piensas que has sido algo crédulo e ingenuo al tragarte con tanta facilidad lo que los demás te contaban?

Al oír estas palabras, Ihara comenzó a inquietarse y una desagradable sensación apareció de repente en el fondo de su estómago. La cuestión, en realidad, no era lo que el otro había dicho, sino el tono que había empleado. Se fijó de nuevo en la sombría expresión de su interlocutor y, una vez más, Ihara tuvo la sensación de que aquella fea máscara ya la había visto antes en alguna parte. Sin embargo, contestó:

—Al principio no lo creía, la verdad. Pero, poco a poco, a medida que aquellos ataques se fueron haciendo más frecuentes…

Saito interrumpió otra vez.

—Por favor, cíñete a los hechos —señaló con dureza—. ¿Cómo…, *cómo* sabías que tus ataques se iban haciendo más frecuentes?

—Porque era lo que me decían… —Ihara se calló de repente. Sí, el otro tenía razón. Con respecto a lo que había hecho, lo único que tenía era la palabra de los demás.

Saito aprovechó enseguida la ventaja que le ofrecía la duda de su amigo.

—¿Lo ves? —se regodeó con su triunfo—. ¡En ningún momento estuviste seguro! Siempre te veías obligado a creer en lo que otro te contaba…, ¡ese amigo al que has llamado Kimura, por ejemplo!

—Sí, pero también hubo otros —intervino Ihara—. El oficinista que me descubrió en el cementerio, el hombre que perdió el reloj, el que me vio entrar en su habitación… Además, ¿qué me dices de la gran cantidad de pistas que iba dejando tras de mí? No olvides que siempre que me daba un ataque me dejaba algo o me llevaba algún objeto. ¡Y está claro que las cosas no se mueven solas!

—Eso es lo más sospechoso de todo —insistió Saito—. Hasta un imbécil sabe que es fácil cambiar las cosas de sitio y ponerlas aquí o allí si con ello se logra algún beneficio. Y en lo que respecta a todos tus testigos, ninguno de ellos me inspira la menor confianza. Piensa, por ejemplo, en el hombre que te encontró merodeando por el cementerio. Después de oír una y otra vez que eras sonámbulo, ¿no le hubiera resultado fácil identificarte como el «fantasma», tanto si lo eras como si no? Y lo mismo sucede con los demás. Te digo, amigo mío, que, con todo lo que me has contado, me inclino a creer que has sido la víctima de un astuto engaño pergeñado por alguien que te utilizaba en su propio beneficio. ¡Incluso te puedo decir quién es el culpable! No es otro que *Kimura*, ¡ese que siempre se hacía pasar por tu amigo!

—¿Kimura? —preguntó un asombrado Ihara.

—El mismo —aseguró el otro con gran convicción—. Ahora escúchame. Imaginemos que Kimura le guarda un gran rencor al encargado de la pensión y quiere matarlo. Como todos los criminales, sin embargo, teme que lo atrapen. En ese caso, por lógica, ¿cuál sería su primer paso? Buscar un chivo expiatorio, por supuesto, algún pobre y tonto inocente sobre quien recaigan todas las sospechas. En tales circunstancias, ¿no crees que le hubiera parecido adecuado escogerte a ti, un tipo crédulo y de carácter débil, para desempeñar ese papel tan importante? Una vez que lo hubiera decidido, el resto era sencillo. Después de hacerte admitir que habías sido sonámbulo de pequeño, comenzó a tejer su red de un modo minucioso. En primer lugar reavivó en ti la habitual aprensión que siempre habías albergado acerca de tu estado mental. Después robó pequeños objetos, como el reloj que has mencionado, y los colocó en tu dormitorio mientras dormías. También se disfrazó de ti y se dedicó a vagar por los alrededores del cementerio. Finalmente, una vez bien preparado el plan, y con todo el mundo al cabo de la calle de tu «sonambulismo» , asesinó al viejo, puso uno de tus pañuelos en el lugar del crimen y, al mismo tiempo, dejó las fianzas del anciano en tu habitación… Ahí tienes toda la historia desde otro punto de vista, un punto de vista que seguro nunca has tenido en cuenta, aunque, no obstante, ¡muy bien pudiera haber sucedido todo así!

Tras oír aquella desconcertante teoría, a Ihara comenzó a temblarle todo el cuerpo.

—Pero…, pero ¿qué hay de la conciencia de Kimura? —soltó indignado—. ¿Qué hubiera pasado si me declaran culpable de asesinato y me condenan a la horca? ¿Habría permitido que ejecutaran a un hombre inocente por el crimen que había sido obra suya?

Saito dejó escapar una extraña risita.

—En eso tienes parte de razón —admitió—, pero mi teoría también posee explicación para ello. ¿Puedes imaginar siquiera por un instante que condenen a un sonámbulo por un crimen que él no sabe que ha cometido? Quizá hubiera sido posible en la Edad Media, pero no en nuestros días. No, amigo

mío, Kimura sabía muy bien que te absolverían, ¡y por ese motivo no le preocupabas!

Después de haber expuesto su teoría de este modo, Saito hizo una breve pausa y miró fijamente a su compañero. Luego prosiguió con un tono de voz distinto.

—Perdóname, Sr. Ihara, por haber insinuado todas estas posibilidades —se disculpó—. Solo he hecho referencia a ellas porque tu confesión me ha conmovido en gran medida. Si sigues creyendo que de verdad mataste a un hombre estando en trance, no hay nada que yo pueda hacer para que cambies de opinión. Sin embargo, espero que la teoría que acabo de esbozar ayude a mitigar de ahora en adelante la angustia a la que se ve sometida tu mente.

Ihara oía aquellas palabras de consuelo, pero sus pensamientos se hallaban en otra parte.

—¿Por qué? —musitó—. ¿Por qué mató Kimura al anciano? ¿Qué motivo tendría para hacerlo? ¿Por venganza? ¡Sólo *él* puede explicarlo!

Alzó la vista lentamente y sus ojos se clavaron en los de su interlocutor. Saito, por el contrario, miraba al suelo. Las sombras del invierno comenzaban a tomar con suavidad el follaje del jardín, y de repente el ex soldado lisiado sintió un escalofrío.

—Vuelve a hacer frío —señaló, incorporándose con gesto intranquilo—. Voy a darme otro baño.

En silencio y a hurtadillas, procurando evitar aún la penetrante mirada del otro, salió de la estancia como un animal que trata de pasar desapercibido.

A solas consigo mismo, Ihara seguía con la mirada fija en la puerta que terminaba de atravesar su compañero, los ojos inyectados en sangre a causa de la ira mientras agarraba con fuerza los palillos de acero del brasero y removía con ellos las cenizas. Tras un largo rato se serenó un tanto el adusto gesto de su rostro que, al final, se vio reemplazado por la amarga sonrisa que dibujó su boca.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Tenía que haber sabido desde el primer momento que era Kimura!

El viajero con el cuadro de las figuras de tela[5]

SI ESTA historia que estoy a punto de contar no fue un sueño o una serie de alucinaciones, entonces aquel viajero del cuadro de las figuras de tela tenía que estar loco. O incluso puede que, en realidad, mis ojos captaran por un instante un rincón de otro mundo, como a través de un cristal mágico, del mismo modo que un sueño suele transportarnos a los dominios de lo sobrenatural, como un demente ve y oye cosas que nosotros, los cuerdos, somos del todo incapaces de percibir.

Un día cálido y nublado de un pasado remoto me dirigía a mi casa de regreso de un viaje turístico a Uotsu, esa ciudad del mar del Japón famosa por sus espejismos. Siempre que cuento esta historia, quienes me conocen suelen contradecirme, asegurando que jamás he puesto mis pies en Uotsu. Esta circunstancia me sume de forma invariable en un gran dilema, ya que no poseo la menor prueba de haber estado realmente allí, y entonces empiezo a preguntarme si, después de todo, aquello no sería más que un sueño.

Pero, si no fue más que eso, ¿cómo explicar los vívidos colores que era capaz de distinguir en el «sueño»? Es un lugar común, como reconocerán todos los que sueñan, que las escenas que aparecen en el subconsciente carecen por completo de color y se muestran de un modo similar al de los destellos de una película en blanco y negro. Sin embargo, la escena en el interior del vagón del tren regresa nítida hasta mi mente incluso en este preciso instante, sobre todo el estridente cuadro de telas de colores chillones, púrpura y rojo carmesí, con aquellos oscuros y penetrantes ojos de serpiente que poseían las dos figuras representadas en él.

Muy poco antes había presenciado un espejismo por primera vez en mi vida. En un principio esperaba que un espejismo fuera algo semejante a una pintura antigua. Quizá un hermoso palacio que flotara majestuoso en un mar de niebla, pero la visión de un espejismo de verdad me dejó, cuando menos, desconcertado. Allí, en Uotsu, bajo las retorcidas ramas de los viejos pinos alineados junto a la playa argentina, un nutrido grupo de turistas, entre los que me encontraba yo, miraba atento el mar y el ancho cielo. Jamás el mar había ofrecido una sensación tan sobrenatural de vacío. Era de un inquietante gris lleno de malos augurios, sin una sola ondulación, con un aspecto que más bien recordaba al de un pantano infinito.

Yo tenía la vista fija en el punto más lejano que me permitían los ojos. Me di cuenta de que la línea del horizonte no existía, de que cielo y mar se fundían en una densa bruma gris. Y sobre esa bruma de pronto surgió, fantasmagórico, un enorme e imponente lienzo blanco que se deslizaba suave y sereno.

En lo que al espejismo como tal se refiere, daba la impresión de que hubieran vertido unas gotas de tinta china sobre la superficie de una película blanca como la leche, para después realizar una proyección de enormes dimensiones con el cielo en calidad de pantalla. Los bosques de la lejana península de Noto aparecían aumentados en una imagen a un tiempo vaga y gigantesca, como gusanos negros a través de la lente mal enfocada de un microscopio. En ocasiones también adquiría el aspecto de una nube de extraña forma. Pero la posición de una nube auténtica se distingue con claridad, mientras que en este caso descubrí que la distancia entre el espejismo y el observador era,

curiosamente, imposible de calcular. Esta incertidumbre con respecto a la distancia confería al espejismo una sensación incluso más misteriosa de lo que jamás había imaginado.

De cuando en cuando el espejismo adquiría la forma de un horrible ogro flotando en el cielo lejano; apenas un instante después cobraba otra monstruosa e indefinida apariencia que se alzaba a escasos centímetros de mi rostro. En otros momentos era como un punto gigante y negro situado exactamente delante de mis ojos. Acto seguido empezaba a crecer poco a poco un trémulo triángulo de colosales dimensiones; luego, de pronto, este también desaparecía sin previo aviso. De nuevo volvía a surgir la misma masa indescriptible a toda velocidad, esta vez estirándose en un plano horizontal y corriendo como si fuera un tren. Pero, una vez más, aquella forma se dispersaba antes de que pudiera quedar bien enfocada, y terminaba convertida en algo semejante a una hilera de abetos.

Y aun así, a pesar de todas estas transformaciones, cada una de las transiciones mencionadas era tan sutil y tan gradual que se hacía imperceptible. Puede que el poder mágico de ese espejismo nos hubiera hechizado a todos. De haber sido así, quizá yo seguía sometido a esa misma fuerza asombrosa mientras viajaba en el tren de regreso a casa. Tras haber permanecido durante dos horas seguidas sin apartar la vista de las misteriosas escenas que se proyectaban en el cielo, debo admitir que al abandonar Uotsu para volver al hogar me hallaba en un estado mental bastante peculiar.

Eran las seis en punto de la tarde cuando cogí el tren con destino a Tokio en la estación de Uotsu. Por alguna extraña razón (¿o acaso era algo habitual en esa línea férrea?) el vagón de segunda clase donde me encontraba estaba casi tan vacío como una iglesia después de misa. Al subir no vi más que a un pasajero solitario cómodamente acurrucado al fondo.

El tren ganó el túnel enseguida en medio de los monótonos resoplidos de la locomotora, que arrastraba su pesada carga a lo largo del deshabitado litoral para después rugir y silbar al iniciar la ascensión. Envuelto por la bruma de un mar de aspecto pantanoso, el fulgor carmesí del crepúsculo se hacía apenas perceptible en aquellos momentos. Un velero blanco de un tamaño asombrosamente grande se deslizaba con suavidad entre la neblina. La noche era sofocante y el aire parecía carente de oxígeno: incluso la brisa que de vez en cuando se colaba en el vagón a través de la ventana abierta era débil, muy tenue. Veía pasar, como una sucesión de resplandores, breves túneles e hileras de postes de madera erigidos como fogonazos de nieve, dando así la sensación de que el escenario del mar y del cielo jugaba al escondite conmigo.

Al tiempo que el tren dejaba atrás con gran estruendo el barranco de Oyashirazu, el anochecer se cernía sobre nosotros. En ese preciso instante, el otro pasajero del vagón en penumbra se desperezó en su rincón y se puso de pie. Lo observé sin ningún propósito en particular. Y lo vi extender sobre su asiento un lienzo grande de satén negro, de los que se utilizan para envolver. Con él comenzó a cubrir un objeto plano, de un tamaño aproximado de noventa por sesenta centímetros, que hasta ese momento había estado apoyado en la ventanilla. Por alguna razón, los movimientos de aquel hombre me causaron una sensación escalofriante.

El objeto plano, que me pareció una especie de tablero, había tenido hasta entonces la parte delantera contra el cristal de la ventana, y empecé a preguntarme por qué. Ahora, al mover el el objeto, pude ver de forma fugaz el frontal y supe que se trataba de una pintura hecha con telas de colores chillones, de una rara viveza, distinta a los ejemplos al uso de esa modalidad artística menor.

Me picó la curiosidad y me fijé con mayor atención en el dueño de aquel extraño objeto; me llevé una gran sorpresa al comprobar que su aspecto era incluso más extraño. Delgado y de largas piernas, vestía un amplio abrigo pasado de moda con solapas estrechas y hombreras caídas, así como pantalones ceñidos igualmente anticuados. A primera vista se trataba de una figura un tanto cómica. Pero, después de mirarlo durante un rato, comencé a darme cuenta de que aquel atuendo de otra época era, de un modo misterioso, el adecuado para él.

Tenía un rostro fino y pálido cuyos rasgos indicaban bien a las claras que aquel hombre poseía una inteligencia por encima de la media. Pero lo que más me impresionó fueron sus ojos, que parecían brillar con una luz fuera de lo común. Deduje por su cabello negro y lustroso, peinado con una nítida raya en medio, que rondaba los cuarenta años de edad. Pero no tardé en añadir veinte años al descubrir las numerosas arrugas que surcaban su cara. De hecho, quizá fuera esa completa disparidad entre el pelo moreno y brillante, y los abundantes pliegues de su rostro, lo que tanto me inquietaba.

Al terminar de envolver la placa, de pronto dirigió la vista hacia donde yo me hallaba. Me pilló por sorpresa y no tuve tiempo para desviar la mirada, de modo que nuestros ojos se encontraron. Hice un ligero movimiento de cabeza para responder al saludo que me dedicó acompañado de una tímida sonrisa.

Mientras el tren pasaba con su atronador ruido por dos estaciones más, regresamos a nuestros asientos, situados en extremos opuestos del vagón, y de cuando en cuando nos observábamos fugazmente el uno al otro para apartar la vista al instante, azorados siempre que nuestras miradas coincidían.

Afuera estaba ya bastante oscuro. Apoyé la cara contra el cristal de la ventanilla para mirar, pero no vi más que la titilante luz solitaria de un barco de pesca en alta mar. Era como si a través de la infinita oscuridad nuestro largo y sombrío vagón fuera el único mundo existente, un mundo que avanzaba sobre sus ruedas chirriantes sin variar la velocidad, en medio de un intenso fragor y con mi peculiar compañero y yo como las únicas criaturas vivas. No había subido ningún pasajero al vagón de segunda clase, y, es extraño recordarlo, ni siquiera el revisor o algún otro empleado habían hecho acto de presencia.

Mientras contemplaba al desconocido del extremo opuesto, me empezaron a venir a la cabeza extraños pensamientos. Por un instante me pareció un hechicero pagano y extranjero, y poco a poco un terrible miedo fue invadiendo mi corazón. Cuando no hay ninguna distracción para mitigarlo, el miedo es una emoción cuya intensidad crece sin remedio. Al final no pude aguantar más aquel suspense y me levanté para dirigirme hacia el desconocido caminando por el pasillo. Daba la sensación de que era el propio temor que me causaba lo que me arrastraba hasta él.

Llegué a su asiento, me senté en el de enfrente y, con los ojos medio cerrados, escruté su arrugado rostro. Me encontraba al borde de la asfixia, ya que casi no era capaz de respirar.

Todo ese tiempo había sido plenamente consciente de que aquel hombre me había estado observando desde el instante en que abandoné mi asiento. Y luego, de pronto, antes de que yo pudiera recobrar el aliento, habló con una voz seca.

—¿Es esto lo que quiere ver? —preguntó, haciendo con la cabeza un gesto despreocupado en

dirección al paquete de forma plana que estaba junto a él.

La pregunta fue tan sorprendente que me dejó totalmente sin habla. El tono de su voz había sido muy natural…, tan natural que, en realidad, no tuve capacidad de reacción.

—Estoy seguro de que se muere de curiosidad por verlo —señaló de nuevo, provocándome un sobresalto que me hizo volver a la realidad.

—Sí…, sí, si usted me lo permite —balbucí, poniéndome colorado.

—Sería un gran placer —replicó el anciano con una sonrisa irresistible. Después añadió:

—Llevaba un rato esperando que me lo pidiera.

Desenvolvió cuidadosamente el enorme lienzo con sus largos dedos y sostuvo el tablero delante de la ventana, esta vez con el frontal hacia mí.

Cerré los ojos sin darme cuenta, aunque no podría decir cuál fue el motivo. Simplemente creía que debía hacerlo. Pero finalmente, con un esfuerzo supremo, me obligué a abrirlos y, por primera vez, vi… ¡aquello!

No era más que un tablero de madera normal y corriente cuya superficie contenía una pintoresca escena. Mostraba una serie de estancias con el suelo cubierto por esterillas de paja color verde pálido, y el techo, de diversas tonalidades, daba la impresión de extenderse en la distancia, como el telón de fondo típico del teatro Kabuki[6]. A la izquierda, en primer plano, había un ventanal clásico realizado a base de enérgicas pinceladas, y detrás se veía un escritorio bajo y negro que parecía por completo fuera de lugar.

Este decorado albergaba dos figuras, cada una de treinta centímetros de altura y en un relieve muy marcado, que habían sido recortadas de alguna tela y pegadas en la superficie del tablero. Una de ellas era un anciano de cabello blanco ataviado con un desgastado traje de terciopelo negro y de un obsoleto corte al estilo europeo; estaba sentado en el suelo con una actitud muy rígida. Y, lo que era más curioso, aquella figura poseía una extraordinaria semejanza con el viejo que tenía a mi lado. Sin perder un segundo examiné la otra silueta, la de una chica de una belleza impactante que tendría unos diecisiete años. Llevaba un peinado clásico y su quimono de manga larga e intrincado diseño combinaba el rojo carmesí con otras tonalidades en artística disposición, todo ello sujeto mediante una magnífica cinta de satén negro. Su postura transmitía una delicada pasión, ya que estaba apoyada levemente sobre el regazo del anciano, como en las típicas escenas amorosas del teatro japonés.

En agudo contraste con la crudeza del decorado, la elaboración de los muñecos de tela pegados en el tablero era asombrosa. Los rostros eran de seda blanca y sus arrugas poseían un realismo sobrenatural. En lo que al pelo de la chica se refiere, era auténtico, fijado cabello a cabello tras una compleja labor que sugería gran habilidad. Asimismo, el pelo del anciano no era menos real. En cuanto a su ropa, comprobé que hasta las costuras se habían realizado a conciencia. También estaban allí los botones, pequeños como semillas de mijo.

Además percibí el volumen de los pechos de la chica, el cautivador contorno de sus muslos, el tejido escarlata de la ropa interior que se veía bajo el quimono, la natural y carnosa textura de su blanca piel, las uñas semejantes a conchas… De hecho, todo era tan perfecto y parecía tan vivo que incluso llegué a pensar que, de haber seguido aquel minucioso análisis por medio de una lupa, hubiera podido ver sus poros y su vello aterciopelado.

El propio tablero parecía muy viejo; los tintes del fondo se veían muy atenuados en diversas áreas, y la vestimenta de la pareja estaba descolorida. Al margen de aquellos defectos, no obstante, el aspecto tan misteriosamente real de ambas figuras hacía pensar que en cualquier momento podrían cobrar vida.

En el teatro clásico de títeres he experimentado con frecuencia la sensación de que una de las marionetas, manipulada por un genuino maestro de esa modalidad artística, adquiría vida durante unos instantes. Sin embargo, aquellas dos figuras de tela del tablero no albergaban una capacidad vital simplemente pasajera, sino permanente.

Estaba tan asombrado que casi había olvidado al anciano que tenía al lado. Pero, de repente, se le escapó una socarrona y gozosa carcajada.

—¿Ahora comprende usted la verdad, buen hombre?

Tras realizar aquel críptico comentario, cogió la cartera de cuero negro que llevaba colgada del hombro mediante una correa, y procedió a abrirla sin prisa con una pequeña llave. Luego sacó unos viejos prismáticos y me los acercó.

—Mire por aquí —propuso.

Ya estaba tendiendo la mano para hacerme con los anteojos, cuando de pronto se detuvo.

—No, no, está usted demasiado cerca. Dé unos pasos hacia atrás… Ahí, eso está mejor.

Aunque se trataba de una invitación un tanto extraña, me vi atrapado por una intensa curiosidad. Los prismáticos tenían una forma bastante rara, la funda de cuero estaba desgastada por el paso del tiempo y por el uso, y en algunas zonas asomaba la capa metálica que había debajo. Al igual que la ropa de su propietario, los anteojos eran, en gran medida, una pieza de museo.

Cogí los prismáticos y me los llevé con calma a los ojos. Pero el viejo gritó súbitamente con tanta fuerza que casi se me cayeron al suelo.

—¡No, no, no! ¡Espere, espere! ¡Los tiene al revés! —chilló fuera de sí—. ¡No…, no se le ocurra hacer eso nunca más!

Sorprendido por aquella protesta y por la desquiciada luz que salía de sus ojos, bajé los anteojos y musité una rápida disculpa, aunque juro por lo más sagrado que no tenía ni idea de por qué se había disgustado tanto.

Alcé los prismáticos de nuevo, esta vez del modo adecuado. Empecé a ajustar las lentes y poco a poco se fue formando la imagen sorprendentemente grande de la chica del tablero: el lustre de su piel era absolutamente natural y todo su cuerpo parecía dotado de algún tipo de movimiento.

Dentro del campo de visión de aquellos decimonónicos prismáticos que sostenía en mis trémulas manos existía otro mundo ajeno por completo al mío. Y en ese territorio vivía la hermosa joven que, de forma incongruente, disfrutaba de una conversación con el anciano del pelo blanco que sin duda alguna podría ser su abuelo.

«¡Esto tiene que ser cosa de brujas!» pensé casi sin darme cuenta, a modo de advertencia. Pero, al igual que una persona sumida en un trance hipnótico, me resultaba imposible desviar la mirada.

A pesar de que la chica se hallaba absolutamente inmóvil, daba la sensación de que su apariencia general había sufrido una transformación total. Ahora parecía una criatura distinta, desde cualquier perspectiva, a la que yo había contemplado a simple vista. Sin embargo, fueran cuales fueran los

cambios que se hubieran operado en ella, habían sido para bien. Ahora podría pensarse que un estremecimiento de vida recorría todo su cuerpo. Su pálido rostro había pasado a ser sonrosado. Y en cuanto a sus pechos…, en ese momento daban la impresión de agitarse de verdad bajo el fino quimono de seda.

Tras haberme regalado la vista con cada centímetro de su delicioso cuerpo exquisitamente moldeado, dirigí los prismáticos hacia el feliz anciano de cabellos blancos en quien se apoyaba la chica. Él también parecía cobrar vida dentro de los dominios de los anteojos. Al contemplar la escena, estupefacto e incapaz de pronunciar una palabra, tuve la sensación de que él trataba de abrazar a aquella mujer que, comparada con sus venerables años, no era más que una niña. Pero al mismo tiempo percibí otra expresión en su rostro surcado de arrugas: una terrible mezcla de dolor y desesperación.

En ese preciso instante empecé a imaginar que había caído en las garras de una terrorífica pesadilla, y gracias a un esfuerzo descomunal logré bajar los prismáticos y miré a mi alrededor. Pero nada había cambiado. Allí seguía yo, de pie en medio del vagón mal iluminado, con el cuadro de los muñecos de tela pegados en el tablero y el viejo, además de la oscuridad del exterior, ocupando todo mi campo de visión, y el mismo estruendo de las ruedas del tren vibrando monótono en mis oídos.

—Está usted terriblemente pálido —señaló mi extraño acompañante con los ojos clavados en mi persona.

—¿Acaso podría ser de otro modo…, después de lo que acabo de ver? —repliqué nervioso—. Por un momento creí que me había vuelto loco.

Hizo caso omiso de mis palabras y siguió observándome con atención, de manera que intenté ocultar mi incomodidad mediante una obviedad.

—Aquí dentro se ve todo muy de cerca, ¿no cree? —mascullé. Pero este absurdo comentario también cayó en saco roto. Él se inclinó hacia delante, aproximó su cara a la mía y, frotándose con fuerza los largos y huesudos dedos, habló con un débil susurro.

—*Estaban vivos*, ¿no es cierto?

Antes de darme cuenta de lo que hacía, asentí moviendo la cabeza. Aquel reconocimiento pareció proporcionarle una gran satisfacción.

—¿Le gustaría escuchar la historia de esas dos personas? —preguntó de repente.

—¿Su…, su historia, dice usted? —solté sin pensar, incapaz de interpretar el significado de aquellas palabras.

—Sí, su historia. Eso es lo que he dicho —repitió sin variar el tono—. Sobre todo la del viejo del pelo blanco.

—Pero…, es que no lo comprendo —empecé a decir, pellizcándome para asegurarme de que estaba despierto, y notando con claridad el daño que me hacía—. ¿Quiere decir…, quiere decir… su historia… desde que era joven?

—Exacto —respondió con rotundidad, al tiempo que sonreía de un modo enigmático—. Desde el día en que cumplió veinticinco años.

Y al oír esas palabras descubrí que deseaba con todas mis fuerzas que me contara la historia de principio a fin.

—Pues no espere más y dígame lo que sucedió —le pedí impaciente, sentándome sobre el borde de mi asiento—. No omita ni un solo detalle.

Acto seguido, el anciano volvió a sonreír y se puso a relatarme la siguiente historia:

—Lo recuerdo todo con absoluta nitidez —comenzó—, ¡incluso el día en que mi hermano mayor se convirtió en *eso*!

Hizo un gesto en dirección al tablero.

—Fue la tarde del veintisiete de abril de mil ochocientos noventa y cinco… Pero empecemos por el principio.

»Mi hermano y yo éramos hijos de un mercero que vivía en el distrito de Nihonbashi, en el centro de Tokio. Estoy hablando de una época cercana a la de la construcción, en el parque de Asakusa, de la torre de doce plantas conocida como Junikai, que, hasta que fue destruida por el Gran Terremoto, era la gran maravilla arquitectónica que cautivaba a todos los visitantes de provincias llegados a la capital. Mi hermano solía ir casi todos los días a ver la torre, ya que poseía una enorme curiosidad y le gustaba todo lo que procedía del extranjero. Estos prismáticos (sí, los que usted ha utilizado) no son más que un ejemplo de esa peculiar manía suya. Los compró en una pequeña tienda de objetos curiosos en el barrio chino de Yokohama. Recuerdo que mi hermano me contó que habían pertenecido al capitán de algún barco foráneo, y que había pagado una suma considerable por ellos.

Cada vez que decía «mi hermano», aquel anciano miraba o señalaba al viejo del cuadro de las figuras de tela, como queriendo hacer hincapié en su presencia en el mismo. No tardé en comprender que identificaba los recuerdos de su hermano real con el anciano del pelo blanco del cuadro, y en consecuencia hablaba como si también el cuadro estuviera vivo y atento a su relato. Lo más extraño de todo es que eso no me causaba sorpresa alguna. Estoy casi seguro de que en aquellos momentos los dos vivíamos en algún raro territorio que escapaba a las leyes de la naturaleza.

—¿Ha subido usted alguna vez al Junikai? —zumbó la voz del viejo—. ¿No? Qué lástima. Debo decir que no se trataba de un edificio al uso. Solía preguntarme qué clase de brujo lo había construido. Se decía que el diseño correspondía a un arquitecto italiano.

»He de explicar que, por aquella época, había incluso más espectáculos que ahora en el parque de Asakusa. En casi todos sus rincones podía verse una atracción tras otra. Por citar solo algunas de ellas, mencionaré al Hombre Araña, un espectáculo de danza con espadas realizado por un grupo de jovencitas, un conocido animador de circo que llevaba a cabo su número favorito, un baile sobre una pelota, y también cosmoramas en abundancia. Además estaba el Laberinto Misterioso, donde uno podía perderse con facilidad entre un montón de caminos distintos delimitados por hileras de biombos unidos entre sí.

»Y finalmente, por supuesto, estaba la torre hecha de ladrillo, que se alzaba bruscamente en el centro del distrito. Tenía setenta vertiginosos metros de altura (casi la mitad de una manzana de edificios) y su cima octagonal poseía la forma de una gorra china. Uno podía ver el Junikai desde casi cualquier lugar de Tokio donde se hallara.

»En la primavera de mil ochocientos noventa y cinco, poco después de comprar los prismáticos, algo extraño le sucedió a mi hermano. Mi padre llegó a pensar que se había vuelto loco y estaba muy

preocupado por él. En lo que a mí se refiere, también quería a mi hermano con todo mi corazón y no podía evitar una intensa sensación de desconcierto a causa de su desacostumbrado comportamiento. Mi hermano se mantuvo durante días y días sin comer, apenas hablaba con su familia, y la mayor parte del tiempo que estaba en casa lo pasaba encerrado en su dormitorio.

»Poco después empezó a adelgazar a marchas forzadas, mientras que su rostro palidecía de un modo terrible, y, por contraste, solo los ojos le brillaban con fuerza. Sin embargo, todos los días estaba fuera desde mediodía hasta el anochecer, como si tuviera un trabajo fijo en una oficina. Y siempre que le preguntaban adónde iba cerraba la boca y se negaba a responder.

»También mi madre estaba preocupada por sus extraños hábitos e intentó por todos los medios sonsacarle la razón de su bajo estado de ánimo, pero no sirvió de nada. Aquella situación se prolongó durante más o menos un mes.

»Al final era tan grande mi deseo por saber a qué lugar iba todos los días que una vez lo seguí en secreto. Aquel día estaba nublado y el ambiente era bochornoso, al igual que hoy. Tal y como era ya su costumbre, mi hermano salió de casa poco después de mediodía vestido con su elegante traje de terciopelo negro y sus valiosos prismáticos al hombro.

»Lo seguí a una distancia prudencial y lo vi caminar a toda prisa por la senda que llevaba a la parada del tranvía de caballos de Nihonbashi. Luego se subió al que iba en dirección a Asakusa. Como pasaban con muy poca frecuencia, me resultó imposible seguirlo en el siguiente. Sin perder un instante, paré una de esas calesas de dos ruedas tiradas por un hombre.

—¡Rápido! ¡Siga a ese coche! —ordené.

»El hombre de la calesa demostró tener muy buenas piernas y gracias a él no perdimos de vista el coche de caballos. Al llegar al parque de Asakusa, vi bajarse a mi hermano. Pagué mi trayecto y continué a pie tras él. Y ¿hasta dónde piensa usted que llegó? Pues hasta el templo de Kwannon, en el parque de Asakusa.

»Sin saber que alguien lo estaba siguiendo, mi hermano se abrió paso entre la muchedumbre a lo largo de las rojas fachadas de las tiendas alineadas a ambos lados de la calle, dejó atrás el edificio principal del templo, luego avanzó entre una multitud todavía mayor que se agolpaba alrededor de las casetas de la parte de atrás, y por fin llegó al Junikai.

»Se dirigió con determinación hacia la puerta de piedra, pagó la entrada y desapareció en el interior de la torre. Ni que decir tiene que yo estaba completamente atónito, ya que ni se me había pasado por la cabeza que mi hermano hubiera estado viniendo a ese lugar tan conocido día tras día. Debido a mi juventud (aún era un adolescente por entonces), incluso llegué a pensar que mi hermano podía estar bajo el influjo de algún espíritu maligno que habitara en la torre.

»En lo que a mí se refiere, solo había subido una vez, con mi padre, y nunca había vuelto allí, y lo cierto es que no me hacía demasiada gracia entrar de nuevo. Pero, una vez que mi hermano se había aventurado en su interior, no tenía más remedio que seguir sus pasos y ascender por las oscuras escaleras de piedra, procurando mantenerme a distancia para que no me viera. Las ventanas eran pequeñas y los muros de ladrillo poseían un grosor considerable, de modo que dentro el ambiente era fresco, igual que en una cueva. De una de las paredes colgaban varios óleos de aire macabro y tema bélico: eran los tiempos de la Guerra Chino-Japonesa.

»La lúgubre escalera iba ganando altura, como los surcos en espiral del caparazón de un caracol. En la cima de la torre había una terraza con una barandilla a lo largo de todo su perímetro. Cuando por fin llegué a la terraza, me vi deslumbrado por una súbita claridad, ya que el tortuoso pasadizo que conducía hasta allí era largo y oscuro. Las nubes estaban suspendidas muy cerca de mí, muy bajas, tan bajas, de hecho, que pensaba que las tocaría con solo alzar las manos.

»Miré a mi alrededor y vi todos los tejados de Tokio en una confusa mezcolanza, mientras que a lo lejos, hacia el horizonte, se distinguía con claridad la bahía que lleva el nombre de la ciudad. Justo debajo de mí el templo de Kwannon parecía una casa de muñecas, al igual que las numerosas casetas. Y daba la impresión de que la gente solo tenía cabezas y pies.

»Cerca del lugar en que me encontraba se apiñaban unos diez espectadores más con el objeto de disfrutar de las vistas. Mi hermano se había apartado del grupo y contemplaba ensimismado el complejo del parque de Asakusa con los prismáticos. Mientras lo observaba de espaldas a mí, noté que su ropa de terciopelo negro contrastaba de forma muy acusada con el gris de las nubes. Recordaba tanto a las figuras de los óleos occidentales, piadosas y austeras, que por un instante dudé incluso si llamar su atención, aunque sabía muy bien que se trataba de mi hermano.

»Pero me acordé de la misión que me había llevado allí y no pude permanecer más tiempo en silencio. Me acerqué a él y sin perder un segundo le pregunté:

»—¿Qué estás mirando, hermano?

»Dio un respingo y se giró con un gesto de profundo fastidio en la cara.

»—Tu forma de comportarte en los últimos tiempos tiene muy angustiados a nuestros padres —continué—. Todos nos preguntábamos adónde ibas todos los días. Pero ahora ya lo sé. Vienes aquí. Aunque, ¿por qué, hermano? ¿Por qué? Por lo que más quieras, tienes que decírmelo. Puedes confiar en mí, ¿no?

»Le supliqué una y otra vez que me lo contara.

»Al principio no quiso hablar del asunto, pero insistí tanto en lograr una explicación que al final cedió. Sin embargo, tras obtenerla me quedé más desconcertado que antes, ya que lo que me dijo era imposible de entender.

»Según me contó, un día, hacía más o menos un mes, estaba mirando desde lo alto del Junikai con los prismáticos hacia el templo de Kwannon cuando, de pronto, capeó el rostro de una chica entre la multitud. Era tan bella, explicó, de una belleza tan asombrosa, que se enamoró perdidamente de ella. Aquel repentino encaprichamiento era para él algo nuevo, ya que hasta entonces se había mostrado bastante indiferente a los encantos femeninos.

»Pero la sorpresa y la emoción del hallazgo le habían hecho mover los prismáticos con demasiada brusquedad. Desesperado, volvió a enfocar las lentes; sin embargo, el rostro ya había desaparecido, y por más que miró no fue capaz de encontrarlo de nuevo.

»A partir de entonces mi hermano no conoció un instante de paz: el hermoso rostro de la joven lo perseguía hasta en sueños. Y, claro está, aquella triste y vana esperanza de volver a ver a la chica en la zona del templo era lo que estaba consumiendo a mi hermano, sin permitirle siquiera pensar o comer…, y también era la fuerza que le empujaba a subir día tras día al Junikai con los prismáticos para buscar entre el mar de rostros que quedaba a sus pies.

»Una vez finalizada su confesión, mi hermano volvió a sus prismáticos y una vez más se sumió en el frenesí de aquella imperecedera esperanza. Al verlo en aquel estado, sentí una enorme lástima por él. No era más que un hombre buscando una aguja en un pajar.

»Desde mi punto de vista, aquella búsqueda era por completo inútil, pero no me atreví a desilusionarle. Con las lágrimas cayendo por mis mejillas, seguí allí contemplando aquella patética figura.

»Tras unos instantes empecé a ser consciente de la belleza de las vistas que tenía ante mis ojos. La delgada silueta de mi hermano se recortaba nítida contra las nubes que pasaban por encima, dando la impresión de que su cuerpo flotaba en el aire.

»De pronto, un montón de globos de colores, unos azules, otros verdes, rojos, púrpuras, y de más alegres tonalidades, surcaron el aire formando una fantástica escena. Me apoyé rápidamente en la barandilla y, al mirar hacia abajo, comprobé que aquel extraño fenómeno no había sido producto de mi imaginación. Lo que había pasado era que un vendedor de globos de colores se había tropezado sobre su puesto de venta, dejando escapar todo el material que tenía allí dispuesto.

»En ese preciso momento, mi hermano interrumpió la ensoñación con una voz trémula por la emoción.

»—¡Ven…! ¡Tenemos que darnos prisa o será demasiado tarde! —gritó a pleno pulmón, agarrando mi mano con un gesto brusco.

»Mientras corría tras él escaleras abajo para salir de la torre, le pedí que me explicara lo que pasaba.

»—¡La chica! ¡La chica! —gritó—. ¡La he encontrado!

»Tras salir a la calle, volvió a cogerme de la mano y me arrastró con él en dirección al templo.

»—Mi búsqueda ha terminado —aseguró jadeante en plena carrera—. La he visto… sentada en una gran habitación alfombrada con esterillas de paja. Ahora sé que puedo encontrarla. ¡Debo encontrarla! ¡Debo hacerlo!

»Mientras seguíamos nuestra apresurada marcha, mi hermano me explicó que ahora había que buscar el monumento en forma de pino de gran altura que había visto con los prismáticos, y que estaba en algún lugar por detrás del templo de Kwannon.

»—Y cerca de él —balbució, excitado— hay una casa. ¡Allí está ella…, allí…!

»No tardamos en localizar el pino en cuestión, pero mi hermano sufrió una enorme decepción al no encontrar en sus alrededores nada semejante ni por lo más remoto a una vivienda. Aunque yo estaba convencido de que mi hermano era víctima de alguna ilusión óptica, me puse a buscar algún rastro de la chica en las casas de té de la zona, ya que sentía una lástima sincera y auténtica por mi hermano enfermo de amor.

»Creo que mi labor de búsqueda hizo que me alejara de él, porque cuando unos instantes más tarde me di la vuelta ya lo había perdido de vista. Mientras regresaba a toda prisa al pino, pasé por casualidad junto una hilera de puestos entre los que había un cosmorama al aire libre. Y entonces dejé de correr de repente, ya que allí vi a mi hermano mirando con gran atención por una de las mirillas.

»—¿Qué estás mirando? —pregunté de pronto, llamando su atención con unos golpecitos en el

hombro.

»Jamás olvidaré la extraña expresión de su cara cuando se giró. Tenía los ojos vidriosos y parecía dirigir la vista hacia algún punto perdido en la lejanía. Su voz poseía un tono claramente irreal.

»—Hermano —suspiró—, la chica… está dentro.

»Comprendí de inmediato el significado de aquella afirmación y miré por el agujero que me había señalado.

»En cuanto pegué los ojos al orificio, ante ellos surgió la limpia imagen de un atractivo rostro. Al instante reconocí los rasgos de Yaoya-Oshichi, una famosa heroína inmortalizada en una tragedia romántica del teatro clásico Kabuki.

»Poco a poco, a medida que mis ojos fueron enfocando mejor la imagen, fui capaz de observar todo el decorado del cosmorama. El cuadro, pues eso es lo que era, representaba a la atractiva y joven Oshichi apoyada con gesto cariñoso en el regazo de su amante, Kichiza, en una sala de invitados del templo de Kichijo. Al estudiar con mayor detalle a la pareja descubrí que no eran sino los dos personajes principales de un cuadro de figuras de tela. Pero la gran maestría de aquella obra me sobrecogió.

»Oshichi, sobre todo, era una obra de arte que transmitía la sensación de auténtica vida hasta en el último de los detalles. No me sorprendió, por lo tanto, oír el comentario que hizo mi hermano detrás de mí:

»—Ya sé que la chica solo es una figura de tela pegada a un tablero cualquiera, ¡pero no soy capaz de abandonarla! ¡Oh, si al menos pudiera ser como su amante del cuadro, Kichiza, y hablar con ella!

»Mi hermano seguía allí inmóvil, petrificado, fuera de la realidad. Enseguida comprendí que tuvo que haber visto el cuadro del cosmorama desde lo alto del Junikai, a través de la parte superior de la caseta sin tejado.

»Ya había oscurecido bastante y la gente comenzaba a marcharse. Delante del cosmorama solo quedaban dos niños, que no parecían tener demasiadas ganas de irse. Sin embargo, al final, también abandonaron el lugar.

»Había estado nublado desde mediodía y ahora amenazaba lluvia. Llegó a mis oídos el débil y distante sonido de un trueno, y los relámpagos iluminaban a ráfagas el cielo plomizo. Pero mi hermano permanecía allí, inmóvil, con la mirada fija…, fija en la lejanía…

»La oscuridad descendió con rapidez como un velo negro. En las proximidades percibí la brillante iluminación de una lámpara de gas sobre un cartel que anunciaba un espectáculo de baile.

»De pronto, mi hermano recuperó el sentido de la realidad y me agarró del brazo.

»—Tengo una idea —exclamó—. Mira, ¡sujeta estos prismáticos al revés y mírame por las lentes más grandes!

»Esta petición me pareció, cuando menos, extraña.

»—Pero ¿por qué? —protesté.

»—¡Eso no importa! ¡Solo haz lo que te digo! —replicó gritando.

»Aquello no me resultaba nada agradable, de modo que cogí los anteojos a regañadientes. Que yo

recuerde, siempre había sentido cierta aversión a los instrumentos ópticos. Por algún misterioso motivo, me parecían algo maléfico: los prismáticos, capaces de empequeñecer y alejar los objetos, o de acercarlos de forma asombrosa; el microscopio, que podía aumentar un pequeño gusano hasta hacer que pareciera un monstruo gigantesco. Pero no tenía elección y accedí con gran recelo al deseo de mi hermano.

»Al mirar a mi hermano con los prismáticos al revés, lo vi reducido a un tamaño de sesenta centímetros escasos y me dio la sensación de que se hallaba a unos seis metros de distancia. Seguí mirando y poco a poco se fue haciendo más pequeño. Al poco tiempo no medía más de treinta centímetros. Pero no me preocupé, ya que pensaba que simplemente se estaba alejando de mí, que caminaba hacia atrás.

»De repente, sin embargo, di un violento respingo al ver que su figura comenzaba a flotar en el aire. Y entonces ¡sorpresa! se desvaneció en la oscuridad.

»Imagínese el susto que me di. Bajé los prismáticos y empecé a correr en círculos chillando:

»—¡Hermano! ¡Hermano! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

»Pero todos mis esfuerzos por encontrarlo fueron en vano.

»Y de este modo por completo inesperado y extraño, amigo mío, mi hermano abandonó para siempre este mundo.

»Desde entonces los prismáticos me han parecido un instrumento terrorífico. Sobre todo tengo miedo de estos. Aunque pueda parecer simple superstición, siempre he tenido la sensación de que una súbita desgracia recaería sobre quienquiera que mirase a través de estas lentes puestas del revés. Ahora quizá comprenda por qué lo detuve con tanta brusquedad cuando hace unos instantes los colocó usted en esa posición.

»Volvamos a mi historia: pronto me cansé de buscar y regresé al cosmorama. De pronto se me ocurrió una idea que surgió en mi mente como si fuera un rayo.

»Me pregunté con un escalofrío si cabía la posibilidad de que mi hermano se hubiera empequeñecido a propósito, mediante la magia negra de los malignos prismáticos, con el objeto de unirse a la chica de su corazón en el cuadro de las figuras de tela.

»Sacudido por aquel pensamiento, llamé al dueño de la caseta y le pedí que me dejara mirar de nuevo la imagen del templo de Kichijo. En efecto, en cuanto vi el cuadro de las figuras de tela a la luz de una lámpara de aceite, me di cuenta de que mis peores temores se habían hecho realidad. Y es que allí, en aquel fantástico decorado, en lugar de Kichiza, se hallaba sentado mi hermano abrazando apasionadamente a la hermosa Oshichi.

»Es extraño, pero no sentí ni tristeza ni remordimiento. Por el contrario, me invadió una gran felicidad al saber que mi hermano había llevado a cabo por fin aquel deseo anhelado desde hacía tanto tiempo.

»Conseguí que el propietario del cosmorama me vendiera el cuadro (no sé cómo no se dio cuenta de que mi hermano, vestido con un traje de corte occidental, había usurpado el papel de Kichiza), y me di prisa en volver a casa y contar la historia a mi familia. Por supuesto, nadie me creyó, ni siquiera mi madre. Todos pensaban que me había vuelto loco de remate.

En el final de su relato, el anciano empezó a reírse entre dientes. Y, por alguna razón

inexplicable, yo también, sonreía.

—Nunca logré convencerles —continuó de repente— de la posibilidad de que un hombre se convirtiera en una figura de tela en un cuadro. Pero el hecho verídico de que mi hermano se hubiera desvanecido de la faz de la tierra prueba que tal cosa es posible.

»Mi padre, por ejemplo, sigue pensando que mi hermano huyó de casa. Y en cuanto a mi madre, al final conseguí que me prestara el dinero para comprar el tablero que albergaría el valioso cuadro de figuras de tela. Poco después hice un viaje a Hakone y a Kamakura con el cuadro, ya que no estaba dispuesto a que mi querido hermano se quedara sin luna de miel.

»Ahora entenderá usted por qué siempre que viajo en tren apoyo el cuadro en la ventanilla: quiero que él y su amante puedan disfrutar del paisaje.

»Mi padre no tardó en vender su negocio en Tokio y mudarse a Toyama, su ciudad natal. Yo también he vivido allí los últimos treinta años. Hace unos días decidí que mi hermano debía disfrutar de las vistas del nuevo Tokio, y por eso estoy haciendo este viaje.

»Lo más triste de todo, no obstante, es que la felicidad de mi hermano tiene un inconveniente: mientras la chica se mantiene joven y lozana (después de todo no es más que una muñeca, a pesar de lo reales que resultan sus rasgos), mi hermano envejece y se marchita con el paso de los años, ya que es humano, de carne y hueso como usted y yo. Donde una vez hubo un atractivo y gallardo joven de veinticinco años, ahora solo queda un anciano de cabellos blancos, de miembros debilitados y desfavorecido por las arrugas.

»¡Ah! ¡Qué situación tan triste! ¡Y qué ironía!

El viejo se enderezó un profundo suspiro, como si se despertara de un trance de repente.

—Bueno, le he contado una historia muy larga —señaló—. Y le aseguro que cada palabra que he pronunciado es cierta. Usted me cree, ¿verdad?

—¡Desde luego! ¡Desde luego que sí! —aseguré.

—Me hace muy feliz saber —replicó— que no he perdido el tiempo contándoselo.

Entonces se volvió hacia el cuadro de las figuras de tela y empezó a hablar en voz baja, como el zureo de una paloma:

—Supongo que estaréis cansados los dos, mi querido hermano y mi estimada cuñada. Y también os sentiréis algo incómodos después de que haya contado esta historia en vuestra presencia. Pero no os preocupéis, ahora os llevaré a la cama.

Con esas palabras envolvió cuidadosamente el cuadro en el lienzo negro.

Mientra lo hacía capté una fugaz mirada de los rostros de ambas figuras. Y hubiera jurado que me estaban dedicando una sonrisa de amistoso agradecimiento. El anciano se había quedado en silencio.

El tren seguía su camino sin cesar. Unos diez minutos después se fue reduciendo el ritmo del estruendo que producían las ruedas, mientras que ya se veían algunas luces trémulas y dispersas a través de las ventanillas.

Momentos después, el tren se paró en una pequeña y oscura estación en lo alto de las montañas. Miré al exterior y solo vi a un empicado en el andén.

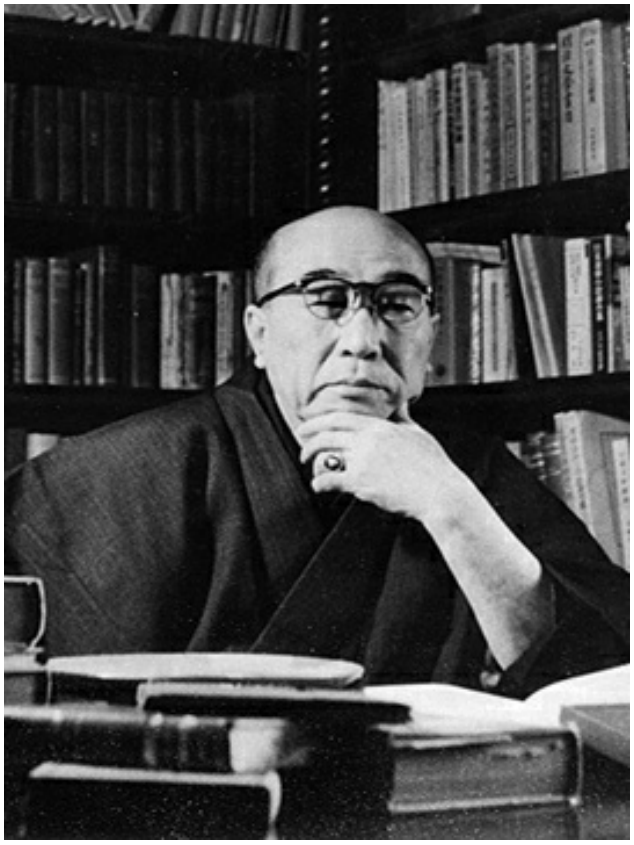
El anciano se puso de pie.

—Ahora debo despedirme de usted —masculló—. Tengo que bajarme aquí; pasaré la noche en

este pueblo, en casa de unos familiares.

Tras pronunciar aquellas palabras, el viejo recorrió renqueante el pasillo y abandonó el vagón con el misterioso paquete bien sujeto bajo el brazo.

Miré por la ventana y la última vez que lo vi fue cuando entregaba su billete al empleado de la taquilla. Un instante más tarde lo había envuelto la oscuridad de la noche.



EDOGAWA RAMPO (1894-1965), está considerado por la mayoría como el padre de la narrativa japonesa de misterio, el maestro del terror, la novela detectivesca, la fantasía y lo macabro.

Nacido en la prefectura de Mie, se graduó en la Universidad de Waseda en 1916 y desempeño trabajos muy dispares, como contable, administrativo, comerciante y vendedor ambulante, antes de descubrir su vocación de escritor. Ha sido el primer narrador moderno de misterio japonés y durante mucho tiempo presidente del Club de Escritores de Misterio de Japón. Su fecunda obra ha contribuido a que saliera a la superficie el magma de obsesiones, horrores y ambigüedades latente en la sociedad nipona.

Admirador incondicional de Edgar Allan Poe, lo imitó con originalidad y adoptó su nombre artístico de la pronunciación en japonés del nombre del autor norteamericano, por cuya obra quedó hechizado desde los inicios de su carrera.

Notas

[1] Véase Julio Ángel Olivares Merino: *«The Ring. Una mirada al abismo»*. Madrid: Ediciones Jaguar, 2005. El filme estadounidense (que llegó a las salas de proyección en 2002) fue comercializado en España bajo el título de *«La señal»*. La película japonesa se basa en la novela homónima de Koji Suzuki, quien ha sido tildado no sin cierta razón como el «Stephen King» de su país. (N. del T.) <<

[2] 100 *sen* completan un *yen*, la principal unidad monetaria de Japón. (N. del T.) <<

[3] Linterna de doble proyección que encadena la imagen proyectada con la siguiente. (N. del T.) <<

[4] Teatro tradicional japonés donde se combinan la danza y el canto, y cuyo origen procede de las danzas rituales de los templos, de las danzas populares, de los escritos budistas y de la poesía, mitología y leyendas populares japonesas y chinas. En oposición al teatro Kabuki, es un drama aristocrático que sigue teniendo su público en la actualidad y se representa en un cuadrilátero elevado y rodeado por dos lados de público. Por su lentitud, su gracia austera y por el uso distintivo de máscaras, el teatro Noh representa verdaderamente un rasgo específico de la cultura japonesa, que consiste en encontrar la belleza en la sutileza y la formalidad. (N. del T.) <<

[5] El cuadro que actúa como motivo central de este cuento pertenece a la tradicional técnica japonesa conocida como *O-shie*, de origen chino, que consiste en bastidores o paletas pintados donde se incluyen figuras realizadas en tela y relieve. (N. del T.) <<

[6] Teatro tradicional y popular japonés caracterizado por su drama estilizado y el uso de maquillajes elaborados en los actores. Está interpretado exclusivamente por hombres. (N. del T.) <<